ROSA ESTRADA DÍAZ
VÍCTOR ESTRADA DÍAZ

ESPERANZA

SEGUNDO LIBRO DE LA TRILOGÍA
LOS PROTECTORES DE LA VIDA

nieva
ediciones

© Autores: Rosa Estrada Díaz y Víctor Estrada Díaz

© Edición:



Nieva Ediciones
Fernando Morán, 4
33401 Avilés, Asturias, España
www.edicionesnieva.com

D. L.: AS 00223-2021

ISBN: 978-84-122985-8-1

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, o por cualquier otro, sin permiso previo por escrito de los autores.

Avilés, Principado de Asturias, 2021

A nuestra madre,
que cuando creyó perder el Norte,
encontró el Sur.

A mis hermanas con todo mi amor infinito.

Rosa Estrada Díaz

A mi padre por sus canciones, los besos y
los cuentos al ir a dormir.

Víctor Estrada Díaz

I
UN AMANECER DISTINTO

Villa Andrea año 2088

Vista de lejos Villa Andrea transmitía una enorme sensación de calma rodeada por todos sitios de adorables viejecitos que acompañados de enfermeras y cuidadores tomaban el sol, pintaban cuadros o hacían taichi mientras otros, ensimismados y medio idos, se abandonaban al sueño estival, a la desidia por las cosas de la vida, a la demencia y la espera angustiosa de una muerte que presentían lenta, agónica y que no acababa de llegar.

La nueva Villa Andrea, era una réplica mucho más grande que su vieja antecesora: una antigua casona ubicada en el casco antiguo de la villa, que ahora dormitaba bajo las aguas y cuyos primeros dueños habían construido con la fortuna que habían atesorado a su regreso de Cuba donde algunos dicen, fabricaban velas para embarcaciones de la época.

Pero llegó un momento en que el último patriarca falleció y como a veces sucede con estas cosas, ya no quedó nadie que amase tanto aquella añeja edificación bajo cuyo techo habían amado y sufrido varias generaciones.

Un particular acabó convirtiéndola en un asilo de ancianos, pasó después por distintas manos hasta llegar a ser un edificio oficial, y así fue hasta que llegaron las lluvias y acabaron sepultando con ellas toda la historia de sus viejos muros.

Los últimos propietarios, hombres importantes de negocios incapaces de seguir afrontando el enorme gasto que suponía el mantenimiento de aquella su casa, decidieron asumir su pérdida y no emplearon ni un solo euro en rescatarla del agua.

Le cedieron los planos del diseño y el nombre de la casa original a una mujer que la hizo no parecida, si no mucho más grandiosa y mejorada.

La mujer que poseía una inmensa fortuna la reconstruyó y la amplió buscando asiento en lo alto de la Ermita de la Luz, donde la inundación no había llegado. Dotó las estancias de las últimas tecnologías domóticas y emuló a la perfección las encantadoras estancias de las antiguas casas de indianos sin renunciar a la modernidad actual. La dotó así mismo de bellísimos jardines que volvieron a convertirla de nuevo en un asilo de ancianos, aunque en esta ocasión, para gente adinerada.

Y así, bajo sus altas bóvedas llenas de réplicas de antiguos frescos y ostentosas arañas de cristal que competían con los últimos avances tecnológicos, las sombras de viejos, y amorosos bailarines, igual que entonces, volvieron a desvanecerse con cada nueva luz del día.

Se fue el verano y llegó un invierno crudo, oscuro y lluvioso que obligó a sus viejos inquilinos a abandonar sus divertidos quehaceres estivales para buscar refugio bajo sus seguros techos.

Mientras llovía sin parar ojeaban los pasatiempos del periódico y aguardaban expectantes la llegada de algún familiar cargado de un poco de afecto, una caricia leve a sus canos cabellos, un delicado apretón de manos, una sonrisa tierna llena de agradecimiento y cariño por todos los años vividos y venideros.

Aguardaban su recompensa como el niño aguarda con ansia un caramelo y a veces, algunas veces, su espera se veía recompensada.

De lo que no cabía duda, es que había también una pequeña minoría que con sus ahorros habían decidido irse por propia voluntad, eran gente que no tenía familia pero sí abundantes

ingresos, personas muy independientes que en su delicado estado de salud habían perdido su autonomía y echaban en falta la compañía de los de su misma su edad cuando todos sus familiares y amigos habían empezado a irse uno tras otro.

Pedro, aquel hombre corpulento y alto, de piel morena, cabello largo y lacio, era uno de aquellos y allí estaba cubierto por unas inmaculadas sábanas blancas que de tan claras y pulcras parecían fosforescentes en la oscuridad, con la persiana de la habitación subida hasta arriba contemplando un cielo estrellado.

Le gustaba ver la luz de las estrellas cuando iba a dormirse. Le agradaba la oscuridad.

Debía compartir habitación con un viejo gruñón al que el carácter se le había agriado porque hacía mucho tiempo que nadie venía a verle. Roncaba mucho por las noches y eso impedía que Pedro tuviese un sueño placentero.

Se puso panza arriba para ver mejor la luz nocturna que entraba por la ventana intentando ignorar sus ronquidos.

No se sentía muy bien y aquella noche se había ido a la cama más pronto que de costumbre.

Hacía un mes, le habían operado de una cadera y no caminaba muy bien, los dolores eran insoportables sobre todo después de permanecer durante mucho tiempo sentado. Aquella noche, los altos ventanales de su habitación estaban raramente diáfanos. Se habían contratado los servicios de una empresa de limpieza; debido al tamaño y altura de los cristales, normalmente, estaban sucios, cubiertos de vaho.

El cielo parecía aquella noche una estampa típica de un dibujo a carboncillo, iluminado por millones de diminutas trazas de tiza blanca. Eran, una explosión de vida y muerte en blanco y negro un ciclo que se renovaba sin fin como un ∞ infinito.

Una lágrima resbaló por su mejilla áspera y arrugada. Se acarició el cabello como si quisiese imitar la caricia de una mano invisible de largos, delicados y arrugados dedos.

–¡Myriam! –Suspiró y miró a su compañero para averiguar si éste había oído su lamento pero, seguía roncando de espaldas a él. Pedro, pensó que ni una explosión atómica podría resucitar del sueño a aquel viejo y esta vez, sin pudor, no pudo contener un nuevo sollozo.

–¡Myriam! ¿Por qué no estás aquí envejeciendo a mi lado?

Myriam no respondió a su llamada. No podría hacerlo nunca.

Se había ido para siempre, sería mejor aceptarlo. Todo había terminado en el paso a nivel de un tren una fría mañana.

Decidió que debía alejar esos pensamientos que le causaban tanto dolor y tristeza y acabó dormido contemplando aquel cielo lleno de diminutas trazas de tiza blanca sobre un fondo oscurísimo.

Durante ese sueño que duró toda la noche, no recordó absolutamente nada. Era un sueño vacío como un agujero negro, un sumidero que absorbe toda la luz egoístamente para sí. Un sueño, en el que no existía Myriam ni tan siquiera en espíritu, tampoco él, como si ambos se hubiesen entregado en los brazos de *Morfeo*. Extraña forma de sentirse feliz y no sentir nada: ni bueno ni malo, ni frío ni calor, ni muerto, ni vivo…

Y de pronto, aquel día y aquel doloroso amanecer… Una vez más vivo otro día. ¡La insoportable vida!

Melania, la viejecita de la habitación de al lado irrumpió como un elefante en una cacharrería abriendo la puerta de un inusitado golpe–algo impropio a su edad y frágil estado de salud–haciendo que el compañero de Pedro, que había sido despertado en ese momento por la infame vieja lanzase un exabrupto.

–¿Qué narices pasa? ¿Quien anda ahí? –refugió su cara bajo la manta para ocultar sus ojos de la cegadora luz diurna y la visión de los recién llegados.

Melania ignoró su queja abrigándose aún más bajo su chal como si quisiese desintegrarse en la caricia de la lana.

Pedro, que había abierto los ojos en ese momento, contempló los verdosos de la vieja y se dio cuenta que algo raro sucedía y que hacía muchísimo frío en la habitación, mucho más que de costumbre.

Se percató también que había amanecido. Agradeció aquel sueño soporífero que le había mantenido alejado de la vida y los recuerdos.

Notó también que desde el exterior llegaba un zumbido extraño, como mil abejas zumbando y tomando por asalto el jardín.

–¡Rápido! ¡Rápido! ¡tenéis que ver esto! –Le apuró Melania obligándole a levantarse.

Guzmán el compañero de Pedro refunfuñó de nuevo, se puso de costado y se tapó aún más con la manta.

Con inquietud, Pedro apartó suavemente a Melania y se incorporó en la cama intentando vencer el dolor que le producía su cadera. Se puso su batín de seda y apoyado sobre sus dos muletas intentó emular a la vieja en su alocada carrera al exterior

Un montón de viejos se apresuraron a imitarles.

Allí, entre todos, aunando fuerzas, empujaron con sus débiles y arrugadas manos el enorme portón de madera labrada que conducía al jardín y al hacerlo, la húmeda brisa invernal les golpeó el rostro como una bofetada al tiempo que sus pies pisaban sobre algo húmedo, blando y frío.

Había nevado. Había nevado mucho.

Y durante la noche, alguien había hecho un inmenso y raro dibujo sobre la nieve que podía ser visto desde el cielo como las líneas de Nazca, como un extraño acertijo:

Era un enorme fractal y tenía la forma del ADN (nombre químico de la molécula que contiene la información genética de todos los seres vivos) humano.

II
ME PREGUNTO QUÉ ES

Villa Andrea en el año 2088, a simple vista parecía un enorme fractal con la forma del ADN humano pero Pedro sabía bien lo que era.

Se le parecía mucho, es cierto, viéndolo, habría muchas personas que no lo dudarían pero había algo que le intrigaba.

Había oído hablar de los circlemackers, los creadores de círculos en los campos de cereal que revindicaban su arte por Internet en todas partes del mundo.

Aunque no sabía que existiesen en España –ya que los situaba cada vez más lejos, tal vez en Inglaterra o América, donde sus obras eran archiconocidas, pero no allí en Asturias–no pudo evitar sentir escalofríos.

Seguramente, habían quedado aquella noche para crear aquel dibujo con forma de cadena de ADN y así proclamar su autoría a los cuatro vientos en su página Web como siempre hacían. Quería convencerse de que era así. Lo extraño era: ¿quien les había abierto la portilla aquella noche y en aquel preciso lugar tan alejado y lleno de viejos indefensos? Era bien sabido que había un guarda nocturno que cuidaba que ningún caco o gamberro osase saltar la verja ni que ningún viejecillo intentase darse a la fuga, que los había. Todo era una locura.

La directora turnaba a los guardias y nunca se trataba de la misma persona. Así que era algo complicado descubrir

qué persona o personas habían hecho un dibujo como aquel y con que objetivo.

–Me pregunto qué es.–Melania sintió un escalofrío también y frunció los labios arrugados en una grotesca mueca mientras se frotaba las manos como siempre hacía cuando estaba nerviosa. Miró sin pestañear el dibujo y escrutó a Pedro escudada tras aquellas gafas de montura de pasta marrón que la hacían parecer un ratón de biblioteca. Dio un paso al frente decidida para decir algo cuando la mano de Fausto la frenó.

–No te acerques. ¡No nos dejarán pasar vieja alocada! ¿No has visto que el lugar donde está trazado el dibujo está cercado por cinta policial? Además, limpian la zona, la rastrean con sus aparatos de medición y no paran de hablar entre ellos con sus móviles. Llevo toda la mañana observándolos. –¡Mirad a esos de ahí por ejemplo! –Fausto señaló un misterioso grupo de operarios imbuidos en su tarea –Parece que buscan algo ¿verdad? ¡Me daban mucho miedo y no me atreví a avisar a nadie! ¡Y más miedo me daba todavía verlos trabajar ahí y que nuestra directora no nos dijese nada! No eran lo que se dice muy discretos en su actividad.

–Sí yo también los oí. Y yo. ¡Y yo!–corearon muchos al unísono.

–¿Por qué?–Pedro se dirigió a Fausto buscando su mirada.

–¿Por qué? ¡Yo no lo sé! ¡No sé por qué me daban miedo! –Su mirada se posó en un punto fijo del dibujo y añadió– pero tal vez porque había un montón de gente al amanecer haciendo ahí trabajos extraños, con ese aspecto tan raro y eso seguro que no puede ser nada bueno…

Fausto, era un hombre de complexión baja y figura atlética. Cuando era joven, había trabajado de trapecista en un circo. Ahora, agotaba sus últimos días con la pintura. Le encantaba pintar. Pintaba paisajes realistas. Pero ni por

asomo sabía que demonios era aquello que había impreso sobre la nieve y lo que más quería era apartar aquella visión de su memoria.

Le pegó con el codo a Pedro y esbozó una sonrisa que narices pretendía romper el hielo y esclarecer el enigma.

–¿Y tú sabes que es, indio de las narices?

Pedro con su pijama de rayas blancas y su batín de seda, miró el dibujo hecho en la nieve y a los extraños hombres que hablaban entre sí y recogían briznas de hierba del suelo para introducirlas en diminutas bolsas de plástico. Se encogió de hombros dubitativo.

Quiso decir que le parecía la forma de la cadena del ADN humano pero había algo que le parecía ligeramente distinto y dudaba que aquellos viejos supieran de qué estaba hablando.

La figura era perfecta, de una perfección inaudita sobre la mácula de la nieve, parecía que algo la había calentado con tal presión y precisión que la había derretido por los bordes quemando la hierba que conformaba el trazado de sus líneas.

Sin embargo, él sabía, o tenía la corazonada de que por mucho que indagasen, por mucho que rebuscasen aquellos siniestros operarios vestidos con monos oscuros, jamás encontrarían el menor rastro de los gamberros en aquel asilo, lleno de encantadores viejecitos, que lo máximo que se habían acercado a la descripción del ADN había sido en los telediarios que solían ver por las noches y eso, si el alzhéimer les permitía recordarlo…

–¡No tengo la menor idea! –soltó al cabo de unos instantes.

–Tal vez sí que la tenga –rezongó alguien a sus espaldas.

–Quiero decir que es posible que usted sí tenga la explicación a todo esto y creo que va a decírmela rapidito señor Pedro Rovira antes que me enfade.

La propietaria de aquella autoritaria voz no era otra que Lila Espinola, una mujer de unos cincuenta y tantos años que regentaba la residencia Villa Andrea.

Lila, huérfana de madre, y recientemente de padre –que había sido contable– había crecido allá por Lastres en una casa muy parecida a aquella.

Había crecido aspirando el aroma de las orquídeas del invernadero de cristal y correteado sus habitaciones llenas de tapices y colchas de seda bordadas.

Nadie más que ella, conocía cada recoveco, cada eco de aquella casa que parecía que hablase tan parecida a la casa de su infancia.

Alrededor de las comisuras de la boca de Lila se habían formado poco a poco unas arrugas de expresión que se hacían más visibles cuando sonreía dotando a su rostro de un enorme atractivo. Tomó amablemente el brazo de Pedro y le conminó a seguirle al interior de la casona:

–¡Acompáñeme a mi despacho señor Rovira! ¡Tenemos que mantener usted y yo una larga conversación!

Sin discutir la orden la siguió como un corderillo no sin antes volver una última mirada hacia atrás, hacia los hombres que tras la cinta policial se empeñaban en descifrar aquel misterio, con aquellos aparatos que hacían el mismo ruido que un montón de abejas embravecidas dispuestas a atacar en cualquier momento.

Lila atravesó la puerta del despacho y tomó asiento en un silla de madera tapizada de terciopelo –se le antojó a Pedro bastante incómoda– y giró la cabeza para mirar como la lluvia lamía lentamente los altos ventanales.

Sin perder el contacto visual con él, abrió con suavidad un cajón bajo la mesa y extrajo de él una cajetilla de tabaco.

Encendió uno y vertió sin pudor su humo sobre su cara.

–¿Quiere? –Le ofreció uno.

Pedro hizo un intento por no toser y rechazó su ofrecimiento.

–¡Bien! –Se impacientó Lila–. Señor Rovira: ¡Dígame que es a su juicio eso que hay ahí en mi jardín! Tengo toda la residencia invadida por policías. Son extraños policías, lo sé y ustedes son listos condenados viejos y se han dado cuenta. Hoy por la mañana recibí una llamada de alguien importante, por supuesto no voy a decir quien, pero digamos que un pez muy gordo de la política asturiana. Fue después de que viese esa extraña cosa dibujada en el suelo y yo llamase a la policía. Alguien debió ponerse en contacto con ese pez gordo del que le hablo porque desde la misma comisaría desviaron mi llamada a su despacho oficial y no han tardado ni una hora en presentarse. Me han comunicado que son policías de un cuerpo especial y yo no he querido hacer más preguntas. Parece que es un asunto delicado y de máxima prioridad. Yo, por mi parte, solo creo que es un estúpido dibujo pero aquí están ellos y no se irán hasta que encuentren lo que buscan.

–¿La amenazaron, Lila?

Se hizo un incómodo silencio.

Sopesó lo que iba a decir. Le costó reconocer que había sido así pero con Pedro no tenía secretos. Aquella pregunta a bocajarro sin embargo no dejó de sorprenderla.

–Es un enigma para mí, señor Rovira: ¿Cómo demonios lo supo? ¿Tiene telepatía o qué? La respuesta a su pregunta es sí, el misterioso y poderoso hombre del que le hablo amenazó con cerrar la residencia si hago el menor gesto de ponerme en contacto con la prensa o la policía local.

Él mismo se ha personado en un coche oficial para que yo tuviese constancia de que lo que decía era cierto y no se trataba de ningún impostor hablando en su nombre ni de ningún bromista. Están al corriente de toda la situación económica de esta residencia y me han presionado tanto esta noche que hacen que me plantee si debo obedecer y

guardar como me piden el más riguroso silencio o proclamar la verdad a los cuatro vientos y perder esta casa con todos sus inquilinos o tal vez sufrir algún tipo de percance. Yo por supuesto, me decanto por la primera opción.

–¿Y porque me lo cuenta a mí, Lila?

–Porque le conocen –respondió tajante y me atrevería a decir que desde que era usted un niño de dientes de leche.

–¿Cuando han llegado a este lugar? ¿cómo me encontraron?

–Cuando ustedes dormían y dicen que quieren investigar el origen de ese dibujo y que podría despedir algún tipo de radiación, así que por si acaso, no nos dejan atravesar la cinta. Estarán aquí solo un día, dos a lo sumo. Lo único que tenemos que hacer es mantener la boca cerrada. Sé que es difícil pero podrá controlar al resto de sus amigos por el bien de mi institución y el suyo propio? Es todo lo que piden de usted, que mantenga su boca cerrada, les he puesto al corriente de que usted ya es bastante viejo y no creará problemas. Ya tuvo bastante con la otra vez: ¿No es cierto?

–¡Lo intentaré! –Suspiró malhumorado–. De todos modos quien va a creer a un grupo de viejos que están con un pie aquí y otro allá al borde de la tumba.

–Sí, tal vez tiene razón. –Le interrumpió ella con brusquedad–. Pero: ¿Dónde estuvo usted ayer por la noche? ¡Vamos, dígamelo ya! ¡Necesito saberlo!

Pedro miró la silla que había frente a Lila. Las piernas le pesaban tanto que parecía que por un momento que no iban a soportar todo el peso de su cuerpo.

–Dormido claro. ¿Dónde iba ir con esta maldita cadera? Sabe que no puedo salir de aquí sin un permiso y que estoy tan débil que necesito ayuda para caminar. En ocasiones esto se me antoja Alcatraz.–Aquella pregunta de ella le parecía absurda y en realidad lo era, no sabía a donde quería llegar Lila con aquel interrogatorio. ¿O sí?

–Sólo velo por su seguridad y en cuanto a lo de su cadera, sabe que sus dolores terminarán pronto en cuanto comencemos con su tratamiento con células madre. Se excusó con una expresión grave sintiéndose incómoda por la tardanza en cuanto a la solución de su cadera.

–¿Puedo sentarme? –Pedro se aferró al respaldo de la silla por temor que sus piernas flaqueasen. Respiró con alivio cuando ella le dijo:

–¡Sí! Por favor, discúlpeme!

Pedro se sentó y la miró sin pestañear.

–Ayer, me fui a mi habitación pronto porque estaba muy cansado. Me acosté y estuve mirando las estrellas mientras recordaba la caricia que me daba Myriam en la cabeza cuando íbamos a dormir. Mi compañero de cuarto apenas se enteró. Ese viejo cascarrabias debía estar muy agotado. Daría lo que fuese porque usted me lo cambiase por alguien más agradable pero supongo que estas cosas no son a la carta así que tendré que aguantarme. ¡No tengo más remedio! ¿No es cierto?

Lila asintió frunciendo el ceño.

–En eso ha dado usted en el clavo, señor Rovira. Aquí no todo es a la carta aunque las comodidades son mucho mejores que en Alcatraz como usted llama a esta su casa. –Sonrió irónica–. ¿Y a qué hora se acostó usted si puede saberse?

–Me dormí a eso de las dos. Al amanecer, Melania, la vieja de la habitación de al lado, interrumpió mi sueño diciendo que había una cosa extraña en el jardín. Salimos todos a ver qué pasaba y nos encontramos con eso de ahí. Luego, usted me dijo que entrase en su despacho y, eso fue todo.

Lila se atusó nerviosa los pliegues de su falda.

–¡No se inquiete, Señor Rovira! No soy ningún policía, solo la directora de Villa Andrea y creo que también su amiga aunque a veces se le olvide. Pero quería cerciorarme que tras esto no hay un grupo de estúpidos viejos intentando gastar una

bromita a las autoridades y dicho sea de paso, a mí. Fuera de eso, yo también creo que esto es obra de algún gamberro, sin duda un gamberro, o varios, muy ingeniosos pero no, obra de ovnis o lo que quiera que crean que es. ¿He dicho ovnis? ¡Por favor! ¡Donde tendré yo la cabeza! ¡Mire señor Rovira! ¡No quiero que esto se me llene de una pandilla de iluminados que creen ver luces en el cielo. Esta es una residencia seria y respetable y si le he preguntado únicamente a usted, es porque creo que es el único que conoce exactamente que simboliza ese dibujo así, que si me lo dice, estará todo bien…

–¿Ovnis? –Repitió con una expresión mezcla de sarcasmo y estupor. ¿Otra vez volvemos con eso Señora Lila Espinola?

–Sí, ovnis. Usted estuvo muy relacionado con esto, hace tiempo, se habló mucho de aquel incidente. No nos hagamos de nuevos ahora.

–¿De veras cree que yo podría bromear con eso, con algo que aunque parezca trivial para usted es tremendamente serio para mí?

–No –se disculpó Lila– no estoy tratando de decir que bromea solo que no me gustaría que…

–¡Cállese! –La interrumpió con sequedad.

Lila lo miró sorprendida. Pedro se levantó indignado de la silla, por un momento el dolor fue tan grande que temió caer desplomado y no pudo evitar que eso se reflejase en su rostro.

–¿Porque no me han detenido y llevado con ellos como su burdo ratón de laboratorio? ¡Eso es lo que siempre saben hacer! Era fácil. Sabían que yo estaba aquí. Solo tenían que hacerlo otra vez como lo hacen siempre y ya está.–chasqueó los dedos.

Lila se encogió de hombros mirándole con lástima.

–Porque ya no les importa un viejo como usted señor Rovira aunque su historia aún les inquieta pese al descrédito y por eso todo aquello que vuelva a relacionarle con esas

“máquinas” reaviva su interés. De momento solo quieren que yo mantenga la boca cerrada de todos ustedes sobre ese dibujo en la nieve hasta que investiguen bien lo que es y se vayan.

–Y aún en el caso que volviese a hablar… ¿No volverían a utilizar contra mí el descrédito y la mentira? ¡No sé qué temen! ¡Siempre se han salido con la suya! ¡No les oculté la verdad pero no me creyeron entonces ¿Por qué habrían de hacerlo ahora?

Aferrado a sus muletas la miró iracundo.

–¡Tranquilícese señor Rovira! ¡Ya le he dicho que aún no tienen nada claro! Todo lo que nosotros creamos son meras especulaciones.

–Parece la cadena del ADN. –Confesó finalmente y su mirada tomó un cariz sombrío–. Pero solo lo parece si es lo que quería saber ya tiene la respuesta pero no creo que haya sido realizado por entidades extraterrestres. Y en cuanto a mí, sé que se ha hablado mucho pero eso quedó ya en el pasado. Jamás tramaría una broma pesada con estos viejos para reírnos de su autoridad y poner en peligro su negocio señora Espinola y menos con algo que me ha traído personalmente tantos problemas y tantos quebraderos de cabeza. Si a eso añadimos que esta es mi casa… Ya tenemos sobrados motivos para no hacer algo que me perjudique ni la perjudique a usted y este dibujo lo hace.

Pedro no le dijo lo que en realidad pensaba. Era una cadena de ADN un tanto especial, un fragmento de un código genético de tres seres entrelazados aunque el dibujo era de manufactura humana, no le cabía ninguna duda.

Un día vio algo como aquello en el pasado.

Era una especie de llave para manejar un tipo de vehículo y esbozó una sonrisa de esperanza que en aquel momento pareció de complicidad.

Quien dibujó aquel símbolo sabía que solo podría ser comprendido por él.

III
RECORDANDO UNA ADVERTENCIA

Villa Andrea 2088

Le hubiera gustado tenderle su brazo para que se apoyara en él, como el caballero que siempre había sido y que todavía creía ser mientras ella, le conducía al jardín que había detrás de la casa, pero, a duras penas podía sostenerse a sí mismo ayudado de un par de muletas así que: ¿Qué otra cosa podía hacer salvo dejarse dócilmente conducir?

Meditó sobre la proposición hecha por ella hacía algunos días en que le proponía someterse a un innovador tratamiento con células madre algo, que sin duda mejoraría su calidad de vida. Pedro, no sabía realmente si quería vivir, ni si aquel tratamiento merecería la pena. Habían pasado demasiadas cosas, llevaba encima el peso de demasiado sufrimiento y se planteaba si no sería mejor dejar las cosas como estaban, dejar que la vida continuase con su proceso inexorable, y morir de viejo como era de ley. Pero la muerte implicaba dolor, se sufría tanto para venir al mundo como para irse y en aquella fecha había muchos adelantos de los que, teniendo en cuenta la cantidad de gente que se había marchado, era casi un delito no hacer uso.

La vio alejarse como una niña traviesa entre viejos y cuidadores por vericuetos caminos que solo ella conocía y sonrió con ternura.

La primera vez que la conoció tuvo un enfrentamiento con ella y le pareció dura, pragmática y bastante escéptica.

Por supuesto, había sido una errónea primera impresión, que ahora se le confirmaba nuevamente al ver su rubicundo y simpático rostro emerger tras un recodo de aquel laberinto versallesco.

–Creía que me había ido ¿A que sí, señor Rovira?

Lila acarició el rugoso tronco de una palmera real y le conminó a seguirle. Había dejado de llover en ese momento y de nuevo lucía un Sol primaveral.El tiempo se había convertido en algo impredecible desde la llegada de las primeras lluvias.

En esta ocasión, fue ella la que tomó su brazo para guiarle a través de aquel laberinto de setos podados con forma de animales hacia un banco humedecido por la lluvia donde había una fuente cubierta de líquenes con forma de un adonis que cubría sus partes pudendas bajo una hoja de parra y miraba extasiado el horizonte bajo un anacrónico y extraño sombrero en forma de pico de pájaro.

Dirigió a lo lejos una mirada triste hacia la vieja Ermita.

–Quiero ir allí a rezar por ellas. –Le confesó tendiendole su arrugada mano para que ésta la tomase–. Quiero rezar por Myriam y por mis dos chicas.

–Ya lo hará más tarde. –Se compadeció Lila– ¡Todavía no! ¡Tal vez mañana vayamos!

Pedro pensó que no había mujer más interesada en esos objetos extraños y desconocidos fueran de la propia Tierra o del cielo que hacían vertiginosas maniobras quebrantando todas las leyes de la gravedad y la aerodinámica.

Es cierto que nunca había visto ninguno salvo en las revistas y los programas de televisión pero eso no importaba, a ella le fascinaban igualmente.

No se lo decía a nadie, sin embargo, se sentía enormemente orgullosa de tener entre las filas de su asilo a un personaje

tan eminente que había salido en los periódicos referente a "ese tema" y del que ya casi nadie se acordaba.

Por eso, tenía tantas preguntas que hacerle que no sabía por dónde empezar.

Antes que ella dijese nada, Pedro apoyó los brazos en el respaldo del banco. Sintió incomodidad pero al mismo tiempo notó que la frialdad de la piedra aliviaba su maltrecha espalda. De lejos las voces de los inquilinos de la casa se iban apagando gradualmente hasta que todo quedó en silencio.

Sin darse cuenta, siguiendo los pasos de Lila, se adentró en el corazón jardín tropical.

–Esos hombres se marcharán hoy a eso de los siete. –Le informó mientras se alisaba un pliegue de su falda–, como le digo, extraerán muestras y después nos dejarán en paz. Dicen, que la figura se derretirá y lógicamente no quedará ningún resto para mañana por la mañana. Las previsiones del tiempo son buenas. Habrá Sol, pero ya sabe lo poco que durará eso. Así que esa fantástica obra de arte que tenemos en una parte de nuestro jardín desaparecerá. Las autoridades creen que ha sido obra de algún gamberro aún así se han empleado a fondo por si tuviese algo que ver con el fenómeno ovni y eso que niegan constantemente que tal fenómeno exista. ¿No es paradójico, señor Rovira? ¡No existe, pero lo investigan! ¡Y luego dijeron que usted era un mentiroso!

Pedro asintió. Le devolvió su perfil de nariz aguileña, frente fruncida por la preocupación, profundos y sinceros ojos marrones que adquirían un tono ambarino cuando les daba el Sol. Cruzó los brazos y contempló ausente como el agua lamía la fría pila de piedra cubierta de musgos y líquenes.

Lila le contempló con curiosidad y una sonrisa amable en los labios. Aquel viejo le recordaba al Toro Sentado de las películas del Oeste, solo había que ponerle un montón de plumas de colores en la cabeza, vestirle con su hacha y su traje y subirlo a lo alto de la montaña para que recobrara en

un abrir y cerrar de ojos toda la magnanimidad de aquellos viejos indios americanos que había visto en las películas de su infancia.

Pero ahora, solo era un pobre diablo, vestido con unos ajados pantalones vaqueros que contemplaba las hojas marchitas de los árboles suspendidas en el agua podrida del estanque. Un viejo que aunque no comulgaba con la fe cristiana se sentía bien en la vieja ermita rezando de la forma que solo él sabía por sus familiares desaparecidos.

–Le he traído aquí porque hay muchas cosas de usted que me interesan y me intrigan mucho y no quiero que nadie nos oiga. Recostó su espalda sobre el banco para mirar en la misma dirección que Pedro lo hacía esgrimiendo una pícara sonrisa.

–Creía que ya se lo había contado todo –replicó él sin sonreír ni moverse ni un ápice con la mirada fija en la ventana.

–¡En absoluto! –Aseveró Lila–. Hay mucho más que contar y no tema, no estoy enfadada con usted solo que quiero que no me oculte nada. Salió en los periódicos que su mujer, su hija y su nieta fueron a recoger aquel premio cuando tuvieron aquel extraño accidente. Nunca entendí porque usted no las acompañó aquel día. Porque evitaba a los periodistas. Usted era la viva prueba de que ellos y su avanzada tecnología existen: ¿Porque no les plantó cara?

–No podía –le tembló la voz al decirlo–. Yo no podía presentarme así sin más y decirles: ¡Señores! ¡Sí, ellos existen! ¡Yo he viajado en una de sus naves con ellos y he visto la gloria de Dios! He visto cómo ellos manejan el tiempo y el espacio con la misma facilidad con que un niño maneja su consola de video juegos.

Nadie hubiera creído que aquella persona joven que era yo en aquel momento era mucho más anciana que su mujer y su hija. ¡Eso desafiaría todas las leyes de la naturaleza!

Alertaría a la prensa sensacionalista y la comunidad científica querría hacer pruebas. Intenté contárselo a un periodista que parecía serio pero finalmente ellos se enteraron de

que su fuente era yo y ejercieron contra ese periodista un chantaje brutal y sobre mí la desacreditación más absoluta. Me negué a convertirme en un payaso de aquel circo en el que pretendían imbuirme con múltiples entrevistas pactadas en los principales canales de televisión e intervención de la prensa amarillista de la época, incluso, contaban conmigo para los programas del corazón.– Sintió como si le faltase el aire en el pecho y añadió– no es ridículo? Quisieron hacer de mí una especie de friki, un mono de feria y casi lo consiguen.

Pedro alzó sus temblorosas manos a la cara y rompió a llorar desesperado ocultando su cuarteado rostro tras ellas.

A Lila le pareció entonces muy frágil y casi sintió el impulso de abrazarle.

–Un sin papeles. –Siguió lamentándose– ¿Como explicarles que mi vida sufrió un paréntesis de décadas por haber viajado a velocidades superiores a la luz. Si estuviese a su lado las habría comprometido también a ellas por eso me desvinculé para no hacerles daño, para que nadie supiese que ellas eran mi familia y no estropear así sus vidas y su prestigio científico.

–¿Y que pasó después? –Preguntó Lila con curiosidad.

–Me dijeron que iban a recoger un premio que por fin iban a concederles en aras de su fabulosa labor científica y que la niña iría con ellas.

Yo me dirigí entonces al Centro Niemeyer dando un paseo. A la vuelta, tomé un taxi. Y escuché horrorizado la noticia de su accidente.

Mi universo y mis esperanzas se derrumbaron como si la losa de mi propio ataúd se me hubiese caído encima. Jamás he experimentado un dolor así, ni creo que lo experimentaré nunca. Pero ya hubo un aviso…

–¡Siga contando! –Suplicó Lila.

Pedro, entornó los ojos y por un momento pareció que viajase en el tiempo con su imaginación, mientras se lo contaba a Lila.

Corría el 12 de Mayo del año 2025, hacía mucho frío, los cristales de mi coche estaban empañados por el vaho de mi aliento, pasaba por una zona arbolada que había que atravesar para alcanzar la casa rural que habíamos alquilado y donde yo vivía oculto junto a mi familia. Aquella noche las tres me esperaban para cenar. Un recorrido inmenso de bosque extendía sus blancas y fosforescentes copas bajo los faros de mi coche como si quisiese abrazarlo con sus ramas mientras yo, escuchaba los característicos sonidos de la noche: el canto de las aves nocturnas, crujidos de pasos de pequeños depredadores y silencios inquietantes... Al día siguiente ellas irían a recoger ese premio, pero fue esa noche, la noche anterior al evento, cuando sucedió algo extraño, algo en lo que no había reparado hasta hoy, y que al recordarlo, siento algo que hacía tiempo que no experimentaba...

–¿Y qué es, eso Pedro? –Le sonsacó Lila ligeramente preocupada.

–Miedo –y añadió– muchísimo miedo.

Pedro recordaba llevar los faros antiniebla encendidos aunque a duras penas podía ver algo en la carretera y los alrededores.

Miró por los espejos retrovisores y sintió congoja y una apremiante necesidad de llegar a casa.

De pronto, algo cruzó aceleradamente y se estrelló contra su capó de una forma violenta. Él se apresuró a frenar con brusquedad pero no a tiempo. Los frenos emitieron un sonido chirriante que aún taladraba su cerebro al evocar la escena.

Finalmente, consiguió detener el vehículo para evitar la colisión contra un árbol.

–¿De que se trataba? –preguntó Lila con trémula voz.

–¡He atropellado a algo o alguien! –La ansiedad se apoderó de él al recordar aquella imagen tan vivida. Lila observó su sufrimiento y se sintió muy impotente– ¡Dios mío! ¡Ojalá que sea un ciervo! ¡Ojalá que lo sea, Lila!

–¡Está bien! ¡Está bien! –Le apaciguó abrazándolo–. Todo eso pertenece al pasado. Ahora está seguro aquí conmigo. ¡Tranquilícese!

Su corazón latía rápido y desacompasado. No sabía si creer a la mujer. No sabía si había viajado nuevamente al pasado para revivir eternamente aquella pesadilla y prefería morir antes que eso ocurriera.

–¿De qué se trataba? –Le instó Lila.

Yo –continuó Pedro– agarré mi linterna y salí del coche iluminando delante de mí pero, no había el más mínimo rastro de sangre ni ningún cadáver de animal o persona aunque el golpe del guardabarros de mi coche denotaba que había colisionado contra algo grande, fuerte y pesado, tal vez un jabalí, una enorme hembra acompañada de su prole que había salido para alimentarse.

Pero no, unos pasos frente a mí, vi emerger entre la niebla la figura de un hombre muy alto, extremadamente alto, tan alto que podría medir la friolera de más dos metros. Aunque estaba muy oscuro y la oscuridad y el miedo podían estar haciéndome ver cosas que no existían, al principio se me dibujó como una gigantesca sombra negra que avanzaba hacia mí en la oscuridad. Negrura contra negrura…

Pensé que podría tratarse del hombre al que tal vez había atropellado pero en seguida lo descarté pues éste, caminaba con total normalidad hacia mi coche como si quisiese preguntarme algo. En aquel momento constaté que no era fruto de mi imaginación si no un ser real. Tal vez un testigo del atropello pero era curiosa aquella sombra negra en la oscuridad de la noche avanzando hacia mí.

También se me pasó por la cabeza que podría ser el conductor que iba delante y al que la niebla me había

impedido ver, incluso el coche que venía detrás y que yo no había visto.

Esperé que se aproximara antes de decidir qué hacer.

El hombre de una altura descomunal, porque percibí que tenía que ser un hombre a juzgar por el traje gris marengo que llevaba, se aproximó aún más a mí.

Yo no podía ver su cara porque iba ataviado con un extraño sombrero negro de ala ancha y lo más extraño y horrible de todo es que cuando se acercó a la ventanilla de mi coche... ¡No tenía rostro!

Su cara era una masa informe de carne rosada en la que solo se veía una boca torcida fruncida en una horrible mueca, como cosida, que emitió un sonido metálico y chirriante similar al ruido que hace un cuchillo sobre una piedra de afilar pero aún más agudo.

Unos segundos más tarde, el extraño personaje consiguió modular unas palabras que no parecían articuladas por una garganta humana.

–Se lo advierto no relate a nadie ese misterioso lugar donde ha estado o lo va a lamentar.

–¡No se de que me está hablando! –Le increpé.

–Usted verá –dijo sin más y me volvió sus descomunales espaldas– ¡No lo olvide! ¡No olvide que yo se lo advertí!

Se perdió en una acelerada carrera iluminado por los faros de mi coche en dirección a unos árboles más próximos y desapareció como engullido por la oscuridad.

No creí que volvería a verlo hasta años más tarde pero así fue, volví a verlo...

Lila asintió comprensiva.

El enorme símbolo del ADN hecho en la nieve solo podía apreciarse en su grandeza desde las ventanas altas de la casa o desde el aire y estaría ahí a lo sumo aquel día, pero no más.

No sabía quien podría haberse molestado en tamaña broma.

Pedro tampoco lo sabía, si fuese un pesimista, habría pensado que los autores de los círculos sobre los campos de trigo y maíz, cada vez más sofisticados y esquivos, le habían puesto a él un anciano, como diana de sus bromas.

Todo empezó cuando quiso contar su historia y le trataron por loco. Lo recordaba bien.

"¿Quién podría culparle por ello? No lo intentó cuando era joven. ¿Quien lo creería ahora de viejo?"

Él afirmaba haber nacido en 1974 y que había estado en los atentados del 11 de Septiembre en Nueva York.

Así lo relató a aquel afamado periodista de un programa de sucesos extraordinarios y fantásticos.

Decía tener 27 años por aquella fecha, casado con una española afincada en México, y una hija de ocho años, muy enferma por aquella época.

Cuando Pedro relató al periodista lo que pasó después, él quedó vivamente impresionado.

Una rocambolesca e increíble historia de viajes a través del espacio y universos paralelos.

Pero lo más increíble para el periodista fue cuando indagó en los datos que Pedro le facilitó sobre quien decía ser, con quien estaba casado y quien decía que era su hija.

Los datos eran irrevocablemente ciertos, como si se hubiese aprendido de memoria la historia.

Pero una inquietante imagen se hizo paso en todo aquel fantástico relato.

La mujer con la que Pedro decía estar casado había desaparecido misteriosamente junto con su hija en aquella misteriosa primavera del 2025 tras sufrir un accidente de tráfico en medio de unas vías de un tren.

Nadie pudo comprender como su mujer, su hija y su nieta desaparecieron antes de asistir a una cena en la que se agasajaba a la hija de 32 años científica y a su madre de 52 años.

Pero la edad biológica actual de Pedro no mentía, tenía 90 años, y estaba afincado en Asturias desde los 29, si fuese real su historia Pedro, tendría 114 y eso, parecía completamente descabellado a juzgar por su aspecto.

El periodista concertó una segunda cita con él solicitando permiso para obtener una muestra de ADN y corroborar su historia en los bancos de datos de InterCiencia.

Hacía años que la comunidad científica había registrado todos los datos conocidos sobre el ADN humano en una base de datos mundial. Los datos eran de dominio público pero su extracción era verificada y supervisada. No se permitía el uso de la información del ADN fuera de Interciencia.

Cuando el periodista contrastó el ADN de Pedro con la científica premiada Laura Vargas, la prueba de paternidad de Pedro era de uno entre diez millones, una fiabilidad de casi el 100%.

Contento con los datos obtenidos y la increíble historia, el periodista volvió a contactar con su fuente para enseñarle lo que publicaría y pedirle permiso para hacerlo.

Pedro consintió y no solo eso, añadió algunos detalles más a la historia.

La historia se publicó pero como todo, tuvo sus detractores y defensores, una vez más.

Luego, llegó el arrepentimiento porque pensó que aquello nada más que le traería problemas. El autor de la entrevista le traicionó posteriormente aduciendo que se había sentido engañado por él cuando en ningún momento era cierto pero también él lo pagó con su propia vida.

Pedro supo después que sufrió coacciones y amenazas y en su fuero interno le perdonó. La comunidad científica

no tardó en cebarse con Pedro y en la prensa y la televisión ya no se utilizaba su nombre más que para ridiculizarlos a ambos, a él y al periodista que había defendido su historia.

Traicionado por todos quiso preservar a su familia de algo que mancharía sus expedientes profesionales de conocer sus identidades.

Al menos el periodista tuvo la decencia de no decir quienes eran su mujer y su hija aún revelando casi toda la historia.

Pedro para entonces, desapareció del mapa, pensó que era lo mejor…

Se refugió con los suyos a una casa en medio del bosque donde permaneció mucho tiempo escondido del mundo.

Nadie sabía de su paradero y él no salía de casa excepto por las noches para dar un paseo con su auto. Eran Laurita y Myriam quienes se encargaban de realizar las compras y todos los trámites y, como la gente del pueblo no sabían que tenían con Pedro nadie podría relacionarles.

Aquel día que decidió romper su retiro en pleno día, dando un paseo hasta el Niemeyer, fue el día que ellas se dirigían a recoger su premio.

Nunca pudo sobrellevar la ausencia de su mujer Mirian y su hija Laurita, ni de la pequeña nietecita a la que la vida le había permitido recuperar para, ironías del destino, volver a perder de nuevamente.

Nunca pudo recuperarse después de aquello…

IV
EKEL, AÑO 2088

Ekel vio en aquella historia muchas cosas que quedaban en el tintero y que solo contribuían a alimentar el misterio, pero tantos detalles, acrecentaron su curiosidad por verificar que había de cierto en el relato.

Estaba en un reservado de un cibercafé de una claridad prístina, con decoración minimalista y música chill out de sonidos de olas y trinos de pájaros.

Era muy temprano y había muy pocos clientes: casi todos estudiantes medio dormidos después de pasar una larga noche de fiesta que buscaban en el local su última parada para llevarse algo al estómago y aliviar un poco su resaca.

Sentada en su taburete, solicitó una videoconferencia holográfica activando el sensor bajo su muslo derecho, una marca plastificada con forma de uña.

Inmediatamente se generó una imagen que ocupó toda la pared blanca.

–¡Hola, soy Ekel Ayala Jensen! ¿Puede ponerme con alguien que tenga acceso a la hemeroteca, por favor?

Internet decididamente ya no era lo que era –divagó– estaba invadida cada vez más por empresas que buscaban desesperadamente una ventana para exportar sus productos y algunos gobiernos lo usaban también para desinformar.

La búsqueda de algo útil era cada vez más difícil. Pero ella sabía que tecla debía tocar para hacer magia.

En el otro lado, El Buscador, una mujer de unos 40 años, tecleó en su terminal.

–¡Conectando con el usuario! –le dirigió una sonrisa eficiente–. Le paso con SEPTIMUS en la línea 22.

Ante sus ojos apareció la imagen de la hemeroteca, un viejo edificio que sobrevivía como una biblioteca de Alejandría con sus viejos legajos y que aún conservaba todos los documentos en papel, video y audio que habían podido salvarse tras las inundaciones.

–Hola, soy Ekel Ayala Jensen –se presentó como era de rigor– estoy buscando un diario, pero no un diario cualquiera, es un diario muy concreto…

Quedó un rato tan pensativa que hizo que el hombre llamado SEPTIMUS, se rascase la barbilla dubitativo. Eckel supuso que SEPTIMUS no se trataría de su verdadero nombre si no de un Nick o un alias como era habitual.

–Ummm ¿Se encuentra bien Ekel Ayala? –La miró SEPTIMUS con preocupación

–Ah, sí, claro que sí. –Ekel levantó la vista y buscó los ojos azules del hombre tímidamente.

–¡Perdone Ekel! –Insistió el apuesto hombre esta vez con una sonrisa– ¿Qué diario precisaba?

–Mayo del 2025 –paladeó lentamente las palabras– el accidente de tren en el que se vio implicada aquella científica, abuela, madre e hija.

–¡Aja! –Le dirigió una sonrisa eficiente y comenzó a teclear– recuerdo que mis padres me hablaron de aquel extraño suceso. Tres mujeres desaparecidas. El coche quedó destrozado en un paso a nivel sin barrera, pero cuando buscaron entre los amasijos no encontraron ningún rastro de ellas. Se pensó que quizás podían haber llegado a huir

aturdidas del lugar del accidente pero nunca se encontró ningún cuerpo. El maquinista dijo que era imposible que les hubiese dado tiempo a hacer eso dado la velocidad a la que se produjo el accidente y la rapidez en reaccionar. ¡No! ¡Era como si las tres se hubiesen volatilizado o como si la máquina hubiese colisionado contra un vehículo vacío! Es posible que lo hubiesen dejado allí abandonado a posta. Pero: ¿Porqué iban a hacer tal cosa?

–No tengo mucho tiempo SEPTIMUS –resopló Eckel apartándose un mechón de pelo que le molestaba en el ojo.

–Buscaré lo que haya. –Sonrió SEPTIMUS al ver su impaciencia– y se lo enviaré por un correo privado a su domicilio ya que me va a llevar algo de tiempo ¿Sigue siendo el mismo de siempre señorita Jensen?

–Sí –asintió Ekel recogiéndose el cabello con el lápiz que llevaba en la mano para hacerse un moño japonés e interrumpiendo la comunicación rápidamente accionando el sensor bajo su muslo.

Lejos de aquel lugar, y de Ekel Jensen los recuerdos de Pedro volvían al día en que perdió a su familia.

Apenas si tuvo tiempo de contar sus aventuras a su esposa y el encuentro con aquel peculiar personaje que parecía un gigante de voz metálica.

–¡Se lo advierto! No relate a nadie donde ha estado o lo lamentará.

Pedro no dejó de pensar que su esposa y su hija habían desaparecido y que aquel personaje tenía mucho que ver con lo sucedido.

El que no existiese rastro de ellas en el accidente le daba esperanzas de que aún continuasen vivas en algún lugar que no acertaba a imaginar.

Recordaba como le había contado a su familia por que no había envejecido. Resultaba extraño que tan solo se hubiese ausentado un año de la Tierra, sin embargo su hija ya tenia

32 años y su mujer 50 cuando volvió a verlas, y en él se había detenido simplemente el tiempo.

Le contaba a su mujer que ella podría hacer lo mismo si ahora viajaba en su lugar. Así ella podría hacer un pequeño viaje de meses y regresar cuando el hubiese cumplido los 52 y ambos tendrían la misma edad biológica de 52 años cuando ella regresara.

Es decir, le decía que aún era posible volver al mismo punto de partida y envejecer juntos como era natural.

Pero no se decidieron por temor.

La juventud de Pedro más que un regalo de las estrellas se convirtió en una maldición y la nave en la que llegó junto a aquel otro extraterrestre tan distinto de Pit el pingüino, partió, y aunque él, tenía la secreta esperanza de que se volverían a reunir, eso nunca ocurrió.

Y luego aquel horrible accidente que lo trastocó todo:

Ni rastro de ellas, ni rastro de la sangre, ni restos de los tejidos, ni nada de nada.

Solo un amasijo de hierros olvidados en la vías de un viejo tren.

V

MORI, EN UN LEJANO MUNDO, AÑO 2011

A años luz de la Tierra

Sobre una colina verde, se perfilaba un edificio, una esfera nacarada y compacta sin ningún atisbo de grietas, puertas o ventanas rodeada de franjas multicolores en su parte central, una superficie marfileña, pulida y brillante como una gigantesca perla.

De un verde con tendencia a amarillear, el mullido césped aparecía plagado de pequeños tréboles de cuatro hojas. Tenía un aspecto muy cuidado y salvo unos pequeños árboles que cubrían irregularmente la superficie, el paisaje era armónico ya que no se divisaba ningún otro tipo de vegetal alrededor.

A lo lejos en un mar en calma, algo parecido a pequeños navíos se desplazaban en erráticas direcciones en un despliegue de colores.

Un planeta azul... muy parecido a la Tierra, con una vegetación que aún semejante a lo lejos, de cerca presentaba un aspecto claramente distinto.

Prados infinitos de pequeños arbolitos con ramas en forma de hojas de tréboles de no más de unos centímetros de altura.

Un camino de tierra que ganaba altura ascendiendo por una colina.

Algunos de los árboles habían dado unos frutos similares en tamaño y forma a limones pero de un intenso color azulado.

Sobre el camino dos seres de aspecto similar a pingüinos caminaban a trompicones en dirección a la gigantesca perla nacarada.

Atardecía y en el cielo no se divisaba ninguna estrella aún.

Se acercaron al edificio que pareció elevarse del suelo igual que un globo aerostático que solo ganaba en altura pero no se desplazaba del lugar en en que se hallaba.

Una escalera de cristal emergió como un abanico de la parte más baja de la esfera y creció hasta alcanzar el suelo.

Los dos seres subieron peldaño a peldaño y desaparecieron en su interior como si la si la esfera los hubiese engullido.

El interior estaba muy fresco y oscuro. De pronto, una fina línea de diminutas luces parpadeantes y en constante movimiento los rodeó a ambos y bajo sus diminutos pies apareció un camino de tenue luz color teja que dejó entrever a duras penas sus diminutas siluetas.

Se hizo un silencio absoluto en medio de aquella extraña y parcial oscuridad.

Hacía mucho tiempo que no necesitaban de las palabras para comunicarse, así que solo en el interior de sus diminutas y complejas mentes podía oírse que en realidad mantenían una muy fluida conversación entre ellos.

–¡Esta será nuestra última conversación! –Pop agachó cabizbajo la cabeza mientras transmitía estos pensamientos inmóvil como una estatua de hielo.

–¡Alguien lo tiene que hacer! –Se excusó Rel–. El conocimiento implica responsabilidad, no podemos dejarlos a su suerte, no será la primera ni la última vez que tengamos que intervenir.

Pop volvió a insistir, pero ya conocía la respuesta.

–¡Aún así!, ¿no hay otro que lo pueda hacer en tu lugar?

Rel levantó su diminuta mano en forma de ala y dibujó en el aire un precioso orbe color azul.

–Es mi responsabilidad, Pop. Yo debo partir hacia allí. Así lo marcan nuestras leyes, si los avatares funcionan y la nave no se ha desplazado lejos, podré regresar al alba, pero si la nave se ha desplazado hacia un lugar tan remoto que ni tan siquiera yo puedo imaginar, tal vez regrese cuando hayan transcurrido siglos para ti. Algo me dice que este viaje puede ser muy largo. Por eso, tal vez sea esta la última vez que compartamos esta misma línea de tiempo y por eso, en cierta manera, te he traído hoy a aquí, hacia este lugar, para despedirme de ti.

Rel pensó en el mar, adoraba el mar y de repente estuvieron rodeados por un mar en calma donde una nave con unas gigantescas velas blancas se mecía suavemente sin rozar las olas Tal vez con esta imagen la despedida fuera menos dolorosa. Pensó para sí que le gustaba aquella imagen y que a su amigo podría evocarle tanta paz como a él. En aquella estancia todo era posible, todo lo que sus mentes imaginasen se haría realidad.

–Lo siento, Pop, nunca me acostumbraré a estas despedidas. –Le dijo con tristeza–. Soy yo quien deja menos en este mundo, y será como ir hacia al otro lado del mar. Comprendo que te sientas triste y que vayas a echarme de menos, pero tú sabes tan bien como yo que debo hacerlo. Que debo partir por que no puedo eludir mi responsabilidad, porque esto, es mi Corí.

Rel se refería con corí al término que definía en su clan al familiar cuyo antepasado volvía de un viaje por el espacio y regresaba años después a su planeta viajando a velocidades cercanas a las de la luz. Al regresar años después para él, el planeta y sus habitantes le veneraban como a un Dios. Aquel semejante suyo era miles de años más anciano y más sabio, había visto cosas que ni los otros se habían atrevido a soñar y además había pagado un alto precio por ello. Ninguno de

sus familiares había vivido para ver su regreso y compartir las historias de sus viajes. Sería un solitario viajero en el espacio-tiempo.

Un corí regresaba para asumir un rol importante en la sociedad evolucionada de sus coetáneos, todo el mundo contaba con sus consejos y toda la sociedad le arropaba como a su bien más preciado.

Cuando se conocía que un corí estaba en peligro, una ley ancestral reclamaba el auxilio por parte de todos los suyos, siendo los viajeros los primeros en auxiliar por su condición de corí novel.

Este tipo de viajes exigía fuertes dosis de entrega y sacrificio en la sociedad navegante, cuando parte de sus miembros eran conducidos por la necesidad a emprender caminos distintos muchas veces sin un retorno posible.

Por eso los que volvían eran tan apreciados.

Einstein, el gran físico del siglo XX mencionó situaciones como esta en la fábula de los hermanos gemelos en la que el hermano viajero, pero aún joven, se encontraba con su hermano ya anciano en su viaje de regreso.

Experimentos que se hicieron en el siglo XX y XXI probaron que un reloj que se desplace rápido contará el tiempo más lentamente que otro que esté en reposo o se desplace más lento con respecto al anterior.

Cuando se alcanzan velocidades próximas a las de la luz, las diferencias se tornan infinitas.

La Biblia hace referencia a un caso similar aludiendo al profeta Elías.

“Elías fue recogido por un carro de fuego según la profecía y regresará a la Tierra en el final de los días”.

Elías podría regresar habiendo pasado dos meses para él pero en la Tierra habrían transcurrido mil millones de años. ¿Descabellado o no?

Quizás no tanto. Sería perfectamente posible si como Elías un ser pudiese viajar a velocidades muy próximas a la luz y los Wanik al Ore habían encontrado una forma de burlar estas restricciones de los viajes espaciales con lo que ellos llamaban los avatares, encontrando como regalo inesperado una puerta hacia otras dimensiones.

Los viajes espaciales seguían siendo necesarios para dirigir los avatares ya que no podían establecer un puente entre dos lugares del espacio si antes no habían estado en esos dos lugares.

Por este motivo solían hacer viajes a estrellas cercanas llevando un avatar activado y posteriormente estableciendo con él un puente entre las múltiples estrellas que habían visitado para poder viajar de forma instantánea después de haber transportado el avatar hasta allí.

Los avatares eran máquinas muy sofisticadas, pero carecían de la inteligencia artificial que disponían sus potentes naves. Sin embargo, un avatar no podía desplazar más del equivalente en peso a diez personas.

Un avatar no servía únicamente para transportar pasajeros, podía ser enviado por si mismo como observador, pero carecía de la capacidad de transporte si no se reprogramaba para el regreso, tarea que era imposible sin la sofisticada ayuda de una nave.

No podían por tanto, usar un avatar para viajar en ninguna dirección sin que hubiese antes una intervención inicial de una nave en el destino.

Aunque disponían de otros sofisticados recursos.

Rel pensaba en la ley que por su condición de viajero y tripulante de nave lo ligaba menos al mundo en el que ahora estaba y por tanto era una cualidad más a tener en cuenta.

Nunca era sencillo renunciar a todo para viajar a tan remotos lugares sabiendo que nunca regresarás o lo harás cuando todos tus seres queridos hayan muerto o envejecido.

Sólo cuando nada te ata al lugar donde estás y llevas contigo lo que más quieres es cuando puedes partir tan lejos como te sea posible.

Volver en 80 o mil años carecía entonces de importancia.

Pero era algo necesario y a la vez difícil de asumir.

Los Wanik al Ore eran unos seres muy amables que establecían relaciones de amistad fuertes y duraderas por eso sus vínculos eran muy difíciles de quebrantar.

Cuando se conocían si empatizaban, mantenían una relación que duraría toda su vida. Raro era que los amigos no viviesen cerca y formasen una piña para casi todo.

Rel había llegado dos meses antes de regreso a Mori el quinto planeta de una estrella solitaria situada sobre el plano de la galaxia.

Pese a tan corto tiempo había crecido una gran amistad entre ellos. Pop admiraba en Rel su valentía y entrega para renunciar a todo e implicarse en viajes con un posible no retorno.

Pero esta vez había dos poderosas razones para hacer el viaje y una de ellas era encontrar a Pit, saber que le pasó, por qué motivo cuando todo parecía que iba bien, su nave desapareció. La otra era partir en busca de su Cori. Ambas razones eran extraordinariamente poderosas para él y para su planeta.

¿No hay noticias de la nave? –Le preguntó Pop.

–Las noticias que tenemos es que Pit abandonó la nave después de que Avi, mi corí, murió, y comunicó a la nave su intención de estar solo. La nave también dejó de transmitir, comunicó su intención de esperar a que la misión fuese posible con la esperanza de encontrar a algunos habitantes del planeta para poder regresar y convencer a Pit de que aquello era un error.

Al morir Avi la nave quedó inutilizada para viajar.

Incluso con la intervención de Pit no hubiese sido posible que la nave hubiese podido emprender el viaje. Las protecciones para evitar una singularidad en el mundo la hacen totalmente inútil, así que se ha desconectado para abandonarse a su suerte tal y como lo hizo Pit.

Pero… –Dudó Pop. Eso es un suicidio ¿Cuánto tiempo les queda a los humanos?

–30 ciclos a su estrella, años a lo sumo. –Respondió Rel– antes que su Sol empiece la fase de nova. La estrella se llenará de manchas cada vez más grandes que se convertirán en una única mancha enorme al final del ciclo.

–Pensaba que él había partido con esa misión. –Reflexionó Pop con tristeza…

–Esa era efectivamente y por eso partió para solucionar el problema. Podía haberse marchado sin más dejando a esos humanos a su suerte pero no lo hizo. Intentó ayudarles. Entonces algo que no estaba programado sucedió y desapareció sin dejarnos ningún rastro. Nosotros debemos saber cómo intentaba solucionarlo. Ello, nos dará la clave para que cuando eso vuelva a sucedernos en este caso a nosotros, sepamos actuar también. Por eso es tan importante que localicemos a Pit. Que sepamos que le ocurrió y en la medida posible –si es que aún vive, cosa poco probable– le ayudemos a regresar a casa y conseguir su finalidad: "Salvar a los humanos y obtener la clave para salvar en un futuro nuestro mundo u otros de la catástrofe que hace tiempo nos sacudió.

Si nada lo remedia el proceso será el mismo de siempre. El sol se tornará rojo como la sangre durante 3 días. Luego se tornará negro, pero la noche durará poco, la décima parte de un día a lo sumo.

Luego un brillo más fuerte que el de un millón de estrellas volverá gas instantáneamente toda la parte del día del planeta en ocho minutos.

Rel estaba transmitiendo estos pensamientos a Pop, no decía el nombre de esos dos cuerpos celestes pero tenía que

estar refiriéndose al Sol y a la Tierra, un sistema solar en la constelación de Centauro, el mismo orbe azul que había dibujado donde se perdía el rastro de Pit.

–El Sol no pasará por la fase de gigante roja. –Continuó Rel– se convertirá en una estrella nova, manteniendo su extraordinario brillo durante al menos un cuarto de ciclo de su órbita solar.

A continuación, la Tierra será inmediatamente expulsada de su órbita alrededor del Sol y vagará por el espacio enfriándose en una eterna noche donde las temperaturas en el planeta bajarán hasta el 0 absoluto –236 grados bajo cero concretamente–. El planeta se quedará sin atmósfera y los únicos restos de líquido serán como la más dura de las rocas.

No quedará ningún vestigio de vida lo sé y tú también por que este proceso lo conocemos bastante bien, por desgracia. Los últimos restos que quedaran en el antiguo planeta azul serán los gusanos que hayan estado enterrados muy profundamente en el suelo, y estos, no tardarán mucho en morir cuando el calor interior de la tierra se extinga.

Pop vio todas esas imágenes materializarse en la oscuridad y sintió que un fuerte escalofrío le recorría la médula.

Es el final del ciclo de la vida. –Murmuró Pop–. La muerte de un planeta y de todos sus habitantes. ¡Que triste! ¡Me resulta muy difícil mantener fija la mirada en todo lo que me muestras.

Siempre es triste la extinción de la vida. –Respondió observando una enorme lengua de fuego que emergía del Sol– aunque ya sabes que eso es un ciclo necesario, se nace, se vive intensamente y al final se muere, tan solo es un estado para completar el sentido de la vida, cuesta asumir esto por nuestro principio de supervivencia ya que todos luchamos desesperadamente por sobrevivir.

Pero lo que somos o lo que fuimos no se pierde en ninguna forma, existimos en muchas realidades alternativas. Por lo

que sabemos somos conscientes de que el espacio y el tiempo que sentimos no es la realidad absoluta.

Incluso, aunque la vida no perdurase a través del tiempo, lo ya vivido o lo pendiente por vivir, no deja de existir, está en alguna parte del espacio-tiempo y sigue existiendo aunque lo veamos como si fuese el pasado.

Vivimos el presente y caminamos hacia el futuro. No debes olvidar que el ayer y el mañana son tan reales como el hoy, así que en consecuencia la muerte como tal no existe.

Un torbellino de luz blanca se materializó ante los ojos de ambos. Se escuchaba una música envolvente de cantos gregorianos entonados por mujeres.

Supongo que no estamos aquí para saber quienes somos y a dónde vamos ni cual es el sentido último de nuestra vida. –Cabiló Pop– quiero pensar que algo podremos hacer al respecto.

Rel observó el torbellino y se dejó mecer por aquella música.

–En efecto, Pop, he enviado un avatar programado antes de mi anterior viaje pero desistí. El haber regresado yo aquí a Mori reduce sus posibilidades de sobrevivir, pero necesitaba de vuestra ayuda.

–¿No has averiguado nada de Pit?

–Poca cosa. La nave no está en la Tierra, creo pensar que de alguna forma Pit ha logrado que le ayuden los humanos, la nave estaba inutilizada y él la abandonó a su suerte, pero al no estar en la Tierra el mecanismo de protección tuvo que ser superado de alguna forma, Pit necesitó al menos de tres seres inteligentes además de él para hacer posible que la nave saliese del sistema solar, puesto que no está ahí. Pit no estaba interesado en nuestra ayuda, abandonó la nave y envió un mensaje de que su deseo era permanecer el resto de su vida en la Tierra.

Envíe un avatar transporte pero no obtuvo ninguna respuesta, la nave estaba abandonada, con sus sistemas al

mínimo: El avatar al no obtener respuesta se quedó en el desierto a poca distancia de ésta.

Es decir que la nave quedó a la deriva. –Cabiló Pop–. ¿E intentaste algo para buscarlo con los observadores?

Pop se refería a seis objetos del tamaño de una canica que orbitaban alrededor de la Tierra a un millón de kilómetros de ella. Eran de un fulgurante azul celeste y su cercanía transmitía una sensación de frío glacial y una extraña musicalidad.

Rel dudó unos instantes antes de responder.

–De alguna forma resultó por que algo pareció mover a Pit a abandonar su retiro. Pero la cuestión es: ¿A dónde se fue Pop? ¿y porque no regresó con nosotros?

VI
PALACIO RESIDENCIAL EN MORI, AÑO 2011

A años luz de la Tierra

Mori, el Palacio Residencial, era un reluciente diamante perdido en la inmensidad de la selva de aquel planeta.

A ella, la llamaban “niña real” o “flor divina”. Eso, significaba el nombre Leilani.

En verdad, tenía algunas cosas que la hacían parecer un poco humana, pero esa era una insignificante característica con las tantas razas que pueblan el universo.

Ella sería considerada en la Tierra como una mujer Chamán: venerada por todos, incluso temida, un ser privilegiado que tenía una especial conexión con vegetales, animales y minerales. De ella se decía que hablaba con todos ellos y que fuese cual fuese la materia de la que estuviesen hechos, éstos le transmitían sus pensamientos e ideas.

Leilani tenía tal poder curativo que con solo las palabras curaba.

Hacía tiempo que el sol de Mori había salido. Pero ella, cuya capacidad para sanar era tan grande, no podía curarse a sí misma en aquel planeta y esa era su desgracia en aquellos momentos. Había algo en la atmósfera de Mori que resultaba muy pernicioso para ella y la enfermaba a pasos

agigantados. Sin embargo, había tenido que desplazarse a aquel lugar para atender a un mensaje SOS de Rel, un Wanik al ore que buscaba a uno de los suyos. Así que una vez se viese con él podría regresar por fin a su planeta con la conciencia de haber ayudado.

El asunto a tratar requería de aquel sacrificio.

–¡Alcanzadme un poco de agua! –pidió extenuada con los labios tumefactos.

Leilani entornó los ojos y se dejó caer exhausta sobre una cama de doseles blancos. La regia cama estaba en medio de un jardín, al aire libre, en el que crecían árboles de apetitosos y extraños frutos, todos llenos de flores blancas de aterciopelados pétalos que se abrían cada vez que ella articulaba la más mínima palabra y volvían a cerrarse cuando ella quedaba en silencio.

Rodeaban el jardín enormes estanques de agua verdosa que corrían a su encuentro con el mar. A lo lejos los veleros de colores se mecían suavemente bajo un clemente Sol primaveral.

El consejero de Leilani alargó el brazo y le tendió un recipiente de cristal lleno de refrescante agua que Leilani bebió con avidez.

–Han venido a verla –se cuadró ante ella mirándola con aspecto triste y preocupado–. Su estado de salud, alteza, es cada vez peor. ¡Debería reconsiderar la idea de regresar o el clima de los Wanik al Ore la matará.

De escasa altura y aspecto frágil, posó sus relucientes pies sobre el frío suelo e hizo un inmenso esfuerzo por permanecer erguida. Miró a su consejero con sus enormes e himnópticos ojos que parecían ocupar todo su rostro.

–¡Hacedle pasar, Consejero! ¡Ya os he dicho que no me queda mucho tiempo aquí! ¡Tengo que aprovechar cada minuto, cada segundo de mi vida si quiero regresar con mi pueblo Slahe y no morir en el intento!

–Sí, claro. –Admitió el pequeño y servicial hombre asintiendo dócilmente con la cabeza– ¡Sus deseos son órdenes para mi, alteza!

Le hizo una reverencia y se dirigió hacia la puerta del palacio con pasos tranquilos, allí habló con alguien dentro de una de sus estancias interiores y al cabo de unos instantes volvió a salir acompañado de dos seres que de lejos podrían confundirse con dos pingüinos de la Tierra.

Frente a ella, los dos seres ataviados con aquellos extraños trajes se postraron con una reverencia ridícula. Oía sus pensamientos y estaban nerviosos, tan solo uno de ellos estaba dispuesto a emprender el gran viaje y el otro era un mero acompañante.

En el fondo, Leilani sintió casi simpatía por él. Mirándolo bien, aquel planeta en el que estaban, Mori, solo era un sustituto del que habían perdido. Se empeñaban en echar raíces allí y emprender una vida nueva; olvidar el desastre que produjo la pérdida de su verdadera Tierra Natal; olvidar a todos cuantos habían perdido en el camino… Para ellos, Mori, en cierta forma también era pernicioso, pero su organismo estaba mejor adaptado.

Aquel ser que tenía ante sí no parecía ni quería olvidar. Y ella, aún a riesgo de dañar su salud con un clima que no la beneficiaba, se había desplazado allí acudiendo a su llamada precisamente para ayudarle. Tenía condición de cori y ella no podía negarse. Los seres que tenían tal condición sacrificaban toda su vida en favor de la armonía del universo y para ella, aún causándole tanto perjuicio, solo serían unos pocos días.

–¡Alteza Leilani, mi niña real! –Me postro ante vos–. Musitó Rel.

–Acércate a mí. –Acercó sus manos para tomar entre ellas la cabecita de Rel y centró su mirada en sus pequeños ojos intentando leer en su mente.

Nunca había conocido mente tan prístina como aquella, era como un cristal diáfano a través del que se podía leer todo el mapa de su alma.

–¿Por qué no te olvidas de Pit? –Había en su pregunta un poco de desdén y tristeza–. Cuando vuestro planeta se destruyó y alcanzasteis la Tierra, todos decidimos que aquel no sería vuestro mundo Pero Pit quiso quedarse y él pagó su precio. ¡No! ¡No puedo arriesgar tu vida a cambio de la suya, a cambio de una decisión que él mismo ha tomado porque terminó amando a esos mezquinos terrestres! Me pides que te ayude y puedo hacerlo. Debo respetar tu cori. Pero no sé si quiero.

–Traigo una misiva para vos –se la tendió suplicante–. Mirad, majestad, yo mismo la escribí, pero preferí dárosla en mano. ¡Abridla!

Leilani le miró a él y luego a la misiva, abrió el sobre blanco y surgida de la nada se desplegó una pantalla de imágenes tan nítidas que parecían reales. La reina hizo verdaderos esfuerzos para concentrarse en toda la información que recibía. A pesar de su cansancio, a pesar de que las fuerzas se le iban cada segundo que pasaba.

A su lado escuchó la voz de Rel que volvía a insistir:

–Tengo que ir, mi preciada Majestad. Él se quedó allí para investigar, recibimos numerosas noticias de que los humanos terrestres no le gustaban, que eran violentos y advenedizos… Llegó un momento en que Pit decidió abandonarlos a su suerte ya que no eran merecedores de ser salvados. Sin embargo… En los últimos mensajes se produjo un cambio importante en la actitud de Pit hacia ellos. Hablaba con un inmenso cariño de esos seres humanos y hasta tenemos la firme creencia de que fue ayudado por algunos de ellos a poner en funcionamiento la nave con la que quería que le encontrásemos.

Pero a pesar de todo, majestad, creemos que él no nos abandonó aunque todo el mundo diga lo contrario. Y es por eso que debemos buscarlo a donde quiera que haya ido y por eso necesito de vuestra ayuda.

–¿Debemos? ¿Y a quién te refieres cuando hablas en plural? Tengo conocimiento de que tu especie no aprueba

este viaje. Si he accedido a desplazarme aquí ha sido porque creía que tú podrías convencerme a mi de lo contrario a pesar de estar obligada.

–A Pop y a mí, me refiero a nosotros dos. –Bajó cabizbajo la cabeza.

Leilani contempló al otro ser que le acompañaba. Había en sus ojos una expresión triste pero esperanzada.

Cerró la carta con un leve parpadeo de ojos y se la devolvió a Rel; a su lado, las flores blancas que inundaban todo el jardín con su hermosa presencia y fragancia parecieron llorar y volver a cerrarse.

–¡Bien! –Suspiró con resignación–. Sabes que si realizas ese viaje tal vez no puedas regresar. ¡Es tu Cori! ¿Lo sabes? Quizás acabes en un mundo desconocido e inhóspito en el que Pit no está y te veas solo sin que podamos ayudarte. ¿Lo sabes, Rel? ¿sabes que eso podría suceder? ¿Que podrías marcharte para nunca volver?

Rel asintió. Sabía los riesgos y estaba dispuesto a asumirlos.

–¡De acuerdo! –Suspiró con resignación–. No sabemos exactamente en que coordenadas del tiempo-espacio está perdido vuestro amigo Pit. Me pides que te de el beneplácito de realizar una misión arriesgada y ni siquiera estoy segura de si debería concedertelo pero no puedes imaginarte el sufrimiento que me causa este clima. No he venido aquí para enfermarme y al mismo tiempo negarte algo por lo que has arriesgado tanto.

El papel de la carta se estremeció entre sus pequeños dedos. Un pequeño reguero de sangre azul comenzó a surgir con el crepitar del papel por las comisuras de su boca. La reina, tomó un pañuelo y se lo limpió avergonzada. No quería que Rel ni su acompañante la viesen así, tan enferma. Desde que habían abandonado su planeta su salud iba en declive. Ella sospechaba que era el clima de aquel planeta refugio de los Wanik. Metió su delicada mano bajo la almohada

y extrajo un objeto, semejante a un pequeño prisma de colores, un objeto facetado que lanzó mil destellos al incidir sobre él la luz del amanecer.

–¡Qué decir! ¡Debería decirte que no pero admiro tu valentía! Si vas a buscar a Pit es necesario que lleves esto contigo. –Le dió el prisma–. No es un avatar. Emite una luz calmante. Nunca se sabe con que seres violentos y peligrosos podrías encontrarte. Si su luz les ilumina, sus emociones se calmarán, o su ira se bloqueará según el caso y tu vida siempre estará a salvo. ¡No puedo ayudarte más! ¡Tienes la nave, los avatares, y toda nuestra tecnología a tu alcance para buscar a tu amigo! ¡Tal vez, esto que te ofrezco no te sirva de gran ayuda pero al menos a mi me deja un poco más tranquila respecto a los humanos y otros seres adversos con los que puedas toparte. Ah!!! añadió –y también puede curar. No olvides eso.

–¿Entonces eso es un sí? –Estalló Rel lleno de alegría. ¿Me ayudaréis los Slahely a encontrar a Pit?

–Sí. –Musitó Leilani volviendo a postrarse en su cama– ¡Claro que te ayudaré!

Al mismo tiempo que decía esto una gigantesca orquidea blanca cayó de uno de los árboles y aterrizó en la manita de Rel. Éste dirigió la mirada a Pop para observar su reacción de sorpresa ante aquel milagro.

Inmediatamente que rozó sus dedos, la flor se marchitó e hizo un extraño ruidito apenas inaudible como si la flor expirase.

VII
EN MORI EXPLORANDO UN MUNDO, AÑO 2011

A años luz de la Tierra

Rel y Pop se dirigieron hacia el edificio esférico acompañados de Leilani.

Los tres se cogieron de las manos formando un círculo naranja de brillo tenue algunos metros mayor que ellos; más lejos el suelo no se distinguía del techo, era totalmente oscuro sin ninguna luz ni reflejo; solo sobre el horizonte, una línea azul tan fina como una hoja que empezaba a mostrar distintas franjas de colores desplazándose de forma caprichosa.

Todo se oscureció incluso el horizonte, dejando paso a la bruma y jirones de un cielo azul que comenzaba a ocultar un océano de nubes.

Rel conocía la tecnología que Pop le había enseñado algunos días antes y le encantaba la experiencia.

–¿Como puedes hacerlo? –le había preguntado maravillado.

–Hay seis observadores a un millón de kilómetros que nos transmiten en tiempo real todo lo que ocurre en la Tierra. –Pop expresó sus ideas sin pronunciar una sola palabra, las distancias, donde estaban los objetos en una imagen tridimensional conformaban un octaedro con la tierra en el medio. –Además añadió– tenemos a Leilani, nuestra alteza, nuestra niña real, la mujer chamana para completar el proceso.

Pop y Rel sintieron la ingravidez de las águilas volando sobre un mar de nubes, bajo ellos podían ver entre claros las montañas nevadas y las extensas praderías así como lo que parecía un plateado y sinuoso camino reluciente que no era más que el ancho río cuyo cauce se perdía en la lejanía.

Rel era un mero viajero, pero Pop era un artífice, un genio, un científico lleno de ideas innovadoras.

–¿Esto es lo que sienten al volar las águilas de la Tierra? –Quiso saber Rel con curiosidad.

Pop asintió.

–La empatía favorece la comunicación pero no podemos comunicarnos completamente con los seres de ese planeta, solo podemos empatizar con sus sentimientos, hacer que sientan como nosotros por un momento, nunca de una forma tan directa como lo hacemos nosotros ahora. Pensarán que han tenido un sueño o creerán que han vivido la misma experiencia en otro tiempo, de eso se trata.

Esta vez Rel y Pop acompañados de Leilani que hasta entonces no había dicho nada se había limitado a observar, estaban a diez metros sobre el suelo en un increíble paisaje helado en la Antártida.

Los pingüinos se deslizaban sobre la lejanía regresando con su carga de pescado para alimentar a sus crías.

Nadie parecía observarlos y así era por que en aquel gélido lugar en el que parecían estar flotando cogidos de la mano realmente ellos no existían. Eran tan transparentes y livianos como el aire.

En realidad, aunque parecían estar tan cerca distaban muchos años luz de aquel extraño lugar y de aquellas aves.

Nadie los observaba excepto uno de los pingüinos que se giró en dirección opuesta a sus compañeros como si les hubiese visto, cosa que parecía imposible.

Leilani no se parecía en nada a Rel y a Pop, más bien su aspecto era el de una niña humana, pero no lo era era una

arcana, mujer con aspecto muy joven y sus cabellos largos adquirían múltiples tonalidades verdosas al incidir sobre ellos los rayos del Sol. Su vestido tejido de hojas otoñales ofrecía un aspecto frágil y descuidado, aunque hermoso. En su rostro triste se percibía el sufrimiento de una persona que sabe que si no se da prisa enfermará irremediablemente. Por eso le urgía acabar con lo que había venido a hacer allí cuanto antes.

–Te contaré un secreto a ti, pequeño ser. –Dijo Leilani reclamando la atención de aquel pingüino: el único que se había apercibido de sus presencias–. Yo se lo que sientes por que yo siento todo lo que tú sientes, cuando bebo agua experimento las mismas sensaciones que tú, si ríes, lloras o sufres ahora mismo, yo percibo todo eso porque tú y yo somos iguales en esta unión.

Leilani y el pingüino se quedaron mirando fijamente a los ojos, una al lado del otro como si cada uno fuese consciente de la observación del otro a tan solo un palmo de distancia.

Pero: ¡Qué lejos estaba un mundo del otro!

VIII
MIRADA PERDIDA EN EL INFINITO

La Tierra a años luz de Mori

El pingüino se quedó apartado del grupo con la vista perdida en el vacío.

En su pequeño cerebro se sentía observado y quedó inmóvil con la vista perdida en la lejanía.

Había creído ver a una mujer diminuta de cabellos verdes que le hablaba con un lenguaje que no precisaba de palabras y que se dirigía al centro de su corazón.

Leilani sabía que estaba a muchos años luz de allí, muy lejos de aquel hermoso planeta azul, lejos de aquellos acantilados que herían la vista de tan blancos que eran, lejos de aquel azul infinito y misterioso pero comenzaba a comprender la pasión que sentía Pit por aquellos seres. Tal vez merecían una segunda oportunidad si se parecían en algo a aquel tierno pingüino.

En el edificio esférico lejos de la Tierra, Pop contemplaba a Leilani mirar fijamente al pingüino a tan solo unos centímetros de distancia pero Pop sabía que era una ilusión óptica.

Se sintieron como flotando y su visión y la del entorno cambió súbitamente, la perspectiva era esta vez la que el pingüino tenía.

Empezaron a mirar con sus ojos, a sentir con sus ojos.

Empezaron a amar y añorar a aquella pequeña criatura de aquel lejano planeta.

Empezaron a evocar sus pensamientos, sus miedos, sus esperanzas.

Era curioso como dos mundos tan distintos habían generado dos especies tan físicamente parecidas. Pero las apariencias eran engañosas.

Empatía.

Una extraña forma de comunicación, Leilani la mujer chamana y Alt, un sencillo pingüino de la Tierra.

Si dos seres sentían lo mismo, podían pensar lo mismo así que: ¡Qué importaba la distancia que les separara! Podían ser uno allá donde podía estar lo común, allá donde podía estar lo que significan las cosas, en el edificio sobre el que se construye la realidad misma.

Pop observó y sintió las largas conversaciones mentales entre Alt –el pingüino de la Tierra y Pit y como se encontraron con los dos humanos: Pedro y el Mendigo años atrás.

Evocaron los pensamientos de Pit, a través de la mente de aquel pequeño pingüino terrestre llamado Alt, pero no era lo mismo, las imágenes eran algo confusas.

En su pequeña mente se veía una ciudad enorme con enormes edificios, un inmenso dolor, un odio alimentado de injusticias, desigualdades y avaricias, un mal en estado puro.

Y esperanza, entrega, sacrificio y altruismo, al fin y al cabo la esperanza.

Los humanos eran seres incomprensibles y extraños pero también por lo que habían percibido en aquella experiencia debían ser realmente adorables puesto que Pit los había amado.

Estaban contemplando un mundo con los ojos de un pingüino, con los sentimientos que había compartido con Pit

cuyos pasos se borraban al llegar a la Tierra, contemplando con los sentimientos de un hombre llamado Pedro y otro que tenía la mirada cansada al que llamaban Wilson “el mendigo”.

Con los ojos de aquel pingüino terrestre pudieron ver el hogar de Pedro y el hogar de Wilson, la Tierra.

Y supieron que Pit y Pedro ya no estaban juntos.

Soñaron los sueños del mendigo, los sueños de Alika, los sueños de un mundo que hasta entonces les había resultado ajeno...

Y finalmente vieron el viaje de Pit a una ciudad en el interior de una estrella.

IX
EL GUÍA DE LILA

La Tierra año 2088

Le gustaba escuchar el cadencioso sonido de la lluvia golpeando rabiosa y dulcemente como la música aletargada de un piano melancólico.

Suave y triste melodía en la noche, tan triste que sin querer hacía que su llanto brotase como un manantial liberador.

Cuando eso ocurría Lila, se recostaba en su cuarto sola, volando por encima de los problemas diarios, de la frustración de no poder solucionar los problemas, manejar los sentimientos, ajena, pero consciente de los ruidos de las viejas cañerías y el quejumbroso sonido del viento en el exterior.

Cerraba los ojos y buscaba a su guía de una forma consciente.

Al principio se visualizaba a si misma bajando en un ascensor desde el ático de un alto rascacielos.

Se sentía sola y era una sensación extraña.

Sentía su soledad en el mundo donde había nacido desnuda, sola, sin más pertenencias que su propia piel, donde las personas que ella quería partirían del mundo y finalmente, ella también se iría tan sola como había llegado.

Desde su ascensor irreal, piso tras piso, –de fondo la banda sonora de river flow in you de Yiruma– vio desfilar

multitud de imágenes de su vida, de todas las personas que había conocido y amado, a todas las que había visto sonreír y agradecía cada segundo que le habían dedicado, cada mirada, cada sonrisa, cada gesto que le había sido dado regalado gratuitamente.

Pero echaba a alguien en falta...

Echaba alguien en falta.

Echaba alguien en falta.

No cesaba de repetírselo hasta la locura.

Alguien que cuando ella era pequeña la había alzado sobre sus hombros para llevarla al campo.

Sobre sus fuertes espaldas ella veía el mundo desde lo alto como él lo vería. Ambos sonreían y guardaban grillos en cajitas de cartón agujereadas para que no se asfixiaran.

Antes que su padre abandonara el mundo ella le había recordado aquella escena para que le sirviese para afrontar ese duro momento. Ella aún recordaba con dolor esa mirada suya que parecía llorar sin lágrimas y le decía que aquel tiempo había quedado muy atrás, tan atrás que ya casi no existían ni los grillos ni el Sol de antaño.

Lila descendía cada vez más en aquel extraño ascensor de su imaginación y alcanzaba un sótano lleno de agua.

Por un instante, creía que iba a morir, pero buceaba y buceaba intentando escapar en la negrura de aquel abismo de aguas oscuras.

De pronto, las puertas del ascensor se abrían vertiendo el líquido elemento.

Extrañamente, su ropa estaba seca, había dado con sus huesos en una habitación completamente blanca. Todo el mobiliario era blanco, incluso las cortinas mecidas por un viento suave que llevaba envuelto aromas de brisa marina.

Sin dudarlo, caminaba hacia la salida y sus pies pisaban una arena blanca, suave, enfriada por la noche.

Se hallaba ante una playa extraña cuyo cielo era recorrido continuamente por estrellas fugaces y misteriosas luces de colores.

Y allí, en sus sueños, estaba su guía esperándola, con el chaleco de lana azul marino con que solía vestirse y las manos guardadas en los bolsillos de su pantalón vaquero.

Y mostraba aquella hermosa sonrisa que tanto le caracterizaba.

Lila no podía dejar de llorar. Se abrazaba a él como si temiese perderle de nuevo.

Él no decía nada, tan solo sonreía, y en su sonrisa había una paz como nunca Lila había visto hasta entonces.

Su guía le condujo hacia un extremo de la playa donde se alzaba una catedral inmensa totalmente construida de diminutos cristales de colores formando gigantescos mosaicos. El sueño parecía muy real.

Era la vidriera y la catedral más gigantesca que Lila había visto en toda su vida.

Tan impresionante por fuera como por dentro, la nave estaba cruzada por múltiples pasillos de largura interminable que conducían a distintas y extrañas escenas de todas las religiones del mundo.

Cualquier templo: Chartrês, Notrê Dame, el Taj Mahal... Se quedaban pequeños ante aquella maravilla de Dios.

Entonces, Lila despertaba en su cuarto con los ojos llenos de lágrimas y se daba cuenta que todo lo había soñado.

Que el universo en sí mismo era un sueño y que todas las religiones del mundo con sus dioses locales pertenecían a algo mucho más grandioso que el Dios al que de niña le habían enseñado fervientemente a rezar.

X
UN UNIVERSO FRACTAL

La Tierra año 2088

Aquella mañana Pedro se sentía pletórico y en plena forma. Había accedido a la insistencia de Lila de someterse a un tratamiento con células madre extraídas de su propio cuerpo y la vitalidad poco a poco regresaba a su vida.

Aún no se podía apenas sostener pero su cuidadora insistía en que todo lo importante se consigue con muchísimo esfuerzo.

Y el sabía lo que era luchar en un mundo hostil.

El viento mecía suavemente los barcos de vela anclados en la ría; al otro lado del puerto el gran huevo blanco como llamaban al edificio se imponía sobre todo el paisaje.

Lila le ayudó a avanzar con una sonrisa.

Le recordaba a su hermano, los largos paseos, las largas charlas sobre cómo cambiarían el mundo.

Pero el mundo no había cambiado tanto después de todo. Todo seguía más o menos igual o peor.

–Tienes buen aspecto, un paseo no te sentará mal ¿verdad?

Le tendió la muleta y luego su mano y le ayudó a cruzar la calle mientras Pedro la miraba con curiosidad.

–¿Que puede interesarte de este este pobre viejo para que gastes tus días libres en mi compañía, Lila?

Ella echó la cabeza hacia atrás de un modo coqueto y lanzó una risita.

–Sé que escondes muchos misterios que me gustaría conocer, siempre me gustó lo desconocido y tengo la certeza de que tu has estado donde nadie ha soñado jamás estar.

–¿Y por que ibas a creer a un pobre loco como yo?

Arrugó la nariz y sonrió dándole una cariñosa palmadita en la espalda.

–Supongo que por que tienes una mirada sincera y esa extraña figura de ADN no es humana, ambos lo sabemos, aunque esté dibujada por humanos. Una triple hélice enlazada es algo que alguna vez he visto en una antigua revista de ciencia. Tu tienes algo que ver en esto, lo presiento pero no comprendo tus temores, eres más reservado desde que el dibujo apareció.

–No me gusta hablar de ello, Lila ya te lo dije.

Su mirada se volvió sombría y su espalda se encorvó como si quisiese protegerse de algo.

Lila sintió lástima de verle así, tan desvalido.

–No tienes nada que temer de mi, nunca diré nada de lo que hablemos. ¡Te podría ayudar, creo!

–¿No lo haces ya acaso, en este mismo momento escuchandome?

Ella reflexionó y guardó silencio.

Pedro se acercó al borde del paseo y se apoyó en la barandilla para observar con curiosidad las largas hileras de mejillones alzándose sobre los pedestales del puerto. Las señaló y dijo:

–Mira, como se aferran a la vida, luchan por sobrevivir. ¿acaso soy yo diferente a ellos?

–No se que temes Pedro pero si hablamos te sentirás mejor.

–Hay algo que temo Lila, pero, no temo por mi, he vivido mucho, he viajado mucho y muy lejos, he devuelto esperanza y futuro a los seres a quienes más quería. ¿Que mas puedo esperar de la vida ahora que mi ocaso se acerca?

–Puedes pues, esperar que alguien te comprenda, que alguien te ayude a que la esperanza que has dado regrese a ti como un bumerang. Alguien que no temas, alguien que te escuche.

–Y ese alguien : ¿eres tu? Lila. Si hablase contigo estarías en peligro.

–Nadie sabrá jamás de que hablamos, puedes confiar en mi totalmente.

Pedro realmente lo deseaba.

Llevaba muchos años en silencio pero temía aquel peligroso ser y aquella representación del ADN alienígena le llenaba de profundos temores.

Rompió su silencio, ¿que le importaba? ¿que más le podían quitar ya? ¿la vida?

Siempre amó la vida, con toda su alma, pero ahora que estaba ya viejo y decrépito la ausencia de su amor, la ausencia de Mirian y de Laura su hija, eran más oscuras que las aguas negras de la ría.

Lila lo miró y creyó ver algo en su profunda tristeza.

–Tal vez estén vivas en alguna parte que no acierto a adivinar, tal vez la esperanza vuelva a ti.

Pedro se detuvo y quedó pensativo y profundamente sorprendido. Nadie conocía sus miedos, ¿por que aquella mujer si?

–¿Porque me dices eso? ¿Que sabes de mi, Lila?

Se detuvieron y se sentaron en un banco, lo dos guardaron un silencio que parecía enmudecer al mismo viento otoñal.

–Tuve un sueño extraño –le explicó ella– fue como si me fueran a mostrar todas las fórmulas matemáticas en un

amasijo de cálculos matemáticos y ecuaciones complejísimas que parecían carecer de sentido y lo llenaban todo y del caos de repente, empezó a brotar la vida. Realmente lo que surgió, fueron unas estructuras curiosas pero conocidas, conjuntos de Mandelbrot creo que se llaman, conjuntos de Julia, no sé, tal vez las dos cosas. Se mezclaban de una forma sorprendente como jamás había visto y del caos empezó a formarse un universo hermoso y lleno de vida, y una idea se instauró en mi mente: "La vida crece al borde del caos". Y de pronto vi la imagen de una niña y una mujer muy bella y un ser pequeño como un pingüino, la niña dijo que a su papá le gustaría ver ese mundo y el pequeño ser respondió inocentemente : ¡Pero si Pedro ya ha estado allí antes! Como ves es un sueño complejo, pero era como si algo me dijese que podía ver un pequeño fragmento de tu pasado.

Pedro se tapó el rostro con las manos y lloró como un niño. Él comprendía perfectamente lo que quería decir ese sueño.

–Me devuelves la esperanza ya que ese sitio que viste en tus sueños realmente existe, es un universo paralelo y en efecto yo he estado allí.

Lila echó un vistazo a su alrededor. Las calles del casco histórico se habían convertido en una especie de canales que eran recorridos por pequeñas lanchas motoras.

La subida del nivel del mar no había sido repentina, se había tratado de un hecho paulatino que había modificado el clima y la configuración de las costas dando tiempo a desplazar a la mayoría de la población a altos rascacielos acristalados que atrapaban en su miríada de espejos la luz solar para revertirla en electricidad y agua caliente a los hogares.

Actualmente, el agua llegaba hasta el mismo Carballedo, lugar donde se ubicaba el nuevo ayuntamiento, un edificio modernista que en nada recordaba al antiguo que yacía sepultado bajo las aguas junto con parte del casco histórico.

El parque del muelle también había sido anegado y ofrecía atractivas visitas de submarinismo a los turistas, con unas aguas llenas de hojas de vistosos colores otoñales.

La costa alcanzaba la zona conocida como los Campos y la Luz donde habían surgido pequeñas islas.

Hubo también un terremoto que contribuyó aún más a modificar el paisaje abriendo una profunda sima en la falla que recorría Villalegre en dirección Oviedo.

La orografía de la ría también había sufrido modificaciones; se había creado una pequeña isla artificial llena de aceras construidas con un material flotante, el mismo que se había empleado para sostener el Nuevo Niemeyer en la superficie, para evitar que el mar se lo tragase de nuevo, un edificio con la forma de un huevo flotante.

Tan solo quedaba el viejo pantanal lleno de pequeños barquitos veleros que se mecían suavemente en aquel día lluvioso.

Desde la subida del nivel del mar, el clima, había cambiado. Las estaciones eran extremas, hacía mucho frío o mucho calor pero sobre todo, había muchísima humedad debido a las continuas lluvias.

Los vehículos eran híbridos, capaces de desplazarse por carreteras, volar, o navegar plácidamente a través de los canales; también podían circular normalmente como los viejos coches tradicionales pero, lo que más sorprendía a los que habían conocido los viejos automóviles eran las pequeñas briznas de hierba y algunas flores que comenzaban a surgir de la gravilla de muchas carreteras. La Madre naturaleza tomaba aquello que le había sido arrebatado por el hombre.

Lila, estaba exultantemente feliz por la decisión de Pedro de acceder al tratamiento con células madre ya que su pronta mejoría, animaría al resto de inquilinos del asilo de Villa Andrea a emularlo.

Pedro había recibido una prótesis de cadera y debía desplazarse a menudo al Hospital San Agustín para realizar continuos reconocimientos médicos.

La regeneración del cartílago estaba obrando una mejoría extraordinaria. Cada día Pedro, se sentía con mucha más agilidad y energía e iba recuperando la movilidad perdida.

Allí, sentados en un banco de la ría, Pedro, le estaba hablando de un extraño lugar en el que decía haber estado.

Lila le preguntó cómo era aquel lugar.

Pedro se sentó en el banco y contempló la escultura de *Mojardín* "hemisferios en equilibrio".

estaba muy conservada pese a los años a la intemperie después de aquella restauración cuando la recubrieron con nanotubos de carbono.

–Lila: ¿Ves esta escultura? Esta escultura significa que en la enseñanza hay dos aspectos importantes e indivisibles que son la ciencia y la humanidad. El universo no es tan diferente como ella.

Pedro bajó su mirada al suelo como si quisiese mirar en su propio interior.

–Lo que vemos no es lo único real, es como la eterna pregunta de la ciencia "¿Dios existe? ¿Dónde está Dios?" pero la mirada en el espejo, el reflejo de la duda también puede volverse en contra de todo lo que damos cierto "Por ejemplo: ¿Donde está físicamente el número Dos? ¡Podemos asegurar que hay dos semi esferas ahí, pero dónde está el mismísimo concepto del número dos? ¿como podemos palpar esa realidad?" ¡Te aseguro que hay una inteligencia subyacente en todas las cosas! Hay un universo mas complejo donde nuestra realidad tan solo es un viso, un brillo en el atardecer. En realidad no hay un solo universo sino muchos universos dentro de otros. La realidad que vemos es tan solo la proyección de algo mucho más rico y complejo.

Lila había leído algo al respecto en un libro de principios del siglo "El camino a la Realidad" de Penrose.

–Como la cueva de los filósofos que ven el mundo proyectado en las paredes de su cueva, ¿Has leído la Caverna

de Platón? El mundo real, el mundo científico y el mundo platónico, cada uno conteniendo a una parte del otro.

Lila intuía lo que Pedro quería decir, era muy similar a lo que había leído en el libro de *Penrose*.

–El mundo que soñaste es como esta escultura, nuestra realidad, el mundo que podemos observar es la semi-esfera de lo científico, el mundo fractal es como la semi-esfera de lo humano, los dos forman parte de una misma realidad indivisible. Es parte de lo que esconde la inteligencia subyacente que lo llena todo, como esos *fractales* tan hermosos que vistes en tus sueños, aquella gigantesca catedral.

–Eso me recuerda a un libro que leí –continuó diciendo esta vez casi en un susurro– era la historia de un cuadrado, lo escribió *Abbott*. El cuadrado era un ser que habitaba un universo de dos dimensiones como un plano a semejanza de un cuadrado que vive dentro de una hoja de papel.

A Lila le gustaba mucho la ciencia y la lectura por lo que se hacía una idea de lo raro y extraño que debía sentirse Pedro transportado como el cuadrado a un mundo de más de tres dimensiones, tan extraño y fuera de lugar como el cuadrado podría sentirse en nuestro mundo tridimensional.

–Estoy cansado, ¿Puedes llevarme a casa?–desvió ligeramente la vista hacia un lado dando por terminada su narración.

A poca distancia, la figura embozada de un hombre alto, de complexión muy delgada, ataviado con un extraño sombrero, les observaba desde uno de los jardines flotantes que rodeaban al Centro Niemeyer. Pedro pensó por un momento que les estaba siguiendo.

El mar había recobrado todo el cauce del río Alvarés hasta su nacimiento en Llanera, una profunda sima oceánica se abrió debido a un terremoto por donde había estado Molleda uniéndose con otra falla que atravesaba La Magdalena, dejando lo que había sido el Barrio de La Luz convertido en una isla. Un puente unía La Luz con los Jardines Flotantes del Niemeyer.

La autopista mayoritariamente se sustentaba sobre pilares y su trazado era aéreo. Se dividía en dos a la altura de Trasona en dirección Gijón y Candás; las dos poblaciones estaban ahora más al interior y las antaño industrias de fabricación de aceros habían sido transformadas en grandes cadenas de montaje en el sur del monte Gorfolí.

La gran *ciudad* que se había construido en Llanera era piramidal y soportaba monstruosos rascacielos flotantes sobre los nodos. Casi toda la población de Asturias habitaba la mega ciudad, la población no llegaba al millón de habitantes, no había *crecido* nada desde primeros de siglo.

Lila tomó la fuerte y morena mano de Pedro y le invitó a acompañarle al coche soportando con cariño el peso de su cuerpo.

Esperó que su copiloto tomase asiento ayudándole a pasar primero una pierna y después otra, aguardando pacientemente a que se ajustase el cinturón de seguridad para teclear las coordenadas e informar a través de una pantalla táctil su intención de evitar la autovía bastante transitada en aquella hora punta.

El permiso le vino concedido unos segundos más tarde en la misma pantalla táctil y se apresuró a activar el modo automático de vuelo.

Por el aire el tráfico era más fluido que por carretera especialmente aquel día y puestos a elegir prefería el camino que le llevase más rápido a casa.

En cuestión de minutos se hallaban sobrevolando la isla de la Luz y ascendiendo por el antiguo Alto Vidriero que había quedado anegado por el agua, hasta alcanzar la vieja ermita donde se ubicaba Villa Andrea, uno de los pocos lugares elevados que se habían salvado de las inundaciones.

Al descender en posición horizontal, un enorme silbido emanó del auto en el momento en que empezaba a llenar su interior de aire y subir su densidad global para planear

poco después sobre la hierba alta y mullida como un globo que se desinfla.

Muchos rostros bajo los soportales, se volvieron en ese momento hacia Lila y a Pedro que llevaban puestos una especie de monos con pectorales de cuero en colores grisáceos, de un material térmico que les aislaba tanto del frío y la humedad como del calor más asfixiante y que se habían convertido en la última moda.

Estaban confeccionados con tejido de grafeno capaz de activar con una simple presión de sus dedos desde el móvil hasta el reproductor de música, realizar pequeñas compras y transacciones bancarias así como permitir la identificación de cada individuo ante las autoridades; también podían conectarse a internet, o solicitar videoconferencias holográficas.

Aquellos monos, más que estéticos, eran sobre todo útiles para protegerse del frío, el calor extremo y la humedad del clima que imperaba. Se adherían al cuerpo como una segunda piel y carecían de bolsillos y costuras. Su uso se había vuelto muy generalizado entre personas de todas las edades.

Aunque ni el agua ni el frío les había calado por dentro, ellos sentían la necesidad de cambiarse de ropa y tomar una taza de caldo caliente.

Se dispusieron pues a pasar entre los residentes que les dirigieron un amable y cordial saludo lleno de curiosidad.

–Ya estamos por fin en casa Pedro. –Le animó tomándole del brazo y apoyando su cabeza en su maltrecho hombro.

–Sí, ya estamos en casa. –Respondió él.

XI
LEILANI Y REL

Mori en el año 2011

Leilani, su Majestad la Niña Real, posó sus diminutos y desnudos pies sobre la fría arena. Soltó el aire muy despacio y fijó sus ojos en las tranquilas aguas de aquel inmenso lago en el que ondeaban enormes jirones de telas coloridas: y deshilachadas naranjas, añiles, violetas y de un rojo rabioso que contrastaba con el blanco de la arena y el índigo del cielo.

No era providencial su visita al lago en aquella mañana. Necesitaba establecer comunicación con la Tierra.

Ella, era uno de esos seres privilegiados capaces de comunicarse en distintos lenguajes con distintas especies.

No necesitaba familiarizarse con ningún idioma nuevo, ni sufrir la incomodidad de su aprendizaje ella, se comunicaba con la mente que era universal en todos los lugares y a todos los seres pero, aún iba más allá si se lo proponía.

Además de comunicarse con seres afines a su especie, poseía el don de comunicarse con las especies vegetales, animales y minerales más dispares. Es más, podía comunicarse con el mismo planeta que las contenía a todas por eso, la consideraban una mujer Chamana.

Y por eso estaba allí, mirando su imagen de largos cabellos verdes reflejada en el lago, mirando un elemento vital y muy presente en la Tierra como el agua en aquel planeta

como era Mori. El agua, común a ambos planetas y presente en muchos lugares del universo.

Bien, se dijo a sí misma cerrando los ojos e intentando concentrarse en lo que quería: Aquella imagen de un planeta lejano al que se parecía Mori. Un planeta conocido como era la Tierra pero que en su lengua tenía una pronunciación totalmente distinta.

Pensemos en la Tierra, pensemos en esa maravillosa lágrima azul rodeada de mares y océanos, controlada por los influjos de la Luna...

De pronto, un dolor insoportable se apoderó de ella haciendo que se llevase las manos a las sienes y cayese en la arena postrada de rodillas. Gimió sintiendo que un dolor enorme la laceraba por dentro, quiso gritar pero ningún sonido surgió de su garganta.

La Tierra se le manifestaba, manifestaba su dolor, su rabia, su impotencia... El proceso comenzaba.

Pero junto a ese enorme dolor que parecía querer reventarla por dentro, venía algo, algo totalmente distinto que luchaba por revelarse y hacerse oír entre los murmullos de la humanidad. No solo era el dolor de la Tierra si no el de sus habitantes que alzaban la voz como en una emisora de radio mal sintonizada.

Alertas de tsunami en una veintena de países. –Decían voces entrecortadas de hombres, mujeres y niños hablando al mismo tiempo–. Tormentas eléctricas. ¡Terremotos! ¡Misteriosa y masiva muerte de pájaros y peces relacionada con la extraña tormenta solar.

No cesan de registrarse casos nuevos de muertes súbitas de aves y peces. ¡El cielo sangra! ¡No hay tiempo! Los huracanes, los terremotos, la subida del mar y la desertificación están provocando la migración de millones de exiliados!

¡Y entre todas aquellas voces, la reconoció. Era una voz distinta del resto, la conocía muy bien y sabía que pertenecía a un ser muy difícil de combatir.

Sintió que la imagen de la Tierra se convertía en una diminuta gota de lluvia que se estrellaba sobre la superficie acuosa del lago fragmentándose en pedazos.

Echó una mirada a la recién aparecida imagen de su oponente reflejada en sus aguas aparentemente dispuesto a abalanzarse sobre ella.

La comunicación con la Tierra había cesado y ahora tan solo quedaban ella y él en un duelo que podría ser mortal para uno o para ambos.

Sintió en el estómago el dolor de un puñetazo aunque no había nadie real golpeándola.

Él, era una máquina perfecta sabía como hacer daño incluso desde la lejanía.

–¡Muere! –Le gritó.

–No, aún no. ¿Por qué nos haces daño? ¡No tenemos la culpa!

Aquella abominación le dijo que la Tierra había sufrido mucho por aquella maldita y belicosa raza humana que no tenía el menor respeto por otros seres, ni siquiera por los de su misma especie. Le acusaba de la muerte del planeta Barnard.

Había rabia, mucha rabia en su interior. Pero Leilani también detectó amor. Y sabía que ese era el único punto débil por el que le podía atacar.

Su oponente hablaba en nombre de la Tierra y amenazaba con enviar plagas e inundaciones bíblicas a sus habitantes enarbolando su deber de salvarla en nombre del resto de los planetas con vida inteligente, que no veían con buenos ojos el maltrato al que se estaba sometiendo a aquel planeta.

Decía lo que Leilani ya sabía, que la Tierra no era algo muerto, si no una especie de ente con vida propia independiente de los seres que la contenían, un ente inocente, herido y maltratado al que él estaba dispuesto a vengar y que no comprendía como ella no podía entenderlo.

Y le hablaba a Leilani de su llanto y arcano dolor.

Y todo eso, lo sabía ella, aunque pensaba, que a pesar de todo, a pesar de ser advenedizos y defectuosos, los humanos no merecían un final así como el que se avecinaba según aquel ser. Todos los seres del universo merecían una segunda oportunidad y hasta una tercera aunque, le daba la razón de que al paso que iban la Tierra, no soportaría mucho tiempo así. Tal vez, el responsable de que ella viese todo con ojos distintos había sido aquel pequeño pingüino al que Pop y Rel le habían llevado a ver.

"Me muero". –Pensó al ver el reguero de sangre azul que había comenzado a surgir por sus narices, resbalando sobre su piel dorada y dejándole un regusto amargo en la boca. Si no aflojas el dolor. le dijo a aquel ser– acabarás matándome y no creo que ahora te importe mucho una pobre anciana como yo y la Tierra, ese planeta también agonizante…

–¿Porque no te vas entonces? ¿Porque colaboras con los Wanik al Ore? –Bramó– ¡Déjame actuar a mí solo! ¡No quiero matarte! ¡No me obligues a matarte! ¡Pero lo haré si te interpones entre yo y esos humanos.

–Me iré. –Dijo Leilani–. No dudes que lo haré. –Quiero restablecerme cuanto antes y partir. El clima de este planeta me enferma así que no te molestaré. No volveré a interferir jamás en tu misma frecuencia de onda.

Estaba mintiendo pero pensó que el ser, a pesar de su poder, no podría rastrear tan hondo en su mente.

–Que así sea.

La máquina, miró a aquella vieja con aspecto de niña y aflojó un poco la presión para susurrar en su oído de una forma provocadora, casi lasciva:

–Esto solo es una tregua Leilani. No creas que te perdono la vida. En su justo momento volvere para cobrarmela si descubro que has intentado ayudar a esos humanos.

Elevó a Leilani unos metros sobre el suelo y luego la dejó caer como una muñeca desmadejada poseído por una increíble furia.

–¡Alejate de mi! –Le grito a la mujer a modo de advertencia.

Fue en ese momento, cuando las aguas disolvieron la imagen de la máquina que la torturaba y cuando Leilani abrió los ojos para contemplar su maltrecho cuerpo y perdió finalmente la consciencia.

No comprendía muy bien que había ocurrido. Aquel ser la odiaba. Habían medido fuerzas en aquel combate telépata. Consideraba a su raza culpable de la extinción de Barnard, su mundo, y sin embargo, le había perdonado la vida cuando podría habersela quitado con tanta facilidad en aquel mismo momento. ¿Por que lo había hecho? ¿Por que? Era como si eludiera un enfrentamiento con ella y al mismo tiempo desease que ésta le diese argumentos para provocarlo. Bastaba que se enterase que ella estaba ayudando a los humanos, bastaba la más leve provocación para que acabase cumpliendo sus amenazas.

Despertó sobre el tupido campo de tréboles de la playa de Mori, sentía mucho frío y cansancio pero estaba decidida a apoyar a Rel al máximo de sus fuerzas y ahora estaba más convencida que nunca que le acompañaría en su viaje sin retorno.

Tenía que ayudar a los humanos. ¡Tenía que hacerlo! Y protegerlos de aquel ser.

XII
POR LOS SUBTERRANEOS DE LA CIUDAD

La Tierra año 2088

El fuerte viento hizo rodar una lata de bebida que se desplazó emitiendo un fuerte tintineo con cada obstáculo con que se topaba a su paso hasta estrellarse finalmente en la tapa de una alcantarilla.

La lata metálica siguió rodando y rodando y esta vez se detuvo ante unas oscuras botas militares de un sujeto ataviado con una sudadera negra que ocultaba parcialmente su rostro bajo ella.

Éste, se agachó a cogerla con delicadeza y segundos después como en un juego, la lanzó nuevamente al vacío describiendo en el aire una parábola perfecta.

Se hizo el silencio...

Supuso que habría caído a alguno de los canales que recorrían el Barrio ya que no sintió esta vez el característico ruido metálico de la lata así que se dispuso a encaminarse hacia el mismo lugar donde la había lanzado; descendiendo por unas escaleras de piedra llenas de chicles pegados, restos plásticos e inmundicias varias que conducían al mismo corazón de la ciudad subterránea.

Desde la inundación, el Barrio de la Luz había sufrido grandes modificaciones, no en el aspecto externo de sus casas

que continuaban con la misma estética retro que cuando fueron construidas por la fábrica Ensidesa–tal vez en eso residía su verdadero encanto–si no en los distintos canales que lo recorrían y la existencia de una ciudad paralela bajo ella, un intrincado laberinto de calles subterráneas llenas de arterias que la interconectaban con otras.

El sujeto sintió un poco de frío al caminar bajo el puente y se refugio aún más tras su capucha.

Percibió el olor del agua estancada unido al nauseabundo hedor de las heces de algún animal o persona y sintió un leve escalofrío al ver que en ella, nadaban dos ratas descomunales que apenas si se apercibieron de su presencia.

Cruzó aceleradamente entre ellas por temor a que se volviesen y le atacasen pero eso no sucedió más que en su imaginación.

Unos segundos más tarde resollando por el esfuerzo de la carrera, el sujeto enfiló corriendo otras escaleras que conducían a un nivel inferior donde le aguardaban un montón de locales iluminados por coloridas luces de neón que por un instante deslumbraron sus ojos.

Dirigió sus pasos con aire decidido tropezando una y otra vez con la marea de gentes que en ese momento estaban haciendo las compras.

La ciudad no descansaba ni de día ni de noche y era posible realizar compras en cualquier ocasión, así que tenía la firme confianza de que encontraría abierto el lugar al que se dirigía.

Una y otra vez, volteó la cabeza por si alguien le perseguía pero solo escuchó tras de sí el ulular del viento filtrándose por las húmedas piedras.

Sabía que no era así, pero el temor le inducía a inspeccionar cada recoveco de aquel frío y lóbrego lugar ya que días antes, había sufrido un terrible percance.

El dia que sucedió, un manto negro cubría todo el cielo desde Avigob hasta su casa cuando se desplazaba planeando

suavemente en su coche se produjo una descomunal tormenta como nunca había visto hasta entonces.

Del cielo comenzaron a caer granizos, grandes como pedruscos. El sujeto activó varias veces el limpia parabrisas para retirarlos, y voló un poco temeroso ya que apenas se veía nada a través de aquella lluvia de cristales y lo peor de todo, es que notaba que alguien le seguía, aunque tal vez todo fuese producto de su miedo.

En muchas ocasiones, forzado por la proximidad del otro, tuvo que realizar maniobras arriesgadas en el aire, virando bruscamente para evadirlo, ahora ya no le cabía ninguna duda. Corría un grave peligro.

Finalmente, lo había logrado, pero tenía muchísimo miedo porque ahora, a estas alturas, quien le pisaba los talones habría descubierto que se ocultaba en el Barrio.

Era una pequeña posibilidad, pero si era así, terminarían sabiendo quien había realizado aquel dibujo en el jardín de un asilo de ancianos con la intención de llamar la atención de uno de sus inquilinos: un tal Pedro Rovira.

El sujeto vio el local a pocos pasos de donde se encontraba: Era, una enorme tienda de especias llena de estantes que alcanzaban el techo. Allí podían encontrarse especias comunes como la cúrcuma, la canela, o el jengibre y otras de nombres que resultaban casi impronunciables.

Una vez en el interior del local, procedió a quitarse la capucha dejando al descubierto una larga melena pelirroja que rozaba su cintura.

–¿Sabe ya que tú hiciste ese dibujo y que eres alguien de su pasado? –Inquirió el dueño del local continuando con su labor de ordenar cuidadosamente las mercancías como si ella no hubiese entrado por la puerta.

–Aún no. –Respondió sentándose en un banco–. Aún no sabe que yo soy Alika, que estoy viva y que no he envejecido como él en su momento, pero pronto lo sabrá.

XIII
MENSAJE EN LA BOTELLA

La Tierra año 2088

El tendero de espaldas a Alika empezó a rebuscar por una estantería de libros viejos hasta encontrar oculto en una esquina una colección de un escritor famoso de finales del siglo XX, J. R. Tolkien.

Entre "El Hobbit" y "El Retorno del Rey" había también otro ejemplar, un poco más ajado cubierto por una hoja descolorida y amarillenta.

–Encontré este libro cuando era un niño.–Dijo sentándose en el suelo con las piernas cruzadas en la posición del loto y el libro apoyado sobre éstas–. Se llama Wanik y mi padre y yo lo vimos dentro de un bloque de yeso al levantar el suelo de esta tienda. Estaba envuelto en un plástico que se cuarteó cuando lo cogimos.

Mi padre me lo dio por que dentro había una dedicatoria:

A ti niño del futuro te enviamos mi hija y yo este libro que encontramos en un parque.

Tenía una nota también que decía:

–"para que lo lea alguien más (dáselo a un amigo, déjalo en un banco del parque, dónalo a la caridad, "olvídalo" en una cafetería, o lo que se te ocurra pero transmitelo, haz que llegue al mayor número de personas posibles)"–. Mi hija y yo lo hemos pensado mejor y hemos decidido que por

que no lo enviamos a los hombres del futuro, ya que sería como un viaje en el tiempo.

Dentro llevaba una pegatina, uno de esos papeles que se pegaban a los libros que decía: *Bookcrossing* y alguna nota mas.

El tendero se lo tendió a Alika.

–¡No hace falta que me cuentes la historia! –dijo Alika–. La conozco como la palma de mi mano.

¡Quien iba a imaginar que esos hermanos estaban escribiendo una historia que acabaría siendo real.

El libro tenía escrito sobre el lomo la palabra Wanik tal y como había dicho el tendero.

Alika lo cogió y le dijo la frase que estaba escrita en letras azules en una esquina:

–El universo es tan grande que cualquier cosa que imagines cabe dentro de él.

Se lo devolvió con una sonrisa mientras éste le decía.

–Gracias a tí y a este libro podremos devolver la esperanza a un pobre hombre viejo ¿no lo crees así, Alika? e incluso hacer que el libro llegue a las gentes del futuro.

XIV
EL SUEÑO DE ALIKA

En algún lugar, hace mucho tiempo vivía una pequeña niña de dulcísima mirada y eterna sonrisa.

Sus ojos eran azules y su pelo rubio y encrespado.

No tenia padres, era una *rosa del desierto*, como aquellas figuras de arena y sal que solían verse por doquier arrojadas por el suelo sin ningun dueño.

Y ahora estaba triste por que nada sabía de sus amigos.

Habían pasado ya 11 años.

Era enero del 2011.

Se fue un buen día a la cueva del mapa en el *Wadi Rum* en aquel tiempo que convivía con una familia de beduinos de la tribu Zalabia.

Allá Hamedi el beduino le había mostrado por vez primera lo que él llamaba la piedra mapa.

Habían conducido en el jet pegando saltos sobre las dunas, tan rápido que parecía que iban a golpearse la cabeza con el techo hasta alcanzar una pequeña y maltrecha tienda de lana negra de oveja sujeta por unos palos clavados en la arena, al pie de unas enormes rocas, sobre la falda de una atalaya; a la derecha una gran roca y una sombra, a la espalda, solo el rojo de la arena del desierto.

Apenas se vislumbraba un paso pero tras la sombra oculta, nadie pensaría jamás de la existencia de la cueva y dentro de ésta ocupando todo el espacio la gran piedra que podría hacer las funciones de mesa, pero que en realidad era un mapa que desde siempre había guiado a los beduinos que la conocían y ocultado a los extraños las fuentes de agua del desierto.

–Aprende bien pues esto es la vida. Le dijo Hamed.

–Solo es una roca –la observó ella con mirada inocente.

–Mírala bien, Alika. –Le imploró– ¡Mírala bien e intenta ver su esencia! Tú sabes de esas rocas. Parecen como las demás pero tienen algo que las hace distintas. Gracias a una de ellas tú pudiste viajar cuando eras niña a ese lejano lugar.

Sobre la gran roca discurrían pequeñas hendiduras cónicas de uno u dos centímetros apenas visibles y extraños trazos de una escritura jeroglífica.

Alika se esforzó un poco mas. Cerró los ojos y acaricio sus surcos antes de decir:

–Estos son los lugares donde encontrar agua en el desierto, las caravanas los han usado durante miles de años.

Hamed era ya viejo pero tenía una vitalidad envidiable, siempre estaba sonriendo y le gustaba que una mujer fuese su relevo en los viajes con los turistas.

La había tratado como a su hija. Aquella niña, ahora mujer, aquella huerfanita que había rodado y rodado hasta llegar a él y a su familia era la niña de sus ojos. –Las mujeres sois lo mejor de la humanidad por que traéis la vida, quien opine lo contrario no merecería haber nacido de mujer.

Hamed sonrió. Sabía que Alika podía ver cosas que los demás no podían. Ella tenía ese gran poder.

Ahora Alika se encontraba sola, todos se habían ido y ella contemplaba el atardecer sobre un cielo brumoso donde el sol se mostraba como una moneda dorada en el horizonte.

Quedó allí dormida sobre una atalaya de roca desgastada por eones de vientos racheados y un sol abrasador.

La arena rojiza y un pequeño fuego extinto, un pequeño cacito de porcelana con restos de haber preparado un té eran los únicos objetos que la rodeaban.

Ella tampoco era ya la misma.

Su pelo seguía siendo largo y claro pero ahora tenía la mirada triste como de haber librado la batalla más dura de su vida.

En su corazón una idea, unas palabras golpeando en su pensamiento como dichas por ella misma.

–Necesitamos tu ayuda. Conociste a uno de nosotros cuando eras tan solo una niña y ahora ya eres una mujer dueña de tu destino. Viajarás una vez más donde nadie de tu raza ha soñado nunca y parecerá que en ti el tiempo se hubiera detenido, pero no te oculto el peligro, más no temas porque te protegeremos con nuestras vidas.

En el mapa de piedra encontrarás una pequeña piedra de apariencia vulgar. ¡Búscala! ¡No es una simple piedra! Es algo que te permitirá viajar a aquel lugar al que intentaste sin éxito ir en tu infancia!

Alika despertó con el amanecer. Siempre le había gustado dormir en el desierto, ver las estrellas y soñar con alcanzarlas, volver a ver a Pit y a Pedro era su máximo anhelo. A veces lloraba por el dolor de esa imposibilidad. Imaginaba que en una de aquellas pequeñas luces estarían sus amigos y la nostalgia le inundaba los ojos de lágrimas por su ausencia. Recordaba que ni Pedro ni Abdel quisieron que ella hiciese el viaje completo porque ella era aún muy pequeña y no lo soportaría.

Cogió el jet y sin dirigirse al pueblo buscó la cueva oculta de la que le hablaba la piedra mapa.

Allí estuvo buscando hasta dar con una piedra bajo el gran mapa pétreo, era un canto rodado ovalado perfectamente

simétrico y como la voz le había dicho en sus sueños vulgar, sin embargo no era aquél un sitio apropiado para ella.

Alika conocía muy bien aquellas piedras. Había visto alguna cuando era pequeña.

Corrió con el canto rodado hacia el desierto cuando de pronto éste se volvió blanco y ella sorprendida se detuvo en seco mientras todo giraba vertiginosamente a su alrededor.

Empezaron a aparecer tonos irisados sobre el blanco inmaculado de la piedra.

–¡Que bonito! –Pensó ella. Si esto fuese un sueño no me gustaría despertar nunca.

Luego las lucecitas azules giraron a su alrededor como un torbellino que quisiera engullirla.

Su vista se nubló y perdió la conciencia de todo. En un abrir y cerrar de ojos algo la succiono a un mundo distante, muy lejos de la Tierra.

Ahora en el año 2088 habían pasado 74 años de aquello pero Alika tenía un vivido recuerdo de su increíble viaje, su reloj interno había recorrido a más lentitud el espacio–tiempo. Seguía siendo una chica alta, inteligente y algo tímida, y lo más increíble de todo, era joven, increíblemente joven.

Tampoco tenía ninguna intención de contarle su historia al mundo. Ya no quedaba ningún amigo, ningún familiar, ningún conocido vivo... en la Tierra. Decididamente éste ya no era su mundo, todos los que habían compartido su espacio en el Tiempo habían desaparecido.

No había nadie con quien compartir y había viajado tanto, que aquel mundo, aquella vida en la Tierra y aquellos congéneres suyos se le antojaban demasiado extraños para desear reanudar su existencia con ellos.

¿O tal vez se equivocaba?

Tenía nostalgia de alguien que podría comprender su periplo y que no la consideraría una endemoniada por

el hecho de ver que era una vieja con el aspecto de una jovencita.

Alguien que hacía mucho, mucho tiempo había hecho el mismo viaje que ella.

Pedro aún vivía pero... Pero: ¿cómo acercarse a el sin regalarle dolor y desesperanza?

También estaba... el tendero, por él, por ese libro que poseía y por la diminuta piedra que guardaba escondida en una de sus alacenas, ella había continuado la búsqueda de sus amigos.

XV
EL TENDERO

Hacía mucho tiempo que le conocía.

Su tienda era como un oasis dentro de aquel mundo sórdido de los subterráneos, como el sonido que produce una gota al golpear contra el agua cuando todo es silencio, como el estallido de una bala que en su trayectoria hubiese quedado detenida y congelada en el tiempo sin alcanzar nunca su destino...

Había pasado su vida oculto entre interminables estanterías llenas de jarrones de porcelana de los más distintos y coloridos tamaños, recipientes cristalinos, crisoles, probetas y cajones que contenían los más preciados tesoros de las especias, algunas de nombres comunes, también extraños y a veces de difícil pronunciación.

Sabía todo lo que había que saber sobre las especias, su procedencia, y las historias que habían acontecido a cuantos habían traficado con ellas o que en algún momento habían establecido contacto con éstas.

Sin embargo, había un objeto oculto entre recipientes de sales, rosas del desierto y azúcares de distintos colores del que no aún no lo sabía todo. Era lo que él llamaba la piedra de Alika y que celosamente cuidaba para ella.

Era un objeto fascinante, que había traído aquella rara muchacha del desierto. Una piedra común como muchas de las que suele encontrarse uno cuando camina

por allí, una piedra que al contacto con las yemas de los dedos emitía un pequeño tintineo y hacía surgir de la nada pequeños halos concéntricos de luces de colores que duraban durante un corto espacio de tiempo y que parecían cosa de Magia.

Alika le había contado el misterio de aquella piedra y ambos, la atesoraban entre las pertenencias de la tienda como un objeto más entre todas las especias, un objeto tan cotidiano que podría pasar inadvertido para todos, excepto para ellos dos que conocían su historia.

Hacía mucho frío y Alika se frotó las manos con energía para hacerlas entrar en calor.

Se dio cuenta que la humedad de la lluvia le había calado las botas y deseó fervientemente estar en casa cuanto antes para descalzarse.

Fuera de la tienda continuaba el frenesí mundano, y las luces de neón que anunciaban establecimientos de comida rápida.

Entre el ruido del gentío se oía, algo amortiguado, el traqueteo del tren que servía para conectar las pequeñas cercanías.

En el aire de la tienda flotaban las notas de una flauta. Parecía una melodía china o japonesa que contribuía a crear un ambiente de calma que el alma agradecía.

Ajeno a sus pensamientos el tendero asomó la nariz por la puerta como si barruntase algo, pareció que vio algo que no le gustó o le asustó porque acto seguido con grandes zancadas ocupó su puesto en el mostrador mientras le gritaba a Alika que se escondiera:

–¡Corre! ¡ve a la trastienda! ¡Debiste cerciorarte que no te seguía nadie! ¡Si te encuentran aquí no solo tú sufrirás sus consecuencias! ¡Yo y mi establecimiento también! ¡Recuerda que yo tengo familia!

–¡Pero si lo hice! –farfulló ella– ¡Y nadie me seguía!

–¡No debiste hacerlo muy bien! ¡Corre! ¡Escóndete! ¡Espero que todo sea una falsa alarma!

Alika atravesó la cortina de cuentas de cristal de colores y pasó a una lóbrega estancia que servía para almacenar las cajas vacías y las mercancías recién traídas.

Estaba muy oscuro pero no quiso encender la luz. No había tiempo. El corazón le latía tan rápido que parecía que se le iba a salir del pecho. Había intentado matarla en aquella ocasión cuando su coche salía de Avigob y no dudaría en intentarlo de nuevo.

Intentó mantener la calma y respirar con tranquilidad pero en aquellos momentos atravesaba por un ataque de ansiedad y temía que éste le delatase.

La sangre palpitaba en sus sienes y pensó que iba a desfallecer pero guió sus pasos en la oscuridad tanteando los obstáculos.

Unas voluminosas cajas se interpusieron en su camino y cayó golpeándose el costado en la más absoluta oscuridad.

Gimió un poco por el dolor y rezó en silencio para que su cuerpo con la caída no hubiese hecho el suficiente ruido para alertar de su presencia.

Como pudo se arrastró hasta encontrar cobijo tras unas cajas muy voluminosas llenas de mercancías.

Allí agazapada intentó apoderarse del control de su respiración y se tapó la boca para sofocar su deseo de gritar.

Un hálito frío atravesó la tienda junto al individuo que en aquellos momentos acababa de hacer acto de presencia.

El tendero entretanto luchaba por mantener la serenidad.

Tal vez se tratase de un cliente, pero había algo en él que no le gustaba. Era la descripción que Alika había dado sobre el hombre que la perseguía: alto, de una altura desmesurada, vestido siempre con una gabardina tipo Bogart, y un sombrero calado negro de ala ancha. Ese mismo hombre

con el rostro embozado para que solo pudiesen ser vistos sus ojos, había atravesado corriendo el umbral de su tienda y lo miraba todo de un modo muy agresivo.

Tal vez se tratase de un cliente, aunque el tendero tenía el presentimiento de que no lo era. Confiaba en que Alika hubiese encontrado un lugar seguro donde guarecerse o aquello sería el fin para ambos.

El individuo echó una rápida ojeada a su alrededor para después dirigirse al mostrador.

–¿Que desea el señor? ¿En que puedo ayudarle?

Retrocedió varios pasos intimidado. Apenas hubo dicho esto, con una fuerza descomunal le levantó en peso tomándole por las solapas de su camisa para después, dejarlo caer al suelo desmadejado como un guiñapo entre un montón de frascos de cristal que se fracturaron por el impacto.

–¿Dónde está la chica? –Bramó.

El tendero se recompuso como pudo e intentó respirar con toda la normalidad que le permitía aquella situación.

–¿Que chica? ¡No sé de que me habla! ¡Aquí no ha entrado ninguna chica! ¡Estoy solo aquí! solo yo. ¿Entiende?

–La chicaaaaaaa. –Bramó otra vez. Era evidente que no se creía su versión y que estaba dispuesto a todo.

–¡Oiga señor! ¡Por favor! ¡Ahí no puede entrar!¡Está totalmente prohibido!

El tendero corrió hacia la entrada del almacén en pos de aquel extraño.

Intentó impedirle la entrada interponiéndose en su camino pero fue una vez más abatido de un fuerte empujón.

Para entonces, sin recular ni un milímetro ya había accionado el interruptor de la luz y estaba derribando a patadas todas las cajas que encontraba en busca de su objetivo.

El tendero supo en ese momento que si encontraba a Alika la mataría y que después él sería el siguiente.

–La chicaaa. –No paraba de decir mientras revolvía a diestro y siniestro destrozándolo todo.

Una bocanada de aire frío les golpeó a ambos la cara.

El tendero sonrío al darse cuenta de lo que era.

La puerta de la salida de emergencias estaba abierta, desde ahí se colaba la frialdad y humedad de la noche y supuso que Alika había encontrado la forma de escabullirse a través de ella.

–A veces, se abre sola con el viento. –Le dirigió una mirada de estupefacción–. Tengo que llamar un día de estos para que vengan a repararla, nunca se sabe quien puede entrar por ahí. ¿Va a dejar de destrozarlo todo? ¡Todo esto me ha costado mucho dinero para que un energúmeno entre y de buenas a primeras se lo cargue!

Durante un breve instante el tendero tragó saliva ante lo que acababa de decir.

Probablemente ahora sí que estaba perdido. Le mataría de un zarpazo.

Pero aquel hombre, si es que se podía llamarse hombre, aquel extraño ser, echó a correr en dirección a la puerta entreabierta y antes de desaparecer definitivamente en la noche ladeó la cabeza para dirigirse al tendero emitiendo un sonido estridente y metálico que parecía decir:

–¡Volveréeeee!

–¡Que poco sentido del humor! –gritó el tendero dando un portazo para a continuación dejarse caer con la espalda pegada a la puerta jadeando de terror.

XVI
VILLANDREA, AÑO 2088

Villa Andrea funcionaba como un reloj. Durante las primeras horas del día los pasillos eran un trajín de gentes de un lado a otro pero se notaba una muy buena organización y limpieza.

La villa estaba diseñada de forma que permitía a los ancianos una cierta independencia y autonomía que les permitía hacer su vida y recibir visitas sin ocasionar molestias.

Todas las habitaciones disponían de salida a dos pasillos. Uno de los pasillos accedía a los servicios que solo eran accesibles a los ancianos y personas autorizadas cuya misión consistía en poder atender a los huéspedes a la mayor brevedad posible sin molestar al resto. Sin embargo era un lugar público y tanto ancianos como sus visitas podían ver y comunicarse con estas personas.

El otro pasillo daba acceso a las visitas y un gran jardín que rodeaba la villa.

Los ancianos y las personas que vivían allí no precisaban de ninguna llave o dispositivo para identificarse. Había un sistema de grabación al que solo era accesible en la entrada principal, lo que hacia que cualquier violación de la intimidad solo fuera posible cerrando el centro y con una orden judicial.

Podía hacerse obviamente en privado pero siempre a la vista de todo el mundo como así rezaban unos grandes carteles en la sala de proyección.

–"Usted no puede permanecer aquí si las imágenes están rodeadas de una banda roja".

–"A excepción de que disponga de una orden judicial".

Otras proyecciones resumían: "Sólo con orden judicial".

El sistema era rara vez activado en años. Cuando no se usaba el sistema solo unos mensajes comentaban cómo funcionaba, asegurando que las premisas eran respetar la intimidad del anciano y preservar su salud, seguridad y bienestar.

El acceso a los pasillos era un tanto peculiar por que las paredes estaban integradas con las puertas y a penas se distinguía una de otra. El mayor impacto era que las paredes, puertas y el techo estaban construidas con una lamina que era en si misma una pantalla luminiscente capaz de proyectar imágenes en tres dimensiones de maravillosos paisajes cambiantes de cualquier parte del mundo.

Sobreimpreso aparecían indicaciones permanentemente a los ancianos que conseguían un ambiente de confianza y orientación.

La pared del techo era un cielo azul con algunas nubes. La miró para decir:

–¡Quiero hablar con Lila en privado!

En el despacho de Lila sobre la pared surgió la imagen de Pedro en su habitación rodeada de un borde rojo indicando que el ordenador había establecido una conexión privada con la habitación de Pedro y que ninguna cámara estaba grabando ni transmitiendo aquellas imágenes privadas.

XVII
PAZ

"Hicieron un desierto, y le llamaron paz" Tácito.

–Hola Pedro, ¿te encuentras bien?

Pedro estaba mirando una esquina del techo con la mirada vaga y aspecto preocupado.

–Tengo un presentimiento. No se que decir pero…

Lila trató de tranquilizarlo.

–Quizá estés cansado, intenta dormir, tal vez mañana lo veas todo distinto.

–Tienes que prometerme que si te hago un regalo nunca dejarás que nadie te lo arrebate y que nunca te alejaras de él, Lila. Tienes que prométermelo, por favor.

A Lila le sorprendió la urgencia del ofrecimiento, tan solo hacía unos meses que se conocían. Pero ambos se tenían mucho cariño.

–Compartirás mis secretos pero nunca debes revelarlos, nuestra vida peligrará si lo haces.

Lila se sentía halagada de conocer sus secretos.

–Te prometo que guardaré tus cosas con el mismo cariño que si me lo ofreciera mi propio padre.–Le respondió sin apartar la vista de sus ojos en la cámara.

Lila no pudo reprimir unas lágrimas, recordando a su padre, Pedro había llenado parte de su ausencia.

Pedro se levantó del borde de la cama y caminó unos metros por la habitación.

El suelo era de láminas de madera, los muebles, eran funcionales, bajos, de estilo japonés, las altas paredes de la vieja casona colonial proyectaban imágenes en tres dimensiones: El más antiguo edificio con la tecnología más puntera. Daba la sensación que el mueble estaba asentado sobre la arena de una playa caribeña rodeada de palmeras y un sol escarlata sobre la línea del horizonte que proyectaba irisados colores en el agua. La imagen no era estática sino que daba la impresión de ser algo real y cambiante a medida que Pedro se movía en la habitación de forma que los ángulos de la estancia parecían apenas eran perceptibles.

En una esquina del mueble había una colección de piedras.

–Estas son todas mis riquezas. –Las señaló con la palma de su mano–, un lugar del mundo, aquí tienes una pequeña muestra de este hermoso planeta.

Lila por un momento pensó que había perdido la cabeza. La verdad que adoraba a aquel viejecito, le recordaba mucho a su padre. Por un momento pensó que no podría asumir la promesa.

Pedro cogió una piedra lisa como el mármol y se la enseñó.

–Esta es una piedra del río Jordán donde se bautizó Jesús, si la humanidad tuviese que presentar a un hombre bueno para que por su bondad todos nuestros desmanes sean perdonados, ese sería el hombre. Podríamos decir: ¡No somos tan malas personas, mirad a este de nosotros!

Posó la piedra con delicadeza ante ella.

Tomó otra redonda como de hierro fundido: una semiesfera hueca.

–Esta es una piedra del Mar Muerto, uno de los pocos lugares de este mundo donde no existe vida, no hay mayor

tesoro que él que no se posee, la vida no siempre existió pero si es seguro que es la esperanza y el futuro de todos los universos.

Esta vez la piedra que cogió parecía una rosa amarilla llena de intrincados pétalos de cuarzo rosado y refulgente.

–Ésta es una pequeña rosa del desierto del Sáhara, procede de Tatooine, Túnez;, la amarilla, es del desierto de Wadi Rum en Jordania, son dos piedras distintas y ni tan siquiera se parecen pero son piedras hermanas, por que el desierto es como el alma humana y como ella en su soledad eterna anhela el encuentro con su alma gemela, lo que se necesita para completar el círculo, una razón a tanta desolación.

Posó las dos piedras sobre el mueble y miró a ambas y a Lila.

–Y esta piedra cualquiera diría que es una piedra vulgar, parece un canto rodado como los millones que cualquiera podría encontrar en cualquier río. Y esta es la piedra más importante porque representa el amor. Un día me la dió un amigo, que se llamaba Abdel y ahora yo te la doy a tí.

Pedro cogió con las dos manos la pequeña piedra, un disco ovalado de unos 5 centímetros de radio y 3 de grosor de una simetría perfecta.

–Esta piedra es la más importante, Lila, protégela con tu vida porque un día será la esperanza de la humanidad. Por favor ¿podrías cuidarlas todas por mi como si se tratase de seres vivos? ¿quieres cuidarlas? ¿por favor?

–No te preocupes, Pedro, así lo haré.–Contestó Lila dirigiendo la mirada hacia éstas. Sin comprender la valía de unas piedras.

–Verás –continuó– hace muchos años yo hice un viaje a las estrellas.

–Lo se y te creo. –Dijo ella.

Pedro bajó con suavidad las manos pero la piedra no se estrelló contra el suelo, si no que de un modo mágico se

sostuvo quieta flotando en el aire. La videoconferencia se interrumpió en ese momento.

Luego Lila echó a correr por el pasillo. Había visto surgir multitud de luces alrededor de la piedra que envolvían a Pedro en un torbellino. Al correr casi tropezó con una pequeña máquina que recogía polvo en el pasillo, una especie de esos pequeños robots tan en boga en todos los hogares.

Cuando alcanzó la habitación de Pedro, la habitación estaba completamente vacía.

Salió al jardín en su busca pero no le halló.

Regresó corriendo a su despacho y se puso en comunicación con la policía.

–Verá, quiero comunicar la ausencia de un residente: Pedro Rovira, sí, he estado hablando con él hace cosa de unos minutos y ha desaparecido de su habitación, no lo encuentro, y es imposible que haya salido de la residencia. Por favor. Ese hombre está recibiendo un tratamiento muy riguroso con células madre. Precisa de una medicación muy fuerte. ¡Ayudénme a encontrarlo! ¡Se lo suplico!

Minutos después la residencia se llenaba de vehículos de policía, no había sirenas por que en la zona donde estaba Villa Andrea solo había una carretera de acceso y el tráfico aéreo estaba restringido.

XVIII
CONEXIÓN

¿Te das cuenta de dónde estás, Pedro? Intento adivinar que te ha traído aquí y creo que lo sé. Te siento raro, estás incómodo por la claridad de esta sala. Es completamente blanca y no te resulta desconocida ya que la has visualizado en muchos de tus sueños. La luz que emana y nuestras vestiduras son tan blancas que parece que no tenemos cuerpo, que solo pueden verse el color sonrosado de tu piel ya delicada y cuarteada por el tiempo y el color de mis ojos como si tu y yo fuésemos dos fantasmas en este mundo onírico.

Yo toco una canción al piano. No hay ningún piano en esta sala pero yo lo imagino para tí. Es una canción cadenciosa, repetitiva, que no deja por ello de ser hermosa. Es más, produce un efecto estéticamente inquietante si te fijas.

¿Te gusta el piano? ¡Abre los ojos! Sé que puedes verlo. ¡Tienes que esforzarte un poco más. No es suficiente con que me escuches. ¿Lo ves Pedro? ¿Ves el piano? Es uno de esos antiguos de cola negra si adaptas un poco tus ojos podremos establecer conexión.

¡Ah sí! ¡Ahora está muy bien! ¡Por fin me ves!

Yo me llamo Leilani y soy de una raza parecida a la tuya. Procedo de un lugar muy lejano, un planeta llamado Slahe cuyo sol es la estrella que vosotros llamáis Vega, pero a través de mi mente, en este espacio casi imposible, puedo cohabitar

contigo durante un breve espacio de tiempo este salón y este piano creado por nuestras mentes. Nos separan distancias en que la luz de nuestro sol tarda en llegar a vosotros años pero para la mente y el avatar las distancias no existen, es muy difícil establecer esta conexión porque nuestras especies tienen poco en común y nunca antes hubo ninguna relación entre nosotros. El avatar nos ayuda a que sea posible. Tú llamarías a esto magia aunque vuestra ciencia no está muy lejos de entender este proceso algún día. ¿Te suena lo que se llama entrelazamiento cuántico? –<<Pedro recordó haber leído algo referente a eso de Arthur C. Clarke, no eran para él muy lejanas las propiedades de aquellos artilugios, lo había visto usar a Pit pero no imaginaba que pudiese servir para comunicar dos mentes separadas años luz>>–. Pues se trata precisamente de eso –añadió– y hablando de tiempo, no tenemos mucho.

Cuando toco esta canción, noto que a tu alrededor crecen miles de flores de colores. ¿Puedes verlas ocupando todo este espacio que por un instante era blanco y que ahora se está llenando de colores?

Son muy hermosas: ¿Verdad? Tienes pétalos azules en el suelo justo al lado de tus zapatos, y resbalando por tu cara. También una pequeña enredadera cubierta de diminutas campanas amarillas trepa por tu cintura como si quisiese abrazarte.

¿Puedes oler su fragancia?

Sé que algunas tienen aromas extraños y desconocidos para ti, las he traído de mi planeta para que puedas verlas y olerlas pero: ¿Y el aroma de las rosas? Ese sí que es un aroma conocido en tu planeta y el mio. ¿Verdad?

Recuerdo que hace mucho tiempo, cuando eras un joven aficionado por la pintura, homenajeaste a tu padre con un hermoso cuadro al que llamaste: “La bomba que tiraba flores”.

Era una enorme bomba nuclear que arrojaba flores al mundo. Sería hermoso que todas las bombas fueran así. ¿Verdad, Pedro?

El avatar es un enorme corazón. Oirás sus latidos ahora que estás desconcertado y no sabrás dónde te encuentras a pesar que fuiste tú mismo quien guiaste tus pasos hacia aquí. Yo no te traje aquí si tú no querías ser invitado.

Podrás imaginar cuanto desees y lo sentirás como si fuese real. ¿Quieres una cascada sobrevolada por coloridos pájaros exóticos? solo tienes que soñarla. Aquí está: ¿La ves?

Inmediatamente aparecerá ante tus ojos, podrás sentir el contacto frío del agua, incluso podrás beberla, esta fría este agua, es de nuestros mejores manantiales de Slahe pero recuerda: Será solo una ilusión óptica, visual, auditiva, sensorial como tú quieras interpretarla... pero solo será una ilusión, quizás.

Podrás imaginar que Miriam, Laurita y la pequeña niña aparecerán ante ti como si no hubiese ocurrido nada y si es tu deseo vivirás en esta realidad de un modo permanente.

El avatar te protege y lo hará siempre pase lo que pase.

Sin embargo, recuerda que allí fuera de él, aguardan dos mujeres y una niña que se hallan perdidas e indefensas en algún extraño lugar, y que Pit, tu amigo, también ha desaparecido.

Recuerda que hay un ser maléfico, empeñado en complicarnos las vidas. Una especie de máquina, ser, no sabría cómo clasificarlo. Ese ente me ha atacado y me ha hecho ver la muerte desde muy cerca.

Si decides quedarte demasiado tiempo en este lugar, en esta sala de luz crepuscular con este hermoso piano negro, el dolor dejará de existir, la insensibilidad será tanta que solo te importará la realidad que tú quieras recrear aquí y cuanto más tiempo pase peor será porque el avatar te protegerá sin duda del dolor pero no podrá protegerte de la vida. Y es necesario que encares tus sueños con esperanza y amor porque el mismo creador que nos hizo a tí y a mí nos dotó con algo de su hermosa alma inmortal.

Te veo llorar Pedro y al menos eso me da esperanzas de que el avatar no te ha aletargado lo suficiente para luchar.

Espero que regreses pronto a la realidad porque se avecinan grandes dificultades...

XIX
TORMENTA SOLAR

Desde hacía mucho tiempo los científicos venían pronosticando un mayor incremento de plasma solar que originaría un enorme tsunami sobre la superficie solar de grandes dimensiones.

Este hecho, para una sociedad puramente tecnológica como la nuestra, gobernada por satélites causaría un desastre sin precedentes.

Los científicos anunciaban cortes en los suministros eléctricos, fallos en los sistemas de navegación, radares y GPS.

Aquella tarde sorprendió a los habitantes de Asturias, una aurora boreal en el norte de España.

Desde el Oeste del Faro de Peñas se divisaba el atardecer de una hermosa puesta de Sol, ocultándose tras las escasas nubes en el cabo Vidio.

A Ekel Ayala Jensen le gustaba el lugar, era hija de Filandeses que habían decidido vivir en Asturias cuando la nueva gran fábrica se construyó.

Seguía siendo zona protegida y las escasas construcciones que aún quedaban eran ruinas que no habían sido retiradas y daban al lugar un cierto aire de posguerra.

Habían pasado muchos años desde que el último habitante en las costas había migrado al interior, en la memoria colectiva siempre quedaba la duda de que el gran

terremoto y posterior tsunami volviese a cobrarse las vidas que había perdonado entonces.

Ekel no creía que la falla volviese a despertar, habían ocurrido muchos cambios desde que la gran isla surgió de la sima oceánica. La gran isla se podía divisar desde el cabo Peñas al norte sobre la línea del horizonte.

En Peñas solo quedaba el antiguo faro, era lo poco que aún estaba cuidado por el hombre, el resto del paisaje eran grandes praderías quemadas por el sol y el salitre, y los pequeños matorrales de brezo.

El atardecer dio paso a los brillantes resplandores verdes y malva de la aurora boreal.

Ekel recordaba su infancia en las lejanas tierras del norte de su patria madre, se sentía como en casa una vez más, pero estaba segura de que aquello no era precisamente un augurio de algo bueno: Auroras Boreales en Asturias.

El último coche se despidió con un guiño en la naciente noche, mientras otro vehículo se acercaba volando a unos metros del suelo dirigiéndose a las ruinas del antiguo paseo tras el faro.

Permanecía apagado y es que ¿quien necesitaba un faro cuando el mundo había perdido el rumbo? Ahora en la era de los satélites todo el mundo estaba identificado y localizado en la pantalla de un ordenador cuántico.

Lila bajó del vehículo, un fosforescente coche violeta con unas líneas transversales amarillas y dos grandes focos que en realidad eran simplemente decorativos, una matriz de invisibles láser de infrarrojo como un sonar que explora los alrededores.

Ekel extendió una mano y le mostró un pequeño paquete.

–Es algo que me dio mi padre –lo teníamos en la vieja casa de la costa, ya casi nadie quiere acercarse al mar aquí en Asturias.

–No les culpo. –Lila recorrió el lugar con la mirada– hay mucho dolor, han pasado muchos años pero la gente no olvida la tragedia del tsunami. –Luego como si el tiempo apremiase, dio unos golpecitos en su reloj indicándole a Eckel que el tiempo transcurría.

–Me llamaste por teléfono para que me reuniera contigo. No nos demoremos más. Uno de mis residentes ha desaparecido y el asunto está en manos de la policía. ¿Que me traes ahí?

–Un libro. Lo escribieron dos hermanos a principios de siglo, quizá te explique algunas cosas sobre Pedro y puedas encontrarle. ¿Sabes algo sobre él? Lila nego con la cabeza.

–No, vino la policía y revisó todos los vídeos, hubo como un impulso electromagnético cuando Pedro desapareció, todos los aparatos eléctricos de la residencia dejaron de funcionar y los ordenadores se quemaron, no registraron nada, ni siquiera las copias de seguridad que estaban almacenadas en la caja fuerte resistieron, es muy extraño por que la caja fuerte es un recipiente metálico, una jaula de Faraday lo llaman, y en teoría no puede entrar ninguna radiación dentro. Es como si se hubiesen quemado desde dentro, pero los índices de radiación, según la policía eran normales. El caso es que cuando ocurrió, Pedro desapareció como si lo hubieran desintegrado. La policía dijo que no pudo salir de la isla. Le estuvieron buscando durante 10 días infructuosos incluso investigaron todos los coches y barcos que se acercaron un mes antes de su desaparición. Yo lo único que pude ver fue una estática en los monitores, me dirigí a su habitación pero ya no estaba allí. La estática coincidió con la mayor tormenta electromagnética que se recuerda en la Tierra desde que hay aparatos para medirla. Afortunadamente la cosa no llegó a males a mayores.

–Tal vez fuese una explosión de neutrinos. –Dijo Eckel protegiéndose del Sol con su mano– dicen que pueden atravesar la Tierra y no interaccionar con la materia, tal vez halla alguna relación entre la desaparición de Pedro y

la tormenta solar llevamos una semana con los aviones en tierra y en las noticias dicen que la mayoría de los satélites son una enorme maraña de basura en órbita, llevará años limpiar todo eso, no solo no funcionan sino que entrarán en colisión con los que volvamos a poner en órbita ahora que están casi todos fuera de control.

–¿Que dice el libro? –Preguntó Lila–. No te conozco y sin embargo cuando me llamaste por teléfono y empezaste a contarme todo lo que contenía me quedé muy impresionada.

–Habla mucho de sueños y de un extraterrestre que vivía aquí en la Tierra y también de Pedro.

–¿Estas segura?¿Como puede un libro hablar de él?

–Al principio no le presté mucha importancia, era tan solo una novela que leí hace muchos años, siempre me gustó este tipo de novelas de ciencia–ficción y jamás pensé que tuviera algún viso de realidad, es más en algunos capítulos pensé que los autores fabulaban demasiado y que algunas historias parecían inconexas y que perdían el hilo de la narración. Pero...

Se sentaron a mirar la aurora. Ekel hizo un pequeño silencio y prosiguió.

–Mi padre compró el libro cuando yo era niña, en uno de esos chiringuitos de libros antiguos que todavía montan los veranos en los parques como antigüedades, ahora casi nadie lee sobre el papel y mucha gente solo los compra como ornamentos pero yo soy una sentimental. Me sigue gustando leer los libros antiguos, sentir el rugoso roce del papel, ver cuadros o observar las pinturas rupestres.

Increíblemente el legado de los hombres en la piedra durará más que el de esta sociedad nuestra tan tecnificada. Los comentarios de un viejo en aquella noticia sobre la extraña figura en la nieve de algo como el ADN me despertó de mi letargo y recordé de pronto el libro, aquel libro. Le faltaban algunas hojas pero aún podía leerse casi toda la historia.

–El ADN no es humano. –Le confesó Lila– es una figura de una proteína precursora del ADN, según leí en una revista antigua algo como eso existió antes del ADN, era mucho más estable, incluso podía resistir ante altas dosis de radiación. ¿Por que crees que ese libro hace referencia a Pedro, mi amigo y a ese dibujo que apareció un buen día en el jardín de nuestra residencia?

–Por que habla de aquella científica que descubrió aquella propiedad de algunas estrellas como el Sol. Fue realmente así. El libro no cuenta que pasó, no dice nada de por que no pudo recoger el premio. Pero Pedro continuó la historia que continúa al libro solo que nadie la escribía. Pensé que eran cuentos de un viejo, pero no pude remediar el rebuscar en su historia y comprobar que todos los hilos conectaban con una realidad sorprendente para mi, por eso intenté hablar contigo pero tú siempre rehuías mis llamadas. Te aseguro que este libro puede darte algunas respuestas por eso, te suplico que lo leas si quieres ayudar a tu amigo. Si algún día sabes algo, recuerda que yo te ayudé. Si quieres contar tu historia ahí estaré yo para escucharla, si quieres confidencia, ahí estaré yo para guardar tu secreto, si esto es lo que deseas jamás diré nada que no me digas. Yo guardaré tu secreto con mi vida pero te suplico que confíes en mi, por favor.

–Así lo haré, gracias Ekel –cogió el libro de sus manos.

Se despidieron en un abrazo. No se conocían pero habían sellado un pacto de hermandad a través de aquel regalo.

Lila señaló con el dedo en el cristal del coche. De pronto una pantalla se proyectó una imagen. Lila marcó sobre unos botones que indicaban: planeado, velocidad moderada, mar, automático y casa.

Los dos coches se separaron a una velocidad similar, uno en dirección a la mega ciudad en Lugones cerca del antiguo Oviedo, el de Lila por los acantilados en dirección a la costa por la playa de Xagon.

Tenía ganas de estar sola aunque algo le hizo cambiar de repente de idea. Modificó las coordenadas y aparcó el coche sobre las dunas, el único sitio que estaba permitido por ley siempre que no se dejase ningún tipo de residuo. Quedó contemplando los resplandores del cielo, oyendo el vaivén de las olas, durante un tiempo que se le antojó horas y quedó profundamente dormida pero no dentro del coche sino tumbada sobre la fría arena de la playa, sin saber como y de qué manera había llegado hasta allí.

XX
EL LADRÓN DE SUEÑOS

–No digas nada. No pienses.

–¿Por que?

–¿Quieres que te roben tus sueños?

–No se pueden robar los sueños. Si acaso las ilusiones sí, pero no somos dueños de nuestros sueños.

–Si te dijera que no estas segura, me prestarías algún crédito ¿intentarías no pensar?

–No se como se puede hacer eso, incluso no se por que estamos manteniendo esta absurda conversación, no soy dueña de esto, es como algo sustraído, robado…

–Tan solo tienes que pensar en algo recurrente, huye de cualquier significado aparente. Imagínate que estás en un millón de habitaciones, con un millón de puertas, cada puerta da paso a otra habitación, cada una es ligeramente diferente de la anterior, una y otra vez como un millón de espejos y tu imagen replicada hasta el infinito. Nadie te podrá robar lo que no tienes, despréndete de todo. ¡Ahora!

–Me da miedo lo que me pides, cuando era niña y estaba enferma soñé lo que me dices y tenía mucho miedo de que tras la última habitación no hubiese nada. Que solo hubiese oscuridad, muerte, el vacío más absoluto…

–El mundo está más allá de tus ojos cerrados, no importa que los abras o no, incluso no importa que puedas ver o

no, estará allá incluso cuando tu vida se extinga. Podrías aventurarte.

–Pero me asusta, sabes: ¿y si no hay nada más? ¿y sí solo hay vacío y oscuridad?

–Tan solo tienes que creer, asumir que no eres el único ser en el universo, que no estas sola y las habitaciones dejarán de existir, si no pudieses ver el mundo podrías pensar el mundo y habitar en él. Tan solo basta con que hablemos y nadie podrá robar tus sueños. ¿Verdad intruso? Lila no tiene nada que pueda servirte, ¿Por que no buscas en las otras habitaciones? ¡Quizás encuentres ahí lo que andas buscando!

–Me da miedo lo que dices, incluso tú ¿Quién eres tú? ¿Mi conciencia? ¡No! tu tienes conciencia propia ¿Por que mencionas a un intruso? ¿Quién o qué es ese intruso? ¡Habla!

Despertó con el resuello de quien ha corrido en un largo maratón. No sabía que había ocurrido por qué estaba tendida en suelo con el regusto de la arena en la boca ni cuánto llevaba allí.

Aún se sentía aletargada y lo único que parecía devolverla a la realidad era el perro que en aquellos momentos se empleaba arduamente en lamer su nariz.

¿Quien iba a pensar que aquello, volvería nuevamente a repetirse?

Se incorporó bastante avergonzada.

–¿Disculpe?

Por lo general no solía hablar con desconocidos pero aquella era una situación especial. Era ella la que yacía tendida en el el suelo y aquel hombre quien estaba agachado a su lado con una expresión muy preocupada intentando saber que había sucedido en lugar de pasar de largo e ignorarla.

Le dirigió una mirada vacua y se llevó las manos a las sienes doloridas. La cabeza empezaba a dolerle de una forma sobrehumana.

–Le preguntaba si se encontraba bien. Estaba tendida en la arena y pensé que se había desmayado.

Lila hizo un repaso en su memoria, recordó su encuentro con Eckel, aquella periodista que le había llamado a la Residencia con intención de contarle algo sobre el paradero de Pedro. Lo había hecho varias veces pero ella nunca había accedido hasta su extraña desaparición.

Al principio, pensó en llamar a la policía denunciando este hecho por temor a que su amigo hubiese sido víctima de un secuestro.

Sus dudas se habían disipado cuando la tal Eckel se citó con ella en un apartado lugar del Cabo Peñas sin pedirle ninguna cantidad de dinero con la única pretensión de darle un libro.

Una enorme desazón se apoderó de ella. El libro: ¿Donde está mi libro? Palpó su voluminoso bolso de mano para descubrir el bulto que indicaba que seguía allí donde lo había dejado.

–Estoy bien, no se preocupe. me quedé dormida. No es nada. ¡En serio!

El desconocido la observó como si no se creyese mucho la versión que acababa de contarle y sacó un termo de la mochila que llevaba a su espalda.

–¿Quiere un poco de café, señora?

Vertió un poco del humeante líquido que llevaba en el termo en una taza de plástico y se lo tendió solícito.

Olía extraordinariamente bien, pero no solo a café, olía también a anís. Una mezcla explosiva capaz de resucitar a un muerto.

Por un momento Lila divagó sobre su sueño de un millón de habitaciones y sin saber por que rechazó la invitación. Le encantaba el café azucarado con gotas de anís pero no conocía de nada a aquel hombre.

–Se lo agradezco pero debería haber empezado a trabajar,–decidió–he de marcharme o si no empezarán a preocuparse por mí.

Se fijó en su atuendo. Era un poco raro, vestía de forma elegante con un traje gris claro, corbata y sombrero a tono de ala corta, la mochila en la espalda era un detalle que parecía totalmente fuera de lugar con aquella indumentaria.

Se percató inmediatamente de la mirada de extrañeza de Lila y quiso romper un poco el hielo.

–Tengo que sacar a Milú, y esta mochila me sirve para llevar todo cuanto necesito: algunas bolsas para recoger los excrementos, una botella de agua para compartir con Milu, una toalla por si me apetece darme un baño y también un buen libro. El pobre Milu no puede estar siempre encerrado en un piso. ¿Sabe?

La verdad que el perro no se parecía en nada al perro de Tintín, hacía juego con su nombre: Lila, Milú. Por un momento pensó que el extraño había elegido el nombre de su perro pensando en ella. Intentó borrar de su mente ese pensamiento y despedirse sin darle mayor importancia. Añoraba estar en casa. ¡Debía ir a casa!

–¿Viene mucho por aquí?–Se atrevió a preguntar haciendo caso omiso de sus temores.

–Estoy este mes de vacaciones pero vengo casi todos los días aquí con Milú.

–Entonces le veré muchas más veces. ¡Gracias por preocuparse por mi! Es usted muy amable.

Lila le tendió la mano pero el hombre no la estrechó con fuerza, por un momento desconfió pero cambió rápidamente a una actitud jovial, pensó que estaba ofreciendo al extraño una flor y algo en su interior contradijo su primera impresión.

Ciao –musitó el extraño sin mas alejándose en dirección a las olas.

Lila buscó su coche y se elevó sobre las dunas en dirección al mar. Hacía tiempo que no sufría un ataque como el que había sufrido aquel día en la playa después del encuentro con aquella extraña periodista: Eckel.

La primera vez sucedió cuando ella contaba solo cinco años. Iba corriendo a través del invernadero de cristal de la vieja casa familiar en busca de su padre, que en aquel momento se hallaba entregado en la tarea de cuidar unas orquídeas que por algún motivo no acaban de lograrse.

Las orquídeas eran tropicales, mucho más apreciadas que las europeas por ser de colores más vistosos y mayor tamaño.

Su padre les ponía nombres y tenía especial predilección por una, casi moribunda de color violáceo a la que le había puesto el nombre de Milu. Extraño nombre para una orquídea y extraña coincidencia el nombre del perro de aquel extraño.

Hacía un día soleado cuando Lila atravesó el largo pasillo entre las plantas en busca de su progenitor con la luz diurna proveniente del techo acristalado que incidía sobre su cabeza.

Hacía un calor asfixiante.

En aquel momento, no supo muy bien que le estaba sucediendo solo que percibió un fuerte olor a flores muertas y a continuación cayó al suelo y perdió la consciencia.

Pensaron que podían tratarse de unos extraños ataques de fiebre pero nunca dieron con la causa real que los provocaba.

Ante el miedo de los médicos de que padeciese una rara epilepsia conocida como del lóbulo temporal, fue sometida a un fuerte tratamiento y hubo de soportar hasta casi la adolescencia continuos electroencefalogramas para los que debía desplazarse a la capital.

Pasada la adolescencia, los ataques fueron distanciándose en el tiempo hasta que finalmente remitieron y terminaron por desaparecer.

Había hablado con varias personas sobre la enfermedad asfixiante que la había aquejado desde la infancia hasta casi la juventud.

Aquella epilepsia del lóbulo temporal había sido la causa de que muchas gentes del pasado fueran consideradas endemoniadas o profetas de Dios.

Entre los que la habían padecido estaban importantes personajes históricos: políticos, filósofos, científicos, iluminados y santos y numerosos reos condenados por brujería.

Actualmente tenía tratamiento y de hecho Lila lo había tomado y creía tenerla bajo control pero aquel día en la playa después del encuentro con aquel hombre de la mochila se había activado algo en su cerebro que debía haber puesto en marcha nuevamente la enfermedad.

Lila estaba muy asustada cuando llegó a Villa Andrea y sobre todo preocupada ante el temor de que todo volviese a repetirse.

Por un momento, se puso muy nerviosa al recordar el libro, aquel misterioso libro escrito por dos hermanos un siglo antes que temía haber perdido o que le hubiese arrebatado aquel extraño con el que se había encontrado en la playa.

Una vez en su habitación, totalmente a salvo y tendida sobre la cama, respiró con alivio al abrir su bolso de mano y descubrir que éste continuaba allí.

Lo abrió por la mitad y leyó algunos párrafos con interés. Después de leer durante media hora sintió que el sueño se adueñaba de su persona por lo que lo cerró cuidadosamente para colocarlo sobre la mesita de noche.

En ese momento algo entre las páginas del libro resbaló y cayó al suelo.

Lo observó con curiosidad. Era un papel blanco escrito a lápiz. Tal vez una nota que Eckel había hecho sobre algún párrafo o capítulo.

Lo tomó entre sus manos cuidadosamente y comenzó a leer en voz alta:

"Se comprobó que en todos los sujetos, tanto en Alika, como Pedro, Abdel y el Mendigo, se repetía un mismo patrón en el que al principio no se reparó. Todos ellos padecían de un raro tipo de epilepsia conocido como epilepsia del lóbulo temporal que les permitía experimentar fenómenos a los que la ciencia aún no ha dado una explicación veraz como el dejá vu o la anticipación del futuro".

Lila sintió que el papel resbalaba de sus manos y volvía nuevamente al suelo.

Entonces, todos padecían aquella enfermedad y si era así: ¿Eso significaba que todos ellos, incluida Lila estaban enfermos?

De pronto, sintió que una voz en su cabeza, una voz que no parecía la suya que le decía:

–No, Lila. No significaba que todos ellos estuvieran enfermos. La enfermedad más que una dificultad era una ventaja. Les permitía compartir sueños, experimentar visiones y viajar a través de las líneas del tiempo–espacio con su mente. Algo, que en circunstancias normales pocas o ninguna persona puede hacer.

No empezó a leer el libro, estaba tan cansada que pensó que unos días de ausencia en el trabajo le vendrían bien. Llamó para avisar que estaba enferma y que se cogería dos días de vacaciones para recuperarse. La desaparición de Pedro había definitivamente echado por tierra su estado de ánimo.

Se quedó mirando al techo vestida sobre la cama de su habitación, lo vio girar de un modo vertiginoso y empezó a ver los personajes del libro sin haberlo leído. Se prometió hacerlo cuando despertase. Pero las imágenes no dejaban de fluir en su mente.

Los personajes del libro, la nota de Enkel, la epilepsia. Los nombres de los personajes como si se le presentasen uno a uno.

¡Era horrible!

Todos padecían su mismo mal, epilepsia del lóbulo temporal. Pit lo sabía, aquellos extraterrestres lo sabían. Y sabían una cosa más. Sabían que todas aquellas personas habían sido elegidas precisamente por ese defecto genético que les hacía considerar su enfermedad como una maldición pero que para aquellos seres significaba una ventaja, porque gracias a ello, podían contactar con seres más sensibles y receptivos.

Al mirar nuevamente el papel en el suelo se dio cuenta que se había volcado por el otro lado de la hoja. En el dorso había un número de teléfono y un aviso que decía:

"¡Por favor! ¡Soy Eckel! ¡Por favor, ten cuidado! ¡Llámame!".

XXI
LA ESCALERA DE JACOB

Debajo de este aviso había una cita bíblica
con una hermosa caligrafía.

(Génesis 28:11–19)

Lila se levantó y cogió del estante el viejo libro. Había leído tres veces la Biblia cuando era adolescente y su abuela se lo regaló. No era religiosa en absoluto pero le encantaban los libros de historia y su abuela no encontró otro mejor destino que aquel, en manos de su nieta. No era muy grande porque estaba escrito en letra muy pequeña, tenía una cinta señalizadora roja y estaba protegido por una caja del mismo tipo que las tapas.

Buscó el capítulo 28 del Génesis y leyó los versículos.

Llegando a cierto lugar, se dispuso a hacer noche allí, porque ya se había puesto el sol. Tomó una de las piedras del lugar, se la puso por cabezal, y acostose en aquel lugar.

¿Qué querría decir aquel versículo? Entonces pensó en llamar a Ekel. Instintivamente devolvió los libros a la librería pero sin darse cuenta del por que, puso cuidado en que la cinta roja no marcase las páginas que había leído.

El libro Wanik tenía una dedicatoria en la primera página:

Para mi hija preciosa. Papa.

–Este es el libro de mi padre–. Lila nunca había visto hasta entonces aquella dedicatoria al pensar en él se le

saltaron las lágrimas. –Donde quiera que estés papa gracias por tus libros de historia y por tus dedicatorias.

En ese momento el zumbido del teléfono la hizo despertar de su ensoñación.

–Hola. ¿Podemos vernos?

Era Ekel.

–Si quieres podemos cenar en Avigob. Hay un restaurante con platos típicos y el ambiente es espectacular, lo abrieron hace dos días y no es nada caro, te invito si no tienes planes para esta noche, se llama "El antiguo pote de berzas".

Avigob era la megaciudad a medio camino de las antiguas tres ciudades asturianas, Avilés, Gijón y Oviedo.

Mucha gente se había migrado a Avigiov, aquellos edificios colgantes en aquellas estructuras piramidales, colgaban como racimos pero no estaba totalmente construida aunque si la gran estructura y algunos de sus edificios colgantes.

La mejor forma de llegar a Avigob era en un sistema de trenes que partían en forma radial a las antiguas poblaciones, un transporte muy rápido para llegar en unos 15 minutos. No tenía paradas y un ingenioso mecanismo hacía que las estaciones se incorporarán al tren principal y se descolgaran de el sin apenas aceleración alcanzando altas velocidades o pararse sin apenas percibir el desplazamiento. Unos paneles solares en todo el recorrido hacían del sistema una forma limpia, cómoda, económica y ecológica de viajar.

La estación era un espacio abierto enorme tan solo cubierto por los andenes como los metros de principios de siglo XXI, con algunos puestos móviles de revistas digitales y chucherías.

Unas cintas en el suelo señalizaban unos rectángulos de unos siete metros de lado por cinco metros de ancho.

–Permanezca en la zona segura. –Le advirtió una voz femenina.

Ella obedeció.

Unas barras luminosas de color verde se encendieron sobre el recinto acotando un área cada vez menor hasta dejar un área de cinco metros por tres, del suelo surgieron unas barras mullidas que se adaptaron rápidamente a su cuerpo llevándola a adoptar una cómoda posición de sentada. Un lector de radiofrecuencia exploró el DNI de su bolso.

–Hola Lila, encantados de poder servirla, díganos a donde quiere ir.

–"El pete"–Susurró.

–Suponemos que quiere ir al restaurante "El antiguo pote de berzas" ¿si?

La máquina dijo un si con un marcado acento sudamericano.

–Así es.–Sonrió.

–En seguida llegamos, gracias por visitarnos.

No se molestó en responder. Le encantaba poner a las máquinas en una situación comprometida para ver hasta dónde llegaba su inteligencia artificial, algunas lo hacían realmente bien, aquel era un claro ejemplo.

La cinta apenas se distinguía del suelo pero se desplazaba y con ella Lila sentada en aquel artilugio de barras mullidas. Y lo hacía cada vez a mayor velocidad.

Se internó en el gran edificio central juntándose con otras cintas y personas, unos enormes prismas negros bajaron del techo situado a unos quince metros sobre sus cabezas ocultando la vista de la gran plaza, luego empezó a percibir un ligero movimiento vertical.

El prisma volvió a abrirse hacia el techo confundiéndose con é. Era oscuro como la noche, tachonado de estrellas y enormes galaxias espirales.

El suelo verde como la hierba y la mampara azul recorría casi todo el espacio circundante a cincuenta metros.

Lila avanzó tímidamente por el pasillo.

Un robot se presentó:

–Le esperan Seño Lila.

No acabó la palabra señora. Sonaba simpático, como la forma de hablar de un niño pequeño.

Notó un cierto aire sarcástico en la voz de la máquina como si quisiese a posta no ser correcto al expresarse.

Los dos se desplazaron hacia la mampara azul que se abrió para darles paso.

–Hola Lila.

Ekel sonrió y la atrajo hacia una mesa en el fondo de la sala. Llevaba un precioso vestido azul oscuro con una banda azul clarísima, casi blanca que hacía juego con la decoración de las mesas, como la banda de tela de una miss.

Lila respondió al saludo y tomó asiento frente a ella.

Una lista de platos con sus precios empezaron a desfilar en la propia mesa de cristal como pantalla con sus respectivos precios.

–Te recomiendo esto –le señaló Eckel–. “Aguacate al horno con queso y nueces”.

–Por mi vale.

–¿Y para beber?

–Dos Sirens Blue.

Clickeó sobre un rectángulo rojo.

–¿Que van a tomar? Surgió repentinamente una voz a su espalda que casi les asustó. Era un hombre muy atractivo vestido de camarero. Demasiado perfecto para ser un humano de verdad.

–Yo un menú especial. –Pidió Ekel.–¡Lo de siempre!

Lila sonrió con malicia.

–Que sean dos.

El robot sonrió a Lila.

–Entiendo por el contexto que no desean tres menús para dos personas si no dos menús y que los dos menús no se los va a comer la Seño Ekel.

–Así es. Es usted muy inteligente, señor…

–Asimov. –Respondió–. Me llamo Asimov. Se ve que usted es una persona amante de los seres con conciencia asintió observando lo que Lila había pedido.

–Gracias Asimov. Sí, soy vegetariana.

Asimov esbozó una sonrisa pícara y desapareció tras el biombo.

–Bueno, aquí podemos hablar sin que nadie nos moleste.

Pulsó un punto de la mesa que decía privacidad. Ekel colocó una pequeña caja dorada con una cara de color rojo.

–Conozco esos aparatitos anulan cualquier onda en el aire, ciegan las cámaras y los micrófonos y anulan los móviles. Son caros para mi economía. –Dijo Lila impresionada.

–Me lo facilita el periódico, a veces son imprescindibles para mi. Cambiando de tema –¿Leistes algo del libro? Quizá el sueño de Jacob fue verdad después de todo.

Lila quedó pensativa recordando las últimas palabras de Pedro y su legado.

Introdujo la mano en el bolsillo izquierdo de su pantalón agarrando con fuerza uno de los regalos de Pedro.

Tal vez ella podría soñar como Jacob, merecía la pena intentarlo.

Después de su encuentro con Eckel en Avigob, Lila comenzó a interesarse aún más por el libro. Comenzó a leerlo. No le costó comprender los conceptos que se relataban en él y la multitud de personajes que lo poblaban.

Y se quedó sorprendida de que en él se nombrase a Pedro como un personaje más de aquel libro. No sabía si podría tratarse de una obra de ficción o tal vez algo más complejo pero muchos de los acontecimientos que se nombraban allí le habían sido relatados por el propio Pedro y había coincidencias "históricas".

Leyó con avidez la desesperación de Pit y su hermano, perdidos en la inmensidad del desierto viviendo en una nave oculta bajo los túmulos, imaginó la miríada de luces azules que recorrían las dunas a su antojo y a las que los beduinos temían tanto o más que a los propios djim.

Conoció a la pequeña Alika y las extrañas historias que relataba sobre el pájaro dogo o el pájaro pez. Se preguntó que habría sido de aquella niña. Como habría transcurrido su vida desde entonces...

Llovía sin misericordia, como era ya costumbre y los sembrados estaban totalmente devastados.

Las flores que la primavera había traído, habían muerto aunque aún sobrevivían las que estaban en el invernadero.

A Lila le gustaba irse allí con el libro.

Era impresionante ver caer la tromba de agua a través de los techos y las paredes de cristal y sentirse protegida en un ambiente de calor y humedad muy agradable todo gracias a los sistemas automáticos de cuidado del invernadero que protegían las plantas. De cuando en cuando algún rayo o relámpago golpeaba la estructura acristalada pero Lila no se inmutaba, no tenía miedo a las tormentas desde que era pequeña.

Cuando quedó a cargo de la residencia dotó a todas y cada una de las instalaciones incluido el invernadero de un sistema capaz de protegerlos de las tormentas y los corrimientos de tierra.

Había gastado una inmensa fortuna en ello pero no se arrepentía.

Aunque la casa conservaba su estructura vieja y colonial y en algunas dependencias parte de su decadencia, las vigas habían sido reforzadas con las más avanzadas tecnologías. El mobiliario, en algunas de las salas más alejadas o para el uso de sus inquilinos había sido sustituido por uno mucho más moderno y funcional. Aunque, la casa, seguía conservando sus frescos en las paredes, sus arañas de cristal y casi todo su mobiliario antiguo estaba dotada también de estancias muy modernas.

Le preocupó sobre manera el contenido de aquella nota en la que se decía que todos los personajes de aquel libro tenían algo en común, aquella rara epilepsia del lóbulo temporal.

Por un momento, pensó que tal vez Pedro y los otros, podrían haber sido víctimas de su propia enfermedad pero aquella nota decía claramente que era precisamente eso, esa pequeña diferencia genética la que facilitaba que pudieran tener aquellos sueños que los interconectaban los unos con otros.

Había muchas investigaciones al respecto y Lila pensaba ponerse a la tarea de empezar a leer más sobre ese tema.

Los días pasaron y la tranquilidad respecto a su persona, volvió otra vez. Aquel ataque en el que perdió la consciencia no volvió a repetirse, por lo que pensó que no debía tomar ningún viejo tratamiento contra la epilepsia, ni acudir al médico que sin duda pensaría que había perdido la cordura cuando le contase todo lo que estaba pasando.

Pero Pedro, no aparecía por ningún lado. Era como si la Tierra se lo hubiese tragado.

La policía no le daba ningún adelanto. Le dijeron una vez que pudiera ser que él mismo hubiese elegido desaparecer del mapa en busca de su familia aunque Lila sabía que no existía ninguna familia a la que buscar y de haber investigado un poco, la policía misma debería saberlo. A Lila le daba la impresión que aquel asunto no les importaba lo más mínimo.

No era raro que un anciano con alzhéimer o problemas mentales decidiese un día fugarse de la residencia donde vivía sus últimos días para aparecer al cabo de algunos meses, con un poco de suerte, desorientado o en el peor de los casos muerto en algún pantano o cuneta del camino.

Lila conocía bien a Pedro. Su cabeza estaba estupendamente amueblada para la edad que tenía, que era mucha. No podía haberse ido así sin más sin decirle nada a ella. Sobre todo ahora que estaba sometiéndose a un tratamiento con células madre que podría regenerar su cadera.

¿Qué sentido tendría huir para buscar la muerte cuando estaba empleando tanta ilusión y esfuerzo en recuperar su maltrecho cuerpo?

El último policía que la atendió cuando ella le planteó esta pregunta apuntó a la hipótesis del suicidio dijo que harían todo lo posible por encontrarle pero que tal vez no desease ser encontrado y que era algo a tener en cuenta.

En cuanto a Eckel, aquella periodista con la que se reunió en Avigob, parecía que también a ella se la había tragado la tierra. El teléfono móvil que le había proporcionado comunicaba constantemente día y de noche.

Sin duda, sucedía algo extraño también con ella.

No comprendía el pavor que había visto en sus ojos cuando la encontró en el Cabo Peñas para entregarle aquel misterioso libro, porque lo atesoraba, porque motivo querría dárselo precisamente a ella, tomándose tantas molestias en que lo leyese y después que la llamase a ella, una desconocida.

Tantas preguntas sin respuesta y aquel teléfono móvil que comunicaba sin cesar…

Se oyeron unos golpes fuertes en la puerta que hicieron que Lila volviese a la realidad y posase el libro sobre una de las macetas.

Afuera, había dos policías uniformados. Debían de haber estado bastante tiempo llamando por el gesto de

desesperación que veía en sus rostros y ella, no debió de darse cuenta debido al incesante tintineo de la lluvia y el ensimismamiento que le producía la lectura de aquel misterioso libro. “Wanik”.

Una enorme sonrisa se dibujó en su boca. Se sintió feliz. Aquellos dos hombres en la puerta del invernadero eran la señal de que Pedro había aparecido por fin. Por un momento, se derrumbó pensando en lo contrario, pero enseguida lo desechó. Muy dentro de ella deseaba no anticiparse a la noticia.

Deseaba que cuando abriese la puerta aquellos dos agentes le dijesen que habían encontrado a Pedro, que estaba sano y salvo en algún lugar seguro donde ella podría atraerle de nuevo hacia la residencia para escuchar su historia y entender los motivos que habían precipitado su huida.

Al abrir la puerta uno de los agentes, el más alto, interpuso un pie entre ella y la puerta como si tuviese intención de impedir que la cerrase. Lila que no habría pensado jamás en hacer algo así, les invitó a pasar al interior.

Los dos jóvenes, uno alto y espigado de rostro agradable aunque con una ligera expresión preocupada y el otro más robusto y de mucha menos estatura. Se sonrió pensando que parecían el gordo y el flaco como en las viejas películas…

–¿Señora Lila Espinola?

Ella miró sus trajes y sus placas identificativas, estaban empapados.

–¿Llueve con ganas verdad? –Se sintió con ganas de bromear.

–En efecto. –Respondió el más alto–. A ver cuando cesa de una vez la lluvia. Aquí en Asturias y después de lo del Tsunami y las inundaciones no tenemos mucha tregua.

–¿Vienen a contarme algo sobre mi inquilino, Pedro Rovira? –Tenía gana de que aquellos hombres soltasen lo que tuviesen que decir y se marchasen cuanto antes.

–En realidad no. –Dijo el agente–. Tenemos un caso complicado. Se trata de una mujer joven, como de unos 25 años. Hemos inspeccionado su casa y encontramos allí el teléfono de su residencia por lo que creemos que en algún momento pudo contactar con usted o tenía intención de hacerlo.

–¿De quien se trata? –Estaba confusa y no comprendía muy bien la conexión que aquellos hombres trataban de establecer entre aquella extraña y su persona.

–De una periodista no muy afamada. No creo que la conozca: Eckel Ayala Jensen. Quienes la conocían decían que se sentía fracasada en el mundo periodístico. Últimamente estaba metida en algo misterioso y absurdo, un asunto referente a personas que padecían epilepsia del lóbulo temporal. Escribió un artículo sobre ello y le concedieron una entrevista en televisión. Tuvo que haberla visto. Fue algo muy comentado. –Se rió.

Se acercó a ella poniendo expresión de asombro y sujetándola por el brazo para evitar que se desplomase.

–¿Por qué tiene esa cara tan desencajada señora Espinola? ¿La conocía?

Lila asintió en silencio y se secó una lágrima que en aquel momento acaba de resbalar por su mejilla.

–¿Eckel Jensen? –Dijo con voz ahogada a punto de desplomarse.

–Sí, creemos que es así –continuó el agente– por eso nos ponemos en contacto con usted. La última llamada telefónica que realizó se la hizo a usted. Necesitaríamos que se personase en el depósito para reconocer su cadáver.

–¿Cómo? ¿Cómo ha sido? –Le tembló la voz al decirlo.

–Apareció hace unos días en una playa del Cabo Peñas. Tenía todo el cuerpo como si la hubiesen introducido en un enorme microondas. Ha sido una muerte terrible. No sabemos con que han podido hacerle eso pero ninguno

de sus órganos está operativo ni siquiera la piel puede ser utilizada para injertos.

–¿Y como podré reconocerla si está tan deformada?

–Por que llevaba con ella su documento identificativo y por que tal ver recuerde la ropa que llevaba aquel día que se reunió con ella.

Lila empezó a sentir un terrible miedo y desconfianza de todo.

¿Por que Pedro había desaparecido?

¿Que pasaba con Eckel sería la mujer muerta encontrada en Peñas?

Luego estaba la vuelta de aquellos ataques epilépticos que no había tenido desde niña.

¿Por que sintió la necesidad de contemplar las estrellas en la playa aquel día?

¿Quien le advertía en las situaciones más críticas causándole aquella congoja y desconfianza?

¿Quien era el ladrón de los sueños?

¿Quién era?

El depósito de cadáveres estaba ubicado en las proximidades del antiguo cementerio de la Carriona.

La nueva ciudad se había expandido sobre los cimientos de la antigua y continuaba haciéndolo a un modo frenético. Tan solo quedaba de su vieja gloria el viejo cementerio con sus agrietadas lápidas de mármol, estatuas y cruces inmaculadas en contraste con una ciudad que aumentaba en la periferia y que destacaba por sus edificios de un material granulado y nacarado de textura similar a la arena cubierto de pequeños y relucientes espejos acordonados por múltiples parques y zonas ajardinadas.

Estaba muy bien comunicada y se auto abastecía mediante un moderno sistema de desalinización del agua que permitía la llegada de agua potable a todos los hogares.

Los zapatos de tacón de Lila hicieron ruido al golpear las relucientes losas de mármol rosa siguiendo a los dos hombres de mocasines italianos pulcros y relucientes.

Iban vestidos de una forma impecable, aunque sus trajes aún estaban mojados, ambos de gris marengo con el distintivo de la policía, corbatas de un color azul metalizado y gemelos plateados a juego con sus placas.

Los dos policías la guiaron a través de interminables y amplísimos pasillos que conducían a salas blancas en las que no lucía ningún cuadro ni ningún tipo de decoración y en las que lo único destacable era su amplitud, y los altísimos techos llenos de ventanales a través de los cuales se filtraba la luz natural diurna.

Después de pasar por pasillos interminables alcanzaron una sala a la que se podía acceder directamente pues no había ningún tipo de puerta.

–Hemos llegado por fin. –Anunció el policía más alto invitándola a pasar.

En la sala cerca de un montón de cajones plateados similares a nichos aguardaba un hombre que tomaba notas en una pequeña libreta ataviado con un a bata blanca similar a la que utilizan los médicos.

–Ya están aquí. –Suspiró al verla. Se llevó el lápiz con el que escribía a la boca para mordisquearlo pensativo y luego colocarlo otra vez encima de su oreja.

–Les presentó al Doctor Emmanuel Favila, Médico forense.

Éste les tendió la mano.

–Encantado. Viene por lo del 106. –Perdón se excusó–. Quiero decir que viene a la identificación de la chica. ¿Cree que podrá... –No acabó la frase.

Lila asintió y volvió la mirada expectante al nicho.

–Está bien. ¡Procedamos entonces!

Empujó de la anilla metálica con fuerza hacía sí, era la número 106. El cadáver yacía envuelto en un plástico fino de un color gris oscuro metalizado. El doctor Favila abrió la cremallera a la altura de las piernas y le mostró a Lila una masa informe, quemada y totalmente deforme en la que se veían jirones de seda de un color azul oscuro y una banda de un color azul mucho más claro como las que usan las misses en un concurso de belleza.

Reconoció enseguida el vestido que llevaba Eckel el día que se vieron en el Pete.

Giró la cara horrorizada.

–No puedo enseñarle el rostro. –Se disculpó Favila–. Está aún más irreconocible que el cuerpo. Lo extraño es que el vestido no sufrió daños importantes y al menos es un dato relevante para identificar a la víctima. Es como si algo hubiese reventado sus órganos desde dentro hacia afuera como lo haría un enorme horno microondas, o como si hubiesen quemado de alguna forma el cadáver y luego, después de muerta, le hubiesen colocado el vestido. ¿Es el mismo que llevaba Eckel Jensen el día que se encontró con usted.

Lila asintió horrorizada.

El policía más alto corroboró su versión por ella que en ese momento se veía imposibilitada para articular ninguna palabra.

–Deducimos que sería Eckel Jensen ya que recibimos noticias de su redacción. Decían que esta semana no había ido a trabajar. Cerca de ella tenía sus documentos. Fue como si su asesino no quisiese que el tejido se destruyera para que existiese alguna forma de identificarla.

Lo extraño también es eso, ningún asesino deja pistas sobre su crimen a no ser que quiera que le encuentren.

En este caso el asesino o asesinos no han dejado ningún rastro pero sí sobre la propia víctima lo que hace que todo este caso sea muy extraño.

–Y luego vimos en su teléfono que la última llamada de audio que le hizo a usted quedando en el Pete.

–¿Soy acaso sospechosa de este crimen? –Preguntó Lila aún más horrorizada.

–No. –La tranquilizó el agente–. No se preocupe. Solo precisamos que usted identifique a la víctima, de momento ya que investigando, dimos con el Pete y descubrimos la reserva que ambas habían hecho para comer allí ese día. Deberá estar localizable por si surgiese alguna novedad sobre este caso. Usted es la última persona que la vio con vida.

Lila acompañó a los agentes pero no pudo ayudarles, la mujer era de una altura similar a Eckel y su cuerpo presentaba un aspecto marrón deshidratado y retorcido como si algo hubiese sacado todos sus jugos y la hubiese desecado.

Se convenció a si misma que no estaba en condiciones de trabajar, pensaba que había muchas cosas por resolver y mucho en lo que pensar y también aquel miedo visceral que no acertaba a atajar.

Decidió coger las vacaciones que tenía programadas, por eso concertó un vuelo para evadirse contradiciendo el consejo de la policía.

Por que se trataba de un consejo, no le habían retirado el pasaporte y no había ninguna orden de ningún juez que le impida volar.

Si no había pruebas plausibles de que ella había cometido aquel asesinato tan atroz, como efectivamente era, nada ni nadie podía prohibirle salir del país.

El Aeropuerto de Asturias no había crecido mucho en el último siglo. Situado sobre una isla los viajes eran muy frecuentes desde que aparecieron aquellas versiones de despegue vertical de Airbus, sin embargo los destinos seguían siendo tan limitados como siempre, cinco o seis destinos a lo máximo, causa de que la gran mayoría optase por otros medios de transporte.

Las playas casi habían desaparecido excepto en lo que habian sido los grandes desiertos del norte de África.

Los paisajes habían cambiado mucho pero las personas no eran muy diferentes, los mismos conflictos y los mismos intereses en un mundo que seguía igual.

Algo le decía que tenía que ir muy lejos, un presentimiento tal vez. Aunque supiese que se había convertido en un testigo muy importante en aquel caso de momento debía salir si quería conservar la cordura.

–¿Algo para facturar?

Había entregado el carné de forma automática a una azafata y la pregunta la hizo volver a la realidad.

–Solo este equipaje de mano. ¿Puedo hacerle una pregunta?

–¿Dígame usted?

–Llevo una piedra en el equipaje, es un regalo de una persona muy querida, no tiene valor pero para mi representa mucho y me gustaría llevarla conmigo.

–No puedo tomar yo esa decisión. –Se volvió y presionó un botón en la pantalla–. Fran Amed: ¿Puedes venir un momento? –Tecleó algunas cosas sobre la pantalla en un teclado que apareció en la parte inferior.

Fran Amed no tardó en aparecer haciéndose cargo de la situación.

–Puede acompañarme ¿Por favor? –La invitó.

Lila le siguió como un manso corderito. Se situaron en un círculo amarillo en el suelo de la terminal.

Un cilindro transparente como de metacrilato emergió del suelo y después el mismo suelo se elevó también con ellos.

–No está permitido llevar estos objetos en el avión. –Se sinceró con ella –podemos hacer una excepción porque el objeto tiene un gran valor sentimental para usted pero

comprenderá que tiene que obtener un certificado y análisis que garanticen que su piedra no va a representar un peligro para nadie. Por favor deposítela ahí.

Lila obedeció.

La piedra, un canto rodado de unos pocos centímetros de diámetro, tenía forma de elipse vista de canto y un círculo perfecto por arriba, había en ella también unas pequeñas flores dibujadas a mano en pintura acrílica.

En la pantalla toda la imagen se volvió negra excepto la de la piedra, que empezó a cambiar de colores mientras una serie de gráficas fueron apareciendo mostrando unas letras en los picos.

De repente la pantalla quedó en verde, pero la imagen de la piedra tenía forma ovoide esta vez.

–Es una forma extraña esta que se ve aquí –señaló con un dedo la pantalla– pero la composición química no deja lugar a dudas, es un simple canto rodado, la granulometría es normal en estas piedras. –Sonrió Fran entregándosela– la composición dice que es una roca metamórfica, se formó a partir de otras rocas anteriores, eso quizá explique esa forma oval tan rara. ¿Se ha fijado? Su interior es cuarzo. Su forma es extraña, muy extraña pero tan solo es una piedra vulgar, eso creo. Le extenderé un informe completo. ¡Curioso aspecto granulado en su superficie! Parece una huella digital, lo podrá presentar como garantía de los datos. Pero esto le costará dinero señora, la buena noticia es que no tendrá más problemas y podrá viajar con ella adonde usted quiera. Personalmente pienso que está tirando su dinero pero no soy quien para juzgarla por eso.

Fran le dio una llave en forma de corazón con un cordón de plata.

–Preséntelo siempre con la piedra que trae, tenga los dos objetos a mano y no tendrá problemas, y ahora solo le queda pagar por este servicio.

Fran Amed sacó de su bolsillo una PDA y le mostró a Lila la factura que ésta firmó sin protestar.

–Ahora ya puede coger ese avión. ¡Le espera! Siga las indicaciones de su billete, por favor.

Volvió a aparecer el cilindro de metacrilato y el suelo descendió con ellos.

El billete de avión era una tarjeta de tamaño similar a las de principios de siglo. La textura era similar al papel pero a diferencia de las antiguas la información de las tarjetas cambiaba de forma dinámica.

La suya fue indicándole el camino al avión hasta un sensor que la identificó en el pasillo de embarque y le mostró en una gran pantalla su foto en 3 dimensiones indicándole con voz robotizada:

–"Puede usted embarca Señora Lila Espinolar".

Le encantaban aquellos robots. Nunca decían bien su nombre pero era sumamente eficientes.

El viaje de media hora a Barcelona lo pasó leyendo el libro que extrajo del bolso, era un bolso cuatro veces mayor que el libro en grosor pero el ancho y el largo era lo justo para contenerlo, dentro del bolso estaba la piedra, una cartera con documentación y un móvil que se apagaba automáticamente dentro de los aviones. El bolso blanco llevaba una cinta uniendo los dos lados, Lila se llevó el bolso a la espalda y dejó que la cinta colgase a modo de collar, presionó uno de los laterales de la cinta y el bolso quedó convertido en una almohada que sujetó su espalda y cuello. Luego se acomodó en el asiento y quedó plácidamente dormida.

En su sueño, había una escalera enormemente larga, tanto que se perdía entre las brumas del cielo y tan estrecha que dos personas no podrían cruzarse.

Empezó a ascender la escalera hacia un atardecer brumoso y sin viento y al ascender, la sensación de vértigo se hizo mayor.

Estaba dentro de un cono y la vegetación debía de ser exuberante por que era como un bosque amazónico visto desde el aire sobre el que ascendía cada vez más.

No estaba sola, de vez en cuando el aire se llenaba de siluetas oscuras como sombras chinescas de ballenas.

Subían y bajaban por aquel bosque esmeralda.

La bruma fue aumentando y la sensación de vértigo se hizo mayor hasta que el miedo pudo mas que ella y dejó de ascender.

Lila no se atrevió a dar un paso más, la sensación de miedo a caer se volvió tan insoportable que se arrodilló.

Tras la bruma algunas cosas empezaron a moverse y estuvo a punto de perder el equilibrio, se apoyó en una superficie metálica y lisa, el resto de escalera que divisaba se perdió definitivamente mientras su mano rechazó con sobresalto el objeto esférico que había tocado.

La bruma se fue disipando dando paso a una superficie blanca donde infinidad de pequeños artilugios blancos se desplazaban de forma caótica dando pequeños saltos, mezclándose y dividiéndose en apariencia anárquica.

Poco a poco la frenética actividad fue cesando a la vez que el paisaje se tornó sucio primero, pardo después y después un cielo gris dio paso a un cielo naranja y luego a un cielo azul limpio como si todo empezase y terminase a la vez.

Empezó a brotar vegetación por todas partes a cámara rápida.

Se internó en la espesura de aquel bosque tropical y se detuvo ante una cascada que reflejaba un arco iris multicolor.

Fue entonces cuando oyó la voz que le decía.

–Hola Lila.

Se volvió y vio a Pedro mirándole sonriente.

Corrió hacia él y le abrazó propinándole un sonoro beso en la mejilla.

–¿Donde estoy? ¿Es que me he muerto?

–No lo estás, no te preocupes. No estamos tan lejos. Compartimos los dos este sueño.

Lila hizo un gesto de extrañeza, no entendía bien a donde quería ir a parar.

–En realidad este lugar es real, podrías estar aquí en el avatar o en la piedra si quieres decirlo así. Pero ahora estás en un avión a 14000 pies de altura viajando a quien sabe donde y yo te acompaño, en realidad solo te acompaña esa piedra insignificante en tu bolso blanco, un pequeño universo en el que sin que nadie lo sepa tú y yo cabemos y mantenemos esta conversación en tiempo real.

Sonrió al ver su perplejidad.

Es increíble ¿verdad? yo en cierta manera estoy en esta piedra que guardas en tu bolso. Después de todo es cierto que existen *dimensiones extras* que no podemos ver, si el universo que conoces tuviese tan solo 10 metros de radio y tú te hicieses el doble de pequeña al recorrer la mitad del radio cuando te alejases del centro verías tu universo de 10 metros como un universo infinito y plano, como ves todo depende de la perspectiva del observador.

¿Te acuerdas de la *paradoja de Zenon*? ¡El arquero obligado a lanzar la flecha a la mitad de la distancia a la meta en cada lanzada, no llegará nunca al borde después de infinitos lanzamientos.

Si quieres hablar conmigo usa la escalera de Jacob.

Si quieres venir aquí haz lo que yo hice, Piensa en venir aquí, sueña, y ten fe en que el avatar te conducirá a este lugar. No te asustes cuando el vórtice de luces azules te envuelva. Yo no puedo salir de aquí. Mi vida peligra por eso me despedí de ti.

La estrechó en un fuerte abrazo que a Lila le pareció eterno y su voz sonó como un eco que se alejaba cada vez más y más mientras le decía:

Se precavida Lila y fíate de tu intuición, si te descubren tu vida también peligrará, protégete del ladrón de sueños.

Desde arriba, muy arriba en el cielo el planeta era una refulgente esmeralda en la oscuridad de aquel universo.

Según se iba bajando a las capas inferiores, se iban viendo enormes extensiones de bosques, también enormes masas de mares y océanos turquesas incluso, el suelo poseía aquel hermoso color en todas las tonalidades verdosas y ocres de los cristales y la tierra.

Parecía un planeta como el de los humanos pero no era azul si no verde de un verde que ofendía la vista como si todo él estuviera hecho de esmeraldas purísimas.

El clima era tropical y parecía que no hubiese mucha diferencia de estaciones.

Simas como cicatrices profundas lo atravesaban de lado a lado. Descendiendo hasta lo más profundo de aquellas simas, dejaba de oírse el ruido de olas, manantiales y ríos, el canto de pájaros exóticos de exultantes colores y se dejaba de percibir así mismo la enorme humedad que se respiraba en la superficie.

En la profundidad de aquellos canales había una ciudad protegida del clima de la superficie.

Una inmensa ciudad llena de seres pequeñitos como Leilani, un enjambre de obreros que construían sin descanso las máquinas que llevarían a los Wanik al Ore hacía universos lejanos.

Participaban en ella aquellos reptiles, los Wanik del planeta Mori del sistema solar Sirio, también las dos razas inteligentes del planeta constructor de las naves Slahe, tres razas acuáticas inteligentes del sistema solar de la estrella Poción, también algunas máquinas inteligentes que eran respetadas por todos en el mismo pie de igualdad y hacía mucho, mucho tiempo, también un ser humano de alma limpísima llamado Alika.

En realidad cada uno aportaba lo mejor de sí mismo en el bien de todos y la camaradería era envidiable.

Todos se consideraban una sola raza los Wanik al ore, “los protectores de la vida”, habían adoptado el nombre de los primeros seres que formaron su sociedad los Wanik “los protectores”, todos ellos compartían el respeto a toda forma de vida.

Un enjambre en el que Leilani ahora era la reina.

Y ahora, después de haberle dado a Rel y Pop el prisma protector, regresaba a su mundo a restablecerse del clima del planeta Mori.

Había cumplido su misión y era el momento de descansar en la tierra de sus padres y sus antepasados.

La voz de Pedro hizo a Leilani volver a la realidad.

–Leilani necesitamos vuestra ayuda.

Los jardines colgantes se mecían sobre un imponente acantilado de unos 10 km de profundidad, grandes ríos se desprendían en cascadas en las que incidía la luz en el agua y se refractaba como un prisma en miles de arco iris sobre las piedras de la enorme grieta.

El planeta giraba en una órbita circular mucho más abierta que la de la Tierra con un ciclo anual sin distinción lo que hacía que viviesen una primavera eterna.

Vega la estrella con dos veces más masa que el Sol era una estrella mucho más luminosa que ésta, su aspecto achatado por los polos presentaba un aspecto claramente elíptico y más azulado que el Sol de la Tierra.

Hace 14000 años era la estrella Polar de la Tierra y volvería a ser la polar algún día en un futuro.

A 25 años luz de la Tierra la estrella Vega junto con Deneb y Altair conformaban el llamado triángulo del verano mientras que Sirio, Proción y Betelgeuse formaban el triángulo del invierno.

Los dos triángulos eran fácilmente visibles desde el hemisferio norte según la época del año.

Vega, el hogar de Leilani y la fuente de las increíbles estructuras forjadas átomo a átomo como si se tratase de un grandioso microscópico mecano. La mayoría de sus intrincados nodos funcionaban como máquinas cuánticas. Su raza era sumamente sensible, humilde y colaboradora y las mejores de sus creaciones eran artilugios híbridos donde las aportaciones de otras razas alienígenas aportaban la pauta para tejer aquellos tapices fractales que podían observarse en todas las creaciones de su pueblo.

Los orígenes de la civilización Wanik al ore estaba muy enraizada en la memoria colectiva de los mundos. Contaba una vieja leyenda que entre sus antepasados existía una niña que se encontraba muy sola y se inventó un amigo imaginario que tenía el aspecto similar en tamaño a un pingüino de la Tierra. Tenía este ser un increíble poder para transformar su cuerpo, como los camaleones o los pulpos terrestres aunque, en el mundo de Leilani no existía ningún animal parecido a ese.

Los de su estirpe eran profundamente emocionales, su inteligencia era fundamentalmente eso, pura emoción. Por eso, imaginaban que formaban parte de las cosas para poder entenderlas.

La leyenda seguía contando que un día el amigo imaginario arcoíris de la niña Slahely capaz de cubrir su cuerpo de escamas iridiscentes se mostró enfermo y desamparado, la niña, abandonó absolutamente todo, sus amigos, su familia, su mundo y vagó por una de las infinitas playas del planeta Slahe en el sistema estelar de Vega.

Aún no habían conocido la forma de viajar entre las estrellas, eso llegaría más tarde.

Pero en aquel momento, la niña lloró en la enorme soledad de las playas de su mundo y sintió que su emoción era la desesperanza.

Su vida se fue apagando de sed e inanición y a medida que su fuerza vital se hacía más débil en su mente se fue forjando la fe en que su amigo imaginario existía realmente en algún lugar.

Hasta que se dio cuenta de que era de ignorantes el considerar que un universo tan enorme no era muy distinto a una casa, y que nadie construía una casa tan enorme para convertirla en un lugar vacío y sin vida.

Fue entonces que cuenta la leyenda que empezaron a llorar juntos, aquel ser y ella. Primero empezaron llorando a solas, luego surgieron las risas y el dolor, eso fue sin duda la peor parte.

Lo increíble fue que las construcciones mentales de su amigo imaginario, eran pura emoción matemática si a eso se le pudiese comparar con las matemáticas. El extraño ser irisado empezó a mostrarle a la niña la belleza y la emoción que se escondía tras los números y ambos establecieron un fuerte contacto telepático.

Así fue como dos niños de tan distintas especies y alejados en dos mundos a muchos años luz de distancia se hicieron conscientes de su realidad comunicándose a través de sus poderosas mentes. Así fue el encuentro con los Wanik al ore.

Cuando la antepasada de Leilani, aquella niña de la que hablaban las primeras leyendas le mostró a la comunidad de sus congéneres lo que era capaz de crear con su amigo, su pueblo comprendió y sufrió una gran conmoción.

Durante miles de años los veganos construyeron las máquinas que los sirios no podían sino imaginar. Las dos razas se convirtieron en telépatas y se unieron en una simbiosis emocional inseparable. Waniks al ore y Slaheys unidos por toda la eternidad...

Hasta que una de las estrellas del sistema solar se convirtió en una nova.

Casi habían averiguado juntos el mecanismo de las estrellas y como controlar tanto inmenso poder, habían conseguido juntos descubrir los secretos más profundos del universo, habián desarrollado una cultura conjunta basada en el amor y en el respeto a la vida, habían tratado de evitar la catástrofe despertando fuerzas capaces de hacer mover galaxias pero llegaron demasiado tarde.

La gran explosión invadió también la Tierra de radiación destruyendo la vida que con tanto esfuerzo se había formado en los mares pero la esterilidad de la extinción en masa del Precámbrico dio paso a una explosión de variedad genética como nunca antes se había conocido.

La peor parte de la historia se la llevó una estrella en apariencia errante llamada Barnard.

Digamos que para que la Tierra pudiese tener la diversidad de vida que hoy se conoce fue preciso que hubiese un sacrificio y ese sacrificio fue la destrucción de Barnard.

El mundo de Barnard estaba habitado de pequeños seres iguales a los gatos negros terrestres pero cuyas extremidades superiores estaban dotadas de diminutas manos. Eran adorables a la vista de un humano. Pero murieron todos en el sistema solar de Barnard, todos destruidos, excepto una nave con un robot explorador.

Cuando el robot regresaba a casa descubrió su mundo roto, los suyos muertos, y la soledad más infinita.

Pero lo peor aquel inmenso dolor fue descubrir lo que aquella raza de engendros estaban construyendo alrededor de la estrella convertida en nova. Su rabia y odio se instaló hasta el último de sus circuitos. Instaló en lo más recóndito de sus algoritmos que no cesaría hasta que la raza de los Wanik–al–ore pagasen por todo el mal hecho a aquellos pequeños seres con apariencia felina que le habían creado y a los humanos y la vida de la Tierra en aras de la destrucción de su propio planeta.

Lejos estaba de comprender la verdad.

Pero desde entonces, aquel robot huérfano de sus creadores, había seguido cada rastro, cada pista, y no vivía para otra cosa si no para vengarse de su perdida.

XXII
LEILANI RESPONDE A PEDRO

Leilani presionó el avatar y un manto verde se extendió sobre el abismo del acantilado llegando al otro extremo. Depositó sus pequeños pies sobre aquella superficie reluciente y caminó envuelta por diminutas estrellas hacia Pedro y aquella humana que esperaban en los riscos.

–Esta es Lila –le indicó con una frase sin palabras que pudo entender perfectamente–. Estamos en peligro y necesitamos de vuestra ayuda.

Leilani le miró con ojos tristes.

–Rel y Pop os ayudarán ya que están en vuestro mundo y el prisma que les di os protegerá del ladrón de sueños. ¿Pedro te acuerdas de aquella niña del desierto? No necesito decirte su nombre, ella te mostró el camino entre los dos mundos, nadie si no tu sabes quien es ella.

Pedro sabía que se estaba refiriendo a Alika.

Lo pronunció casi tartamudeando.

–¿Alik? ¿Ella… Vive? ¿Alika?

Leilani le devolvió una sonrisa.

–No solo ella, tu esposa, tu hija y tu nieta también pero no está en mi mano librarte de tanto dolor, ten esperanza, es lo único que puedo decirte por el momento.

Le entregó una flor que se deshizo en sus manos como el humo.

Pedro se entristeció y se echó a llorar ante aquel juego de magia.

Los párpados dorados de Leilani se entornaron y le miraron con misericordia.

–Nada se pierde Pedro, no se hizo tanto esfuerzo para nada.

Desplegó sus manos como si fueran pinceles y le mostró un universo plagado de estrellas y galaxias que convertían en noche el cielo verde, ocultando a Vega tras el mar en un paisaje saturado de color.

Leilani se acercó a Pedro flotando en torno suyo. Le dio un beso en la mejilla. sabía que no era real pero juraría que los labios de Leilani no eran una imaginación.

–¿Lila, se encuentra bien? –Preguntó mirándola con curiosidad

Lila se sobresaltó y echó rápidamente mano a su bolso que se desinfló y ocultó las bolsas que había usado como almohada inmediatamente.

¿Por que estaba allí Fran, el policía del aeropuerto?

Había tenido un sueño extrañísimo en el que era de noche y ella y Pedro aguardaban sentados en una especie de acantilado.

Una diminuta mujer ataviada de blanco que no parecía humana había creado un puente entre ambos precipicios se había acercado a ellos, había parecido levitar y les había hablado pero, no podía recordar ni una sola palabra de ese sueño.

–Ya solo quedamos usted y yo en este avión, me han ordenado que la acompañe a donde quiera que vaya No debería haberse ausentado de su casa, la policía ya se lo advirtió que debía estar localizable pero debe haber muy importantes motivos para que tenga que ausentarse así, sin avisar a nadie. No podemos impedir que huya pero al menos permítanos el placer de protegerla. Yo soy Fran Amed.

–Se presentó–.Nos conocimos en el aeropuerto cuando analizamos su piedra.

Fran Amed era alto y tenía un aspecto jovial, realmente era hasta atractivo si no hubiese jurado que ningún otro hombre le volvería a hacer daño.

No, no todos los hombres tienen porqué ser iguales... pensó esta vez.

Fran era un policía muy inteligente y eficaz pero también era un desastre en el aspecto personal.

Se diría que el iba contra la entropía del universo y realmente así era.

Vivía en una casita que sus padres habían comprado pero que nunca pudieron disfrutar. Era de origen marroquí por parte de su padre y tenía esa hermosura que tienen todas las mezclas de razas. Sin embargo, no le preocupaba su aspecto personal ni el estado de su casa.

Cada semana dejaba la casa hecha un desastre, la ropa sucia amontonada a la puerta de la casa, los platos sucios de toda la semana sin limpiar ni recoger. Su madre decía a carcajadas sobre él que era un "Adanón".

Pero por alguna extraña razón el universo dentro de la casa iba en razón inversa al universo real, esa extraña razón hacía que todos los lunes la ropa apareciese limpia y planchada, la casa organizada y limpia. Se diría que el universo que estaba fuera de la casa evolucionaba hacia el desorden, todos los científicos lo habían dicho, pero dentro de la casa era otro cantar, por alguna extraña razón dentro de la casa el universo evolucionaba hacia el orden. ¡Una locura!

Más bien se diría que la extraña razón era su madre.

En realidad sus padres tenían prohibido presentarse en casa a diario y mucho menos sin avisar, el sábado era cuando el caos de la casa se transformaba en orden.

La palabra correcta era injusticia ¿como no podía ver el amor de sus padres?

Pero Fran no era mala persona en absoluto, era y sabía ser encantador cuando le interesaba, tal vez lo que necesitaba era encontrar a una persona que lo tratase como a un igual, alguien que le prestase el punto de vista para ver por sus propios ojos que nuestras acciones tienen consecuencias y que a veces erramos por no pararnos a pensar que podemos herir a la otra persona.

Tal vez Lila podría ser esa persona. El no lo sabía porque, apenas se habían conocido, pero sentía un interés especial por conocerla que hacía tiempo no sentía y eso, le emocionaba y al mismo tiempo le asustaba.

XXIII
EN MORI AÑO 2088
A AÑOS LUZ DE LA TIERRA

La raza de Leilani había desarrollado una simbiosis con aquellos seres similares a los pingüinos terrestres. Juntos habían desarrollado aptitudes telepáticas y podían desarrollar una comunicación instantánea pero necesitaban avatares para hacerlo.

Los avatares se basaban en enlaces cuánticos en los que el tiempo y el espacio colapsaban en su interior poniendo en contacto ambos mundos.

Siempre se construían en réplicas y cada una de ellas era la copia perfecta de la otra. Cada átomo, cada partícula estaba entrelazada con las réplicas en su núcleo más profundo. Un músico diría que eran instrumentos armónicos vibrando en la misma melodía.

Los había tan potentes como para transportar una nave o tan frágiles como para observar un mundo o llevar muy lejos un pensamiento.

Leilani llevaba un avatar ligado al que ahora poseía Lila.

Le gustaban aquellas flores pintadas a mano sobre su superficie pero ella sabía que a muchos años luz de distancia otro ser de otra raza las había dibujado con un inmenso cariño.

Allí en los parques de la ciudad visualizó como una madre terrestre dibujó aquellas flores en aquella piedra que su hijo le había regalado.

–Mira mamá, que piedra más perfecta me encontré en la playa.

Leilani visualizó la playa de Xagon en la Tierra, un día nublado, gris y triste como tantos otros en Asturias en los años sesenta.

El día que volvió a su hogar, la luz le hizo retornar a la realidad. Era una luz de un rosa ambarino que se filtraba a través de la grieta y envolvía toda la ciudad subterránea como si de una atmósfera muy particular se tratase, como si el aire que se filtrase desde la superficie del planeta hacia su interior, adquiriese ese raro color.

Pululando por todos lados, arriba y abajo, de izquierda a derecha, y viceversa pequeños ingenios mecánicos con forma de abejas construidas en reluciente oro y alas frágiles y luminiscentes, se desplazaban aún a pesar de su errático vuelo sin entrechocar las unas con las otras, en un fragor frenético que iba, desde la superficie a lo más profundo de la sima.

Cada artefacto similar a una abeja tenía cabida para tres o cuatro pasajeros y su correspondiente carga.

Emitían un fuerte zumbido y trasladaban a los pasajeros a enormes plataformas escalonadas donde había mucho movimiento de obreros y mercancías.

En el centro de la ciudad un enorme artilugio con forma de una gigantesca gota de agua recibía a los recién llegados.

Era el centro neurálgico, una superficie de un material gelatinoso y azulado de la que se desprendían enormes y finas extensiones acristaladas con forma de escarcha que se extendían como tentáculos por todas partes.

Y hacia esa luminiscencia acuosa se dirigía ahora la nave con Leilani a bordo sentada junto a dos tripulantes.

Ambos se miraron y la miraron a ella. Ella hizo un sonido gutural para indicar que estaba bien.

Una vez había llegado al planeta que era su casa, había sentido como sus fuerzas empezaban poco a poco a renovarse.

Había disfrutado, casi llorado, al contemplar el verdor de su planeta, la profundidad del cañón y los manantiales, ríos y mares interiores que estaba viendo en su descenso.

Los tripulantes manejaron con maestría el artilugio para llevar a salvo su preciada carga.

Tenían la piel como Leilani del mismo color dorado, largos brazos y piernas y cuerpos pequeñitos enfundados en unos monos metalizados blancos.

Sus cabezas eran abombadas, dotadas de unas frentes amplias y generosas, ojos almendrados en cuyos iris bailaban minúsculos puntos de luz de todos los colores, bocas pequeñas y perfectas, ningún atisbo de orejas y narices solo se podían ver las aletas nasales quizás, debido al profundo resplandor que se desprendía de sus pieles.

Leilani aquel día estaba preocupada por Alika. Había perdido su conexión con ella el mismo día en que ella regresaba a Slahe.

XXIV
LA TIERRA AÑO 2088

Alika volvió al Barrio de la Luz, cogió uno de los ascensores transparentes como el metacrilato y distribuidos en distintas partes del barrio que daban acceso a la ciudad subterránea.

El aspecto del barrio estaba muy cuidado y guardaba un aspecto exterior muy similar al que tenía a principios de siglo, excepto por las marquesinas que daban acceso a la ciudad interior. No se podía decir lo mismo del Barrio Interior, muchos lo llamaban el Barrio de las Sombras porque era como una intrincada red de túneles peatonales que daban acceso a las distintas viviendas y comercios.

Su aspecto era lúgubre y descuidado más de un mercado medieval que de una ciudad de aquella época.

Cuando llegó al corredor que daba acceso a distintas tiendas, el ascensor se detuvo y una fuerza descomunal e invisible retorció sus paredes.

Alika se sintió atrapada y sin aire pero su cuerpo estaba comprimido entre los amasijos de plástico aunque milagrosamente intacto.

Sintió un descomunal aullido como el de un lobo antes de perder la conciencia de todo.

Las personas que deambulaban por las calles se acercaron corriendo al oír el ruido del ascensor en medio de la calle.

Minutos después un vehículo sanitario y un equipo de bomberos se personaron al lugar.

El sanitario comprobó su estado y comentó a sus compañeros.

–Las constantes vitales están bien, incluso su ritmo cardiaco es normal, no tiene ninguna lesión, el escáner corporal no muestra ningún fallo orgánico, sangre, oxígeno, proteínas, todo correcto. Sin embargo parece profundamente dormida y no responde a ningún estímulo.

Su compañero abrió con su dedo enguantado el párpado derecho de Alika.

El ojo se movía frenéticamente.

–Esta dormida y yo diría que en fase REM.

Aplicó un laser verde mientras conectaba un cable de fibra óptica a una especie de casco.

–Las ondas cerebrales son las de un coma profundo, apenas hay actividad cerebral, si no la enviamos a un lugar donde puedan tratarla se nos morirá aquí mismo, es extraño que las señales ópticas no hagan reaccionar al cortex. ¿No crees?

El médico asintió.

Minutos después un avión de urgencias llevaba a Alika a uno de los mayores y más especializados hospitales del país.

Un edificio enorme, de 40 plantas y paredes de cristal.

Estuvo muchas horas de una planta a otra entrando en distintos cuartos de aspecto similar a laboratorios, finalmente en una habitación de la planta 38 la dejaron conectada a distintas máquinas.

Unos días después un equipo de tres médicos y dos policías se reunieron en torno a Alika que estaba en el centro de una habitación con dos puertas y ninguna ventana.

–¿Como está?

–Se diría que está bien pero la actividad neuronal es casi nula. –Les informó el médico con expresión preocupada.

El otro policía se quedó mirando al facultativo que había hablado y le presentó una tarjeta.

–Necesitamos saber que le pasó, llevaba un libro que hace referencia a un desaparecido al que las autoridades buscan. Si hay algo que Neuropsiquiatría pueda hacer, nosotros asumiremos la responsabilidad, nuestra autorización como puede observar, es la máxima.

El médico receloso extrajo una PDA del bolsillo y la colocó sobre la identificación del policía.

–Discúlpeme he de verificar lo que dicen para dar de paso a este experimento. Mi compañero aquí presente les podrá informar mejor que yo si existiese alguna posibilidad. Pero ante todo prima la vida de nuestro paciente.

El otro médico asintió a un gesto de su compañero y presionó sobre una mano roja pintada en la pared, inmediatamente apareció sobre la pared una imagen tridimensional de un cerebro rotando.

Alika tenía un casco similar al que le aplicaron los sanitarios de urgencia pero este no tenía ningún tipo de conexiones.

–Es una paciente rara. Sus células... ¡Fíjese ahí! Parece como si debiera haber envejecido y sin embargo no es así. Hemos encontrado en su sangre un ADN que no es humano y que podría explicar ese parche que le han hecho para que no haya envejecido. Estamos investigando pero no se parece a nada que haya en la Tierra. En cuanto a su cerebro: Como puede ver solo hay actividad en el centro del habla el resto presenta una actividad mínima, la suficiente para mantener las constantes vitales. Nuestros escáner magnéticos tienen los últimos adelantos, podemos conectarnos a las neuronas y ver su actividad sin provocar nosotros mismos cambios, los anteriores aparatos alteraban la actividad neuronal y no podíamos saber si lo que observábamos lo leíamos o lo

provocábamos nosotros mismos. No es algo perfecto pero podemos acceder a lo que está oyendo o diciendo en sus sueños. También podemos ver algunas de sus visiones oníricas.

El policía miró con la cabeza gacha a Alika.

–¿Cree que le causaremos daño? –Preguntó como si no las tuviera todas consigo.

–No pero tal vez no encuentren lo que buscan. –Dijo el doctor–. Es difícil separar la paja del trigo. Discernir dentro de esas visiones los recuerdos, en otras palabras, lo que no es soñado. Ya saben que alterar la actividad neuronal está prohibido, pueden escuchar, ver parcialmente, de hecho con nuestras máquinas no pueden hacer otra cosa. Alterar lo que la paciente siente no lo pueden hacer con ninguna autorización por grande que sea ni hay en este hospital ninguna máquina que pueda hacerlo.

Los guardias se quedaron en la habitación mientras lo médicos salieron por la otra puerta en una comitiva silenciosa.

La habitación quedó en penumbra con la única luz de la proyección del cerebro de Alika marcado tenuemente en una enorme pantalla de plasma.

Horas después cuando empezaban a verse alcanzados por el cansancio la voz de Alika sonó distorsionada.

–No, no, no te lo diré. ¡Déjame!

–No me interesa esa niña ¿Leilani? ni ella ni sus estúpidos amigos. Lo que quiero saber es donde está ese viejo. ¡Habla o acabo contigo aquí mismo en la cama de este hospital!

–¿Que viejo? ¡Déjame en paz! ¡Suéltame! ¡Me haces daño!

–No juegues conmigo, nenita, sabes perfectamente quien digo, él estaba en ese libro tuyo.

–No conozco a Pedro, eso es solo un libro de ficción, creo que hay algunos como ese repartidos por el mundo ¿como puedes pensar que hay algo de verdad en esa novela?

–Para que darte explicaciones, dime lo que me interesa saber y te dejaré en paz. ¿Donde está Pedro? o mejor ¿Por que no me dices que es eso de lo que hablan en el libro? ¿Que es un avatar? ¿Sabes donde puedo encontrar uno?

–Si lo supiera no te lo diría aunque me siguieses torturando hasta la muerte.

–Eso lo veremos, tan solo tengo que observarte y esperar. Tengo la paciencia de mil mundos.

Los policías se movieron nerviosos por la habitación mientras Alika seguía postrada en la cama en un coma inducido.

Entre tanto Leilani daba las primeras órdenes. La razón de que Leilani, indicase a los tripulantes que no la condujesen primero hacia los jardines flotantes que eran su morada, no les pilló de improviso.

Leilani hacía ese ritual cada vez que volvía a la tierra de sus ancestros, una tierra poblada por multitud de seres en la superficie: los que surcaban los cielos, navegaban los mares o poblaban los bosques y a los que como ella, vivían en la grieta, un gigantesco cañón de apoteósico tamaño que surcaba el planeta de lado a lado como una cicatriz y alcanzaba casi el núcleo del planeta.

La estirpe de Leilani no precisaba vivir en el exterior de la grieta ya que tenían todo lo necesario para vivir allí.

Hacía tiempo que habían descubierto que la vida era más amigable en las oquedades del planeta donde existía una energía tan radiante como un Sol que iluminaba a todas las criaturas que allí habitaban. Allí construían sus máquinas, vivían, amaban, sufrían y morían en una perfecta paz y armonía con el resto de los seres.

En el interior de aquella grieta había exuberantes jardines que colgaban al vacío a unas alturas de vértigo, también había playas y ríos subterráneos como en la que estaba ahora junto a los dos tripulantes que habían descendido con ella de la luminosa nave dorada con forma de abeja.

Leilani pidió quedarse sola y los vio alejarse en un abrir y cerrar de ojos. Llevaba consigo un dispositivo que le permitiría volver a llamarlos cuando estuviese lista y hubiese llevado a cabo lo que había venido a hacer: Una especie de brazalete de luz azulada que le permitía también viajar a cualquier punto del planeta y sentirse protegida de cualquier alimaña que le saliese al paso.

Se hallaba en una pequeña cueva de cristales de cuarzo en la que se había formado una pequeña playa por las filtraciones del agua del mar en el interior del planeta.

El recinto era sagrado, una cueva oscura y fría que olía a salitre pero, que cuando ella accionó el brazalete se iluminó por unas antorchas de luz verdosa cuyo fuego parecía no extinguirse jamás.

Se hizo la luz y sintió que las pequeñas olas de aquel mar interno le lamían los pies.

¡Que sensación tan agradable! ¡Que mal se había sentido fuera de casa!

¡Pronto se volvería a recuperar! ¡Ya lo estaba haciendo!

Ella se dejó acariciar por la suavidad de aquel agua y cerró los ojos con satisfacción. Nadie sabía cuánto había echado de menos aquello, y al pensar en ello una lágrima se deslizó por sus mejillas.

Cuando abrió los ojos, la cueva, se había llenado de gigantescas esferas similares a pompas de jabón. Algunas diminutas, otras gigantescas, caían sobre ella con la suavidad de la nieve fina durante el invierno o flotaban y se mecían sobre las pequeñas olas.

Leilani contempló aquel espectáculo mágico y musitó suavemente como una plegaria.

–“Aquí moran mis espíritus”.

XXV
EL MUNDO ORIGEN DE LEILANI, SLAHE

Que diferente Mori de su tierra Slahe.

Leilani revivió cuando llegó a su mundo origen.

Había llegado en un avatar pero su estado de salud era deplorable.

Alika conocía el destino de Pedro y por que se fue de la Tierra con Pit, Leilani supo que necesitaba hablar con ella por eso un día volvió a aquella zona del desierto en su búsqueda guiada por las imágenes que Rel y Pop le mostraron del observador abandonado en el desierto. Cuando llegaron a la Tierra, se encontraron con que Pit y Pedro habían partido y ya no había ningún rastro fiable de búsqueda. Bueno, realmente el avatar les dio una esperanza, no estaba abandonado, era una hermosa pero vulgar piedra en el bolsillo de una niña nómada llamada Alika.

Por eso Leilani la necesitaba.

Envió a los observadores cuando estaba en Mori y desde la distancia les indicó cómo debían trasladar a Alika en el avatar y de allí a Slahely.

Ella, era la única esperanza que quedaba de encontrar a Pit y por eso, prácticamente la secuestraron cuando caminaba una noche por las dunas.

Durante cinco años de Slahe, Alika vivió allí aprendiendo cosas y ayudando a Leilani en su búsqueda de Pit y Pedro.

Leilani tuvo un presentimiento de que Alika debería regresar a la Tierra en el año 2088 por lo que la sometió a hibernación para que cuando llegase a su mundo pudiese mantener su edad y cualidades.

En esos cinco años slahely ambas planearon para sus amigos un proceso largo, un viaje de décadas para recorrer los 25 años luz de distancia que separan Slahey de la Tierra.

Tenía muchas razones para pensar que Pit y su compañero de viaje Pedro volverían sobre sus pasos al planeta Tierra. No era un presentimiento, de alguna forma ella estaba segura de que el viaje que Pedro y Pit no sería superlumínico.

El año en Slahe duraba casi dos veces la vida de una persona–bueno una persona extraterrestre para ser exactos. Una persona del planeta Slahe duraba unos 500 años terrestres aproximadamente.

Slahe significaba pues la Luz del Alma en el idioma de los Slahely.

El planeta tenía un núcleo activo, *la Tierra es un planeta también activo* y si pudiésemos profundizar en el interior de la Tierra veríamos que, la temperatura se incrementa desde los 100ºC a 100 km de profundidad incluso en las regiones más frías hasta los 3500ºC que llega a alcanzar el núcleo de la Tierra.

Nota del autor: Es curioso como son las cosas, pero cuando me relataron esta historia y oí la pronunciación del planeta por primera vez, no me sonaba a nada parecido que hubiese oído antes, muchas veces busco por Internet si ese nombre tiene algún significado para alguien en algún lugar del mundo, y encontré un apellido, varios lugares y me perdí por los 25000 documentos de la red que contienen la palabra Slahe.
Sentí vértigo al pensar que podía significar el nombre tan raro que me habían dicho, pero no por los innumerables significados en la Tierra sino por los posibles significados de la palabra en el Universo mismo.
Pero a los Slahely habitantes de un lejano planeta en órbita de la estrella Vega el nombre del planeta evocaba su misma naturaleza, el alma de su mundo.

Slahe también era un planeta activo y a causa de los materiales translúcidos de su corteza proyectaba al exterior hacia su atmósfera una potente luz verdosa blanca o azul que iluminaba el cielo produciendo unas espectaculares auroras boreales.

Pero los Slahely pagaban un precio por la belleza de su mundo. No conocieron mas estrellas que su sol hasta que pudieron unirse en la simbiótica raza de los Wanik Al Ore.

Los días en Shalahei eran similares a los terrestres en duración, eran claros mientras que las noches nunca eran oscuras, tenían un aspecto de atardecer azul verdoso que ocultaba al lejano sol en una bruma ocultándose antes de alcanzar el horizonte.

En el espacio Slahe era un inmenso jade verde claro dos veces más grande que la Tierra y con una densidad de la tercera parte terrestre con lo que la gravedad era inferior que la de la Tierra.

Cuando la niña Slahely antepasada de Leilani conoció a la raza de los Wanik y se asociaron las dos razas los Slahely y los Wanik en los Wanik Al Ore los Slahely desconocían el tamaño del Universo.

El mundo cultural de los Slahely se abrió de forma espectacular como un Big Bang. Ellos habían creído que no había nada más lejos que Vega su sol y que el Universo era en realidad un inmenso mar verde tan solo perturbado por los lejanos rayos de Vega.

Sin embargo Vega era un sol muy lejano y por eso los años de Slahe eran tan largos y sin estaciones, en realidad Vega no aportaba luz suficiente al mundo de los Slahely.

La gran aportación de luz calor y energía que tenían procedía del interior de Slahe, de su interior, de su alma como decían los Slahely por eso llamaban a su planeta La luz del alma.

Era un mundo muy rico en vida y cristales, había montañas que eran inmensos diamantes.

La corteza del planeta era semi translúcida sobre todo en las cercanía del agua, pero también era abundante la riqueza en variedad de minerales que aportaba un manto rico en nutrientes.

La mayor aportación de luz y calor procedía de los mares y era reflejada casi en su totalidad por la atmósfera más rica en oxígeno que la Tierra, también mas densa y generalmente más húmeda.

La temperatura de Slahe estable, incluso en las regiones polares aproximándose al ideal terrestre de 18ºC.

A los Slahely les gustaba construir sobre los inmensos acantilados del planeta enormes jardines flotantes por que eran los lugares más luminosos y apropiados para las plantas. Por eso sus casas si así se les podría llamar eran inmensos jardines interiores cubiertos y horadados en los mismos acantilados. La entrada a sus lugares de reposo estaban construidos con columnas similares a los capiteles griegos de jade y mármol blanco rematados en piedras preciosas de colores que ellos usaban a menudo para cambiar la iluminación proyectando sobre ellas la luz de láseres multicolores.

Tenían un lema que era “hazlo bonito, por que debes tu vida a tu mundo” y también decían “merece tu mundo”.

Respetaban el entorno y cuidaban que ningún ser vivo se viese desamparado.

Pensaban en la vida y ponían alrededor todo lo que la vida necesitaba para sobrevivir en armonía.

El significado de Slahe era la luz del alma, un nombre que como puede verse era muy apropiado para aquel mundo.

Para los humanos Slahe podría ser una estrella enana marrón si en la Tierra se hubiesen tenido instrumentos suficientemente potentes como para detectar Slahe, un minúsculo planeta extrasolar en una órbita tan alejada de su sol como para poder apreciar alguna perturbación en Vega que delatara su presencia.

Slahe era pues un jade perdido en el infinito negro.

La fauna y la flora del planeta presentaba algunos aspectos similares a la tierra y otros no tan similares pues había seres que en nada se parecían a los terrícolas.

Otros sin embargo tenían un aspecto casi idéntico como las rosas, las palomas o los caballos.

La razón de la similitud estaba en los nichos ecológicos. Este es un aspecto muy conocido por los científicos de la Tierra. Un ejemplo puede verse en la Tierra con dos animales de especies diametralmente opuestas como lo son los insectos y las aves.

En Europa hay un insecto diminuto que liba las flores y lo hace exactamente como un colibrí. Se diría que su forma se asemeja a un colibrí pero no tiene nada que ver con las aves.

Los nichos ecológicos del néctar de las flores hizo que dos especies diametralmente opuestas evolucionasen a formas y costumbres similares. Este es un ejemplo pero los hay muchos en todas las especies animales o vegetales de la Tierra.

La evolución es algo implícito a la vida, por eso en Slahe había algunos seres con un gran parecido a los terrestres, como los que Alika en su estancia con los Slahely llamaba corceles, las palomas y muchos otros.

Había también algunas especies parecidas en apariencia solamente como aquellos que Alika llamaba “gratos” por su semejanza a los gatos, y su jovialidad pero que estaban dotados de muchisima mas inteligencia y docilidad. Resultaba muy reconfortante conocer a estos seres.

XXVI
EL JARDÍN DE LAS ÁNIMAS

Cuando Mamá Poemanu bajaba las escaleras de jade que conducían a los aposentos de los jardines colgantes, la pequeña Leilani contenía la respiración y la admiraba con una pasión tal que podían transcurrir las horas, la eternidad entera si cabe sin que ella, acuclillada y embobada, se moviera un ápice por temor a fragmentar tanta belleza.

Los ojos de Mamá Poemanu eran dos ópalos llenos de puntos de luces multicolores y una cabellera lacia que se deshacía en finas hebras de oro sobre la túnica azul que solía vestir la estirpe real y que era de tal largura que acariciaba sus pequeños tobillos dorados.

Sus manos eran doradas, satinadas y tersas como toda ella. Leilani las había recordado siempre acariciando su cara con ternura mientras le decía que debía dirigir siempre sus pensamientos hacia la bondad ya que los pensamientos siempre eran mucho más veloces que la luz.

De hecho toda su civilización se fundamentaba en eso y por esa misma razón eran telépatas.

Cuando mamá Poemanu la abrazaba sentía que el tiempo se detenía. Ella le proporcionaba tal cariño, tal dulzura, que ninguna madre del Universo de ninguna especie o raza podría equipararse a ella.

Jamás la amonestaba, si no que contribuía a su cuidado, bienestar y formación ofreciéndole un cariño

inconmensurable que podría atravesar el Universo entero –en caso que fuese finito– como el más veloz rayo de luz.

Con ella, los días pasaban deprisa, cuando abandonaban la franja para salir al exterior y recorrían las enormes planicies verdes del gran desierto, al lado de las montañas Esmeralda.

Tres únicos y gigantescos continentes rodeaban el planeta, los tres surcados por océanos, mares y vastas extensiones de bosques, también había mares interiores que formaban enormes islas.

El desierto Azubela se encontraba en los confines de uno de ellos. Era una enorme planicie de arena verde, muy fina, fruto de la devastación del viento sobre las gigantescas montañas esmeralda, a las que no solo debía su nombre si no también la composición de sus rocas.

Azubela limitaba con el mar en una enorme playa de cristales esmeralda que proyectaba la luz interior de Slahe.

Desde que amanecía hasta que llegaba la noche y tocaba volver a los jardines colgantes de la franja, Leilani y Mamá Poemanu, cabalgaban juntas a lomos de un corcel blanco y contemplaban los cambios cromáticos del cielo refulgiendo en las piedras verdes de las montañas y alcanzando un mar de aguas turquesas.

Leilani recordaba especialmente aquel día en que Mamá Poemanu y ella habían viajado hasta la playa y ella, le había enseñado cómo utilizaban los veganos los ultrasonidos e infrasonidos para curar enfermedades.

Habían practicado con una gigantesca ballena herida muy parecida a aquellas que un dia habian poblado la Tierra antes de abandonar sus patas e internarse definitivamente en el mar. Esta, se hallaba varada sobre las largas y gigantescas patas traseras que aún conservaba y agonizaba a la espera de un milagro.

Cuando Mamá Poemanu la curó, la pequeña Leilani aplaudió entusiasmada al ver el agradecimiento que mostraba aquel gigantesco ser en sus diminutos ojos.

–“Otro día, aprenderás a curar tú”. –Le dijo Mamá Poemanu accionado su brazalete de luz y poniéndose en comunicación con algunos tripulantes para que remolcasen enorme cetáceo a su hogar líquido.

Leilani sonrió, casi lloró de alegría abrazada a su cintura arrobada por su voz.

Entonces empezó a llover, pero no era una lluvia como la que se solía ver en Slahe, si no algo algodonoso y dulce que impregnó su boca con un delicado sabor a miel ambrosía como a un barquillo con miel.

–Sabe muy rico. –Se llevó un puñado en la boca devoró aquel algodón con avidez.

–Es maná –le explicó tomándola de la mano.

Aquel milagro se producía muy a menudo al entrar la noche.

Las noches no eran oscuras, tan solo se quedaban sin la luz del lejano sol. Vega era desde la distancia a Slahe casi una estrella, pero la única que se observaba.

Ver en la lejanía el espacio estrellado a través de las primeras naves de los Slahely debió ser indescriptible. Hacía ya muchos miles de años que habían aprendido a construir las naves que habian hecho progresar su civilización y que los Wanik necesitaban.

Podían reproducir en sus jardines el Universo y proyectar las imágenes de los múltiples observadores que tenían en el espacio.

Al día siguiente sucedió lo de la muerte de la paloma.

No era usual que una paloma cayese dentro de la franja pero aquella que llevaba en sus manos, lo había hecho, tal vez desorientada por la bandada.

Era blanca y tenía una mancha de sangre profusa en sus inmaculadas alas.

Leilani la recogió de las escaleras donde había caído después de haberse golpeado desde unas altas rocas.

Acercó su pequeña carita a su pecho impregnando su dorado rostro con la sangre aún fresca del pajaro.

No respiraba y Leilani pensó que tal vez llevaría muerta poco tiempo, media hora a lo sumo. Sabía que solo disponía de dos horas para revertir el proceso de la muerte así que sintió tranquilidad al pensar que aun tenia tiempo.

Contempló aquellos ópalos donde navegaban miles de puntos de luces de colores que eran los de Mamá Poemanu y la miró suplicante.

–Esto es para ti, mamá Poemanu. –Se la tendió con un dulce susurro de niña pequeña.

Mamá Poemanu contempló a su hija y la paloma que le tendía como un regalo y sonrió.

Con dulzura, tomó entre sus manos la pequeña ave, cuyos negros ojos abiertos parecían perderse en el infinito y al hacerlo, su túnica azul quedó impregnada también por un fino reguero de sangre.

–Debió desorientarse. –Le explicó la niña a modo disculpa–. Está muerta: ¿verdad?

–No es nada, se pondrá bien. –Respondió ella–.Devolviéndosela de nuevo –¿Recuerdas aquel día en la playa, cerca del desierto Azuleba?

La niña asintió, recordaba la escena. Aquella enorme ballena varada en la playa. Mamá Poemanu la había acariciado y había movido sus labios emitiendo un silbido que a los humanos resultaría imperceptible y que sin embargo fue captado enseguida por ella.

Era un infrasonido.

Mamá Poemanu le había enseñado como se hacía pero ella, nunca lo había puesto en práctica hasta el momento.

Aún rememoraba en sus sueños como la ballena había recobrado poco a poco la respiración y como le devolvía una mirada llena de agradecimiento.

Después, mamá Poemanu había accionado su brazalete de luz azul y enviado un localizador en busca de los tripulantes y ambas madre e hija, habían visto como a bordo de una enorme nave de berilio, estos izaban en el aire el cuerpo del cetáceo y lo depositaban muy lejos en la profundidad del mar completamente restablecido.

Momentos después Mamá Poemanu le había explicado a Leilani, que aquellas pequeñas pero poderosas naves, sobrevolaban Slahe transportando el preciado maná, para que todas las criaturas grandes y pequeñas del planeta pudieran alimentarse independientemente del sustento que podrían conseguir por ellas mismas.

Leilani estaba feliz. Claro que recordaba aquella escena de la ballena.

–¡Tómala! –Le dijo–. Es cierto que está muerta pero tú puedes curarla poniendo en práctica lo que te enseñé hoy.

Obedeciendo sus órdenes Leilani tomó el delicado cuerpecillo entre sus manos y le dijo algo como susurrando en los pequeños orificios auditivos que poseía camuflados en sus plumas.

Segundos después, una hermosa paloma blanca ascendía aleteando en dirección a la salida de la franja. Era hermoso verla entrechocar sus alas blancas en busca de la luz del Sol.

Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras saltaba de emoción.

Y allí estaba en aquella cueva muchos años más tarde, mucho más vieja.

Recordando como Mamá Poemanu le había enseñado a curar también con los cristales y le había otorgado el prisma, un objeto cristalino y reluciente que refractaba todos los colores del arcoíris.

Hace mucho tiempo cuando Slahe fue invadido por una raza extremadamente belicosa –los Amralae– los Slahely tuvieron que aprender a defenderse y por aquel entonces, utilizaron el prisma.

El prisma tenía la propiedad de aplacar al enemigo, mermar su agresividad de tal manera que éste, acababa desarmado y en situación de ser apresado.

Hacía mucho tiempo que los Amrale habían regresado a la cloaca que era su planeta y habían dejado en paz a los Slahely.

Ahora, estos utilizaban el prisma para curar y aplacar la tristeza y agresividad de los propios seres que poblaban su planeta y ella, se lo había otorgado a Rel, aquel día en Mori, esperando que éste le fuese útil, en caso de encontrarse en una situación comprometida.

Leilani acarició una hermosa y gigantesca burbuja transparente con su dedo índice que no se fragmentó a pesar de su delicadeza y pudo ver en ella sus recuerdos, porque aquel hermoso lugar era un banco de recuerdos, el lugar donde moraban sus espíritus, el espíritu de la fallecida Poemanu, que se fue cuando ya no había forma de salvarla, cuando había llegado su edad biológica y ya no había servido de nada la regeneración celular con el prisma y los cristales, ni con el tratamiento con los sonidos.

Mamá Poemanu se había ido pero Leilani aún la sentía viva en todos los recovecos de aquella oscura y fría gruta y podía activar todos los recuerdos de ella acariciando aquellas miles de esferas transparentes que la rodeaban como una suave lluvia en aquella gruta y aquel pequeño mar interior. Era como revivirla, como si todo el aire que envolvía aquella gruta llevase impreso el perfume del amor.

Allí no solo estaban almacenados los recuerdos, también habían logrado algo más, habían comprendido que las hormonas y la química podían fijar actitudes y sentimientos, lograban producir algo que de alguna forma sintonizaba con el ser que había sido el propietario de aquellos recuerdos y sentimientos. Ellos sabían que no era lo mismo, que la persona evocada estaba en algún lugar del espacio-tiempo, lejos de allí, pero en el lugar donde se guardan las almas había mucho en común de lo seres ausentes, hablaban a los recuerdos y a los sentimientos de las personas muertas y éstas les respondían.

A simple vista parecía un campo terrestre, pero era uno de los muchos que poblaban la superficie de Slahe, un mar de flores amarillas y diminutos pétalos blancos, un infinito mar de flores de camomila. El aroma de las flores entraba en sus fosas nasales embriagándola de tal manera que Leilani hubiera deseado quedarse para siempre en aquel JARDÍN DE LAS ALMAS, por que eso era aquello, una ilusión, una rememoración de un campo que existía pero que formaba parte del banco de los recuerdos de su vida.

En aquella esfera transparente Leilani se veía a sí misma tumbada en aquel campo de diminutas y sencillas flores bajo un cielo azul y claro sol sesgado por pequeños jirones de nubes.

–Estoy muy triste y preocupada. Alika corre peligro y no puedo ayudarla.–Leilani contempló con los ojos llenos de lágrimas la imagen de mamá Poemanu con su túnica de un azul eléctrico y sus largos cabellos dorados tumbada junto a ella en el mar de camomila acariciando con ternura el diminuto rostro de su hija.

Mamá Poemanu parecía triste, Leilani nunca la había recordado tan triste como aquella mañana. De pronto, el cielo se vio surcado por miles de insectos palos y mariposas gigantescas que caían como una lluvia en aquel campo de camomila adhiriéndose a las vestiduras de ambas mujeres.

Leilani observó maravillada las gigantescas y coloridas alas de aquellos insectos sin atreverse a hacer ningún movimiento que acabase con aquella magia.

Mamá Poemanu la miró con una ternura infinita reflejada en aquellos ojos que parecían dos ópalos y que cuando les reflejaba la luz dejaban entrever diminutos puntos de colores que se movían en todas direcciones y que ocupaban todo su iris.

–Está rodeada de un odio profundo, ella es como un castillo de luz, resistirá el asalto –dijo para calmarla.

–Pero: ¿Por qué? ¿Por qué tanto odio? Tal vez exista una razón.

–No hay razones para quitar una vida y quien la acosa ya lo ha hecho, tal vez si pudiese sentir el mal que causa pueda comprender que ese no es el camino. –Mamá Poemanu confiaba en que estas palabras aliviarían dolor de Leilani.

–Me gustaría hacer algo más pero no puedo usar su avatar aunque he localizado a Pedro, pero está ya muy mayor y no se si debo confiar en su cuidadora.

Leilani envolvió los largos cabellos de Poemanu como una bufanda y recostó su cabeza entre sus brazos. Sabía que lo que veía y sentía no era real, era una reconstrucción en parte de sus recuerdos con una cierta inteligencia capaz de contestar a sus preguntas y resolver sus dudas pero le reconfortaba igualmente.

No pudo reprimir por más tiempo sus sentimientos y lloró desconsoladamente.

–¿Por que tanto odio? ¿Por que induce a algunos seres a matarse? ¿Por que el constructor de la vida no pone remedio a nuestras maldades?

–Por que nos hizo libres–Exclamó mamá Poemanu–ni tan siquiera espera que seamos agradecidos. No comprendemos el ahora, las razones pero hay un futuro, un destino en el que no estamos tan desamparados.

Leilani se rió de una forma amarga

–Si pero hay seres que no son libres por que otros son odiosos y egoístas. ¿Por que no evitarlo de alguna forma?

Se volvió hacia mamá Poemanu y busco sus brazos como refugio de su llanto.

El Sol se reflejó en los cabellos dorados de mamá Poemanu como si quisiese incendiarlo.

–Bonita no podemos ser igual de malvados, pero podemos devolver bien en su lugar.

Mamá Poemanu y ella se levantaron y cogidas de la mano caminaron por aquel infinito mar de flores amarillas.

XXVII
NADIE LLORARÁ TUS LÁGRIMAS

A años luz de distancia, un bolso de mujer y una piedra…

Pedro estaba dentro de aquel mundo interior de roca que se había vuelto completamente blanco y vacío.

Se arrodilló y puso su cabeza entre sus piernas.

Una oscuridad terrible reinó sobre su mundo a la vez que una lágrima se derramaba por su arrugado rostro brillando como una gema, como una estrella en un universo moribundo.

Tan solo un sentimiento de derrota infinita.

Y Pedro murmuró sus pensamientos para poder soportar tanto dolor.

–¿Por que? ¿Que sentido tiene mi vida? Abandonado como una historia en un libro que nadie lee, una lagrima derramada por amor que nunca será observada. Olvidado por todos al final del camino, un juguete roto en un mundo sin niños.

¿Que será de todos cuando el último sol se extinga, cuando ya no quede ningún ser siquiera para poder recordarlo?

Quién se acordará de mis sueños y mis anhelos? ¿Quien consolará mis quejas cuando ya ni tan siquiera pueda quejarme?

Si el destino es la soledad y el abandono, ¿que nos queda?

Y Pedro acalló sus palabras procurando no pensar en nada, no pensar que en su universo tan solo era una lágrima flotando sobre un negro infinito, la única luz, lo único existente, el brillo al incidir los rayos del Sol sobre una diminuta piedra, como la Tierra primigenia en la lejanía del espacio.

Y Pedro comprendió que sus lágrimas no caían al vacío ni en olvido por que no estaba solo, nunca perdería aquello que amaba porque su destino estaba en el reencuentro del amor.

La esperanza de que todo el sufrimiento no es en vano, no hay sueños imposibles.

La Tierra se veía lejana y azul en su universo recreado.

Era hermoso contemplarla.

Parecía que estuviese sobre un suelo transparente observándola en la distancia.

Y escuchó la voz de Leilani que decía:

–Pedro no te rindas ¡lucha!, ¿no ves el sentido de la vida? Crees que deja atrás a aquellos que te han querido pero no es así, te esperan al final del camino, nunca han dejado de estar contigo ¿no lo ves?

¿Para que un Universo tan grande si el destino es la noche? No Pedro, tu vida y tu esfuerzo es importante, hasta el destino de la insignificante piedra en que éstas contenido es importante.

¿No te das cuenta de lo valioso que es un ser que piensa, que se esfuerza, que sufre, que ama... ?

Te aseguro que cuando la última estrella se extinga, como tu lágrima en este infinito vacío, quedará el amor, por que la luz, incluso esta infinita oscuridad, todo cuanto viste o creíste, incluso también tus sueños o tus fracasos han sido creados con amor.

La Tierra se mostró en toda su hermosura ante él en un fondo de infinitas galaxias y estrellas.

–Ten esperanza amigo mío –sonaron sus palabras como un eco lejano.

Leilani se mostró ante él con un vestido blanco lleno de jirones que ondulaban bajo una brisa fría. Sus diminutos pies flotaban al ras de aquel suelo transparente.

Le decía sin mover los labios que no desesperase que nada se pierde ni se olvida, que ningún esfuerzo es inútil y ninguna lágrima es desconsolada.

Lejos, muy lejos de ellos en un Hospital una joven se veía cara a cara con la muerte…

XXVIII

HOSPITAL CENTRAL RAMÓN Y CAJAL, MADRID

El viejo pero eficiente hospital había sido ampliado a mediados de siglo en una obra faraónica que duró 10 años.

La ampliación no había sido precisamente eso (una ampliación) si no que era un edificio de cristal surcado con unos balcones interiores llenos de plantas exuberantes. Los cristales eran totalmente transparentes de noche pero al llegar la luz refractaban gran parte de ella manteniendo el interior agradable y húmedo.

La luz del sol se reflejaba sobre la ciudad incluso en el atardecer cuando el sol ya no estaba sobre el horizonte desde el suelo, proyectando una luz anaranjada que barría toda la ciudad al atardecer.

Alika yacía profundamente dormida y los dos policías comentaban sobre el tiempo que iba a hacer el próximo fin de semana.

Apartado no muy lejos siete ascensores indicaban monótonamente la posición en las distintas plantas.

De pronto, en la planta 17 prácticamente vacía, el ascensor se abrió pero nadie salió.

En el móvil del policía más joven hubo una alarma visual y una ligera vibración que hizo se dirigiese inmediatamente hacia allí.

Cuando llegó respiraba un ambiente gélido que hacía que en la tenue luz de la estancia pudiese ver el vaho de su respiración. Miró pero no pudo hallar nada allí.

El policía hizo uso de su móvil.

–!Seguridad! Tenemos prohibido el acceso a la planta 17 ¿pueden explicarme que hace aquí este ascensor?

–Disculpe agente. –Dijo una voz al otro lado–, no hay ningún ascensor activo en la planta 17.

El ascensor se cerró y se puso inmediatamente en movimiento.

El policía no podía dar crédito a su sorpresa.

–¿Cual es la situación del ascensor del sector Noreste G?

–Está en la planta 2 detenido señor.

–Eso es imposible, se acaba de poner en movimiento delante de mis ojos, son rápidos pero no tanto.

–Está averiado casi todos los días, vendrán mañana a arreglarlo, señor.

–¿Puede pasarme el acceso a las cámaras por favor?

–Desde luego, señor, use el certificado de su DNI para acceder.

La imagen del encargado de seguridad se desvaneció sobre una esquina de su móvil.

En su lugar una pantalla en rojo parpadeante decía:

–Sólo autorizados, pulse el botón para conectar con su DNI.

El agente realizó su solicitud y una conexión se estableció entre su teléfono y el DNI.

La pantalla se torno verde exhibiendo una imagen de su situación en el edificio y un micrófono.

–Quiero ver las imágenes de este ascensor –señalizó con el móvil, de éste en concreto.

Dicho y hecho pero, las imágenes no mostraban nada excepto el ascensor vacío.

–Quiero ver cualquier diferencia de imagen de los últimos dos días. –Específico.

Lo sopesó un poco pero rectificó:

–Excluya el día de ayer desde la notificación de la avería.

Dos imágenes idénticas se reflejaron en su móvil.

–Son idénticas –dijo confundido–. Veamos cual es la diferencia ¡Mostrar!

Se amplió una zona que tan solo debería tener unos 3 milímetros cuadrados de superficie.

–Amplia la zona –ordenó–. Ver antes y después.

Una mosca borrosa apareció en la pantalla.

El agente frunció el ceño.

–¡Que extraño! No debería haber una mosca ahí y mucho menos estar tan quieta durante tanto tiempo y desaparecer sin más.

Retornó a la habitación donde estaba Alika y se tranquilizó al ver que dormía plácidamente mientras en la pantalla de plasma una imagen gigante del cerebro de Alika mostraba la actividad eléctrica de la neuronas en distintos colores que se movían frenéticas de un lado al otro.

–Levantar acta. –Le dijo al teléfono y una colección de ventanas se ocultaron en la esquina superior izquierda de su teléfono pasando a una pantalla negra. Guardó el teléfono en su chaqueta.

Entonces algo le preocupó sobremanera.

Se empezó a preguntar por su compañero mientras daba la vuelta a la cama donde estaba Alika en el centro de la habitación.

La habitación estaba en penumbra, tan solo iluminada por la brillante imagen tridimensional proyectada sobre la pantalla.

De pronto tropezó con algo y se precipitó al suelo.

Al mirar atrás y ver la causa de su caída se encontró con que su compañero yacía tendido de costado bajo la cama de la chica.

Se arrastró hacia él y le tomó el pulso en el cuello. Estaba muerto.

Asustado sacó con una mano su arma reglamentaria y con la otra el móvil para disparar todas las alarmas.

–Ordenador muéstrame los últimos viajes del ascensor antes de la avería.

Aparecieron algunas personas mas, todo gente aparentemente normal excepto aquel hombre, que vestía de un modo impecable, gabardina gris, traje de sastre color marengo, una vistosa corbata naranja y un elegante sombrero de ala ancha que cubría parcialmente su rostro.

Para. ¡Detente ahí! Central conexión, copiar imagen, identificar.

Señaló con el dedo al hombre.

–Lo siento agente –dijo una voz femenina– ese hombre no está registrado en ninguna base de datos. Lamentamos no poder ayudarle.

–¿Consulta global, posible terrorista, muy peligroso? –Albergó una última esperanza.

–Lo siento agente ese hombre no está registrado en ninguna base de datos global. No existe.

El hospital no tardó en convertirse en un hervidero de policías que buscaban con desesperación huellas en todos los rincones.

Alguien se había colado en “el experimento” y había un hombre muerto.

Toda la operación estaba en peligro por un hombre que no existía en ninguna base de datos de la Tierra.

XXIX
LOS RECUERDOS DE ALIKA

Mamá Poemanu miró tristísimamente a Leilani.

–¿Por que no buscas en sus recuerdos como lo haces ahora con los míos? Yo no estoy aquí para ayudarte como hubiera deseado por que todos tenemos nuestro tiempo pero nuestros recuerdos y sentimientos mueven nuestras velas en la vida aunque solo seamos recuerdos, cada momento en el tiempo, es una realidad, hay mucho de Alka aquí, ¿Por que no le hablas? ¿Por que no buscas en los recuerdos de Alika en vez de los tuyos?

–Ella no es como nosotros mamá Poemanu, pero puede que eso que me digas funcione.

Leilani abrió sus brazos en cruz y extendió las palmas hacia arriba. Unas pequeñas esferas transparentes como pompas de jabón se posaron en cada mano con suavidad. Mientras tanto la imagen de mamá Poemanu se acercó a Leilani. Sus manos se fundieron y una neblina las rodeó a ambas haciendo que sus cuerpos se volviesen tan blancos que parecían etéreos, cuando se disipó Leilani, mamá Poemanu y Alika estaban en un estanque lleno de hermosas flores multicolores, sentadas en círculo en posición de loto sobre lo que parecía un enorme nenúfar de superficie violácea y verde.

–Alika necesitamos estar en sintonía con tu ser para comunicarnos con tu verdadero yo. Aquí tenemos tus

recuerdos y sentimientos, sentir como tu y que nos lo permitas es todo lo que necesitamos, tú lo llamas telepatía: ¿Recuerdas?

Leilani rememoró los recuerdos de Alika con su instructor.

–Alika no hables, libera tu mente, somos dos seres sintiendo lo mismo, conectados a la misma realidad.

Alika por un momento pensó que era su instructor bebiendo aquella deliciosa agua fresca, pero era su instructor viéndola beber aquella agua.

–El sentimiento es el mismo ¿no somos acaso el mismo ser viviendo dos realidades conectadas?

A Alika le maravillaba aquella conexión.

–¿Funcionará también con los de mi especie? –Le preguntó.

–Incluso las piedras pueden transmitir sentimientos, solo tienes que escuchar, como el ruido del mar en las caracolas.

Las caracolas de Slahe no eran muy diferentes a las de la tierra en la forma pero de un arcoiris de colores, mucho mas hermosas sin duda.

–Me tomarían por loca si me pusiese a escuchar las piedras. –Rió amargamente.

–Nosotros nunca lo haríamos, piensa que en las piedras está escrita toda la historia de un mundo, sabios son los que quieran oír cuanto dicen.

Alika adoraba a los slahely, su rostro inspiraba paz. Le contaron sus costumbres y le hablaron de su sociedad pero se sintió mucho más impresionada por su mundo, le gustaba cabalgar por aquellos desiertos de arenas luminosas e internarse en los frondosos y frescos bosques en penumbra. Saberse protegida de los depredadores. Todos los seres con una inteligencia aunque fuese pequeña gozaban de protección para no convertirse en presa con aquellos brazaletes y anillos de luz.

Leilani y ella daban largos paseos al atardecer, partían de aquella enorme playa para internarse en el desierto, luego subían a las montañas hasta aquella brillante, enorme y escarpada, refulgente como un diamante azul. Luego atravesaban un exuberante y luminoso bosque de flores blancas que recordaba a aquellas fotos de los cerezos en flor del valle del Jerte en la Tierra.

La luz del atardecer apenas palidecía pero Vega desaparecía sobre el horizonte y todos los seres del planeta se recogían para pasar la noche, una noche que casi parecía dia, una noche en la que ninguna estrella aparecía en el cielo de Slahe.

Era un lugar hermoso e indescriptible, Alika le hubiese gustado haber encontrado a Abdel, aquel nómada del desierto con el que había "casi" viajado a las estrellas si no fuese porque al final los extraterrestres decidieron que solo Pedro les acompañaría. Entonces, no tenía la suficiente edad para confesarle su amor, pero era una niña pero ahora era una mujer y había realizado tiempo después aquel viaje que había quedado a medias. De todos los seres humanos que había conocido hasta entonces era el único que llenaría su vida, vivir con el en Slahe y tener allí su familia era su paraíso soñado. Daría lo que fuese por volverse a encontrarlo otra vez y llevarlo con ella. Mostrarle, todas las maravillas de aquel mundo.

Leilani se sorprendió con los pensamientos de Alika. Y dijo con una voz suave y cadenciosa.

–Si pudieras escuchar las piedras Abdel podrías escuchar lo que siente esta pobre nómada por tí mi amigo del alma.

Postrada en el hospital Alika se sumió más profundamente en su sueño.

Una neblina verde cegó de pronto al intruso en un dolor intenso rompiéndose su conexión con Alika.

Muy lejos de allí en las profundidades de espacio Leilani supo que su amiga estaba en peligro, pero no podía precisar que estaba ocurriendo.

La cueva se iluminó de pequeñas gotitas de brillante lluvia que se deslizaba desde el techo al fondo de la cueva como un millar de estrellas.

Un arcoiris empezó a modelar una imagen de Alika cuando juntas Leilani y Alika se estaban contemplando como si cada una quisiese grabar su amistad en el corazón.

Eran unos recuerdos muy vividos, de una realidad casi hiriente.

–¿Estas muy enferma?

–Si, me muero. Mi cuerpo no podrá recuperarse si sigo aquí, he de regresar a mi mundo, solo así podré ayudarte a encontrar a tu amigo y salvar tu mundo. Tal vez mi vida dure lo suficiente si regreso.

Leilani estaba pensativa y su rostro hermoso reflejaba la profunda tristeza de su corazón.

Una lágrima sanguinolenta dejó un marcado surco sobre su blanquecino rostro lleno de sufrimiento.

–Pedro y Pit han de estar vivos, pudieron llegar a su destino pero nosotros ya no estábamos en ese mundo. Lo mas probable es que regresasen a la Tierra. Necesitaba hablar contigo Alika.

Leilani cogió la mano de Alika y con suavidad tiró de ella hacia sí.

–Ven. No te preocupes por el ladrón de sueños. Has manipulado muy bien esta zona del sueño tal y como te enseñamos cuando estuviste en Slahe y él no puede verla.

Las dos caminaron juntas por el sendero entre los campos de pequeños tréboles.

La cúpula esférica apenas perceptible del color del cielo empezó a cambiar de color hasta adquirir un color blanco.

Suspendida a escasa altura, surgió una escalera por la que las dos sin soltarse de las manos subieron y se internaron en el interior.

Era enorme y Alika estaba sorprendida de que semejante estructura pudiese levitar.

Leilani le mostró la Tierra, las dos eran como águilas volando sobre el desierto de Wadi Rum.

La sensación era absolutamente real.

Las dos estaban contemplando como unos beduinos ofrecían a unos turistas un té de hierbas, escena en la que ella tantas veces había participado.

–¿Lo ves? Así, a través de esta imagen y este recuerdo pudimos encontrarte.

XXX

LA TIERRA, HOSPITAL RAMÓN Y CAJAL

–¿Donde guardas el objeto que llamas avatar?

Ella se armó de una voluntad férrea:

–No tienes sentimientos, eres un ser despiadado, no te servirá de nada, mejor lo olvidas.

–Solo pretendo impedir los planes de esos que llamas tus amigos, no entiendo como algunos de tu raza pueden pensar que los Wanik al Ore son seres adorables. Son la bazofia del universo.

–Si tuvieses un poco de sensibilidad lo comprenderías, hasta las piedras tienen sentimientos, tan solo has de aprender a escuchar.

–Eso son tonterías sin lógica, solo los seres inteligentes sienten y lo que yo siento es un profundo odio a aquellos que me han arrebatado mi mundo, a los Wanik al Ore por proteger vuestra vida y sacrificarnos a nosotros para que prosperara. A vosotros por ser el fruto de un experimento para el que hubo que sacrificar mi planeta... Barnard.

–No tengo nada que pueda interesarte, estoy sola en este mundo. ¿Por que no me dejas en paz? Mis sueños no te sirven, quizá nunca alcances mis sueños más profundos. Ya no estoy en contacto con los seres a los que odias. Quizá estés perdiendo el tiempo buscando donde nada hay. Ya no

tengo el avatar, la piedra vuelve a la piedra, ese es su destino ya lo sabes y yo no te engaño. ¿Por que los odias tanto?

–Manipularon una estrella y no se preocuparon de las consecuencias, así pues soy el único superviviente de mi especie y por su causa han muerto todos en mi mundo natal. En cambio tu planeta... mira cómo ha evolucionado. Ciertamente, me dais asco los humanos.

–No creo que ellos hayan tenido nada que ver, conozco como son y lo que sienten no harían ningún mal, lo se. Han evitado que el Sol se convierta en una estrella nova, no creo que eso halla destruido tu mundo, han hecho mucho bien. Puede que todo haya sido algo accidental, algo no premeditado. Hace años me enseñaron lo que iba a pasar y como lo evitarían. Quizás la muerte de vuestro planeta Barnard fue un mal menor.

–Te están mintiendo humana. Yo procedo de un pequeño planeta de la estrella que llamáis Barnard, es una estrella capturada por vuestra galaxia que tenía un movimiento peculiar. Ahora no soy mas que lo que fuí anteriormente un explorador errante. Mi organismo no está basado en el carbono como los de vuestras especies si no en el silicio. Somos mentes cooperativas, nos parecemos mas a vuestros ordenadores que a vosotros.

Alika estaba profundamente dormida pero vio a través de los ojos de su oponente el hogar donde había sido creado: Un paraje volcánico al fondo del cual se divisaban cumbres romas de color anaranjado y herrumbroso.

El cielo era azul índigo. El ser que le hablaba tenía un aspecto humano pero no podía precisar su aspecto, estaba ingrávido a dos metros sobre el suelo y su forma era una silueta, como si tras él estuviese el sol del amanecer, pero no veía el sol, y el cielo tenía un aspecto intenso pero oscuro que hacía resaltar aún más su contorno.

–Mi misión era encontrar vida, nos regeneramos y vivimos durante mucho tiempo pero no éramos muchos. Quiero que

comprendas que tengo mis razones para despreciar a tus amigos. Cuando regresé a mi mundo origen solo encontré desolación y destrucción, durante mucho tiempo no pude ni acercarme, vi como un Sol próximo a mi mundo origen se convirtió en nova y lo arrasó todo.

El extraño ser llevaba un enorme sombrero de copa y un traje de frac, parecía como si quisiese dar a Alika un aspecto de solemnidad. Pero el contraluz le evitaba descubrir cualquier aspecto físico, parecía más bien un hombre alto y delgado pero ningún otro detalle más.

–Cuando pude acercarme y observar mejor algo llamó mi atención: una mancha apenas perceptible en el sol. Ya era una estrella enana azul, la estrella compañera de la gigante roja del sistema binario que llamáis los terrestres Sirio.

Al principio pensé que era un fallo de los instrumentos pero quise acercarme más y encontré la tecnología de esa odiosa raza de los Slahe en cooperación con los Wanik al Ore. Eran como una ciudad monstruosa, una esfera negra sobre la superficie del sol navegando y absorbiendo energía, tan resistente como para evitar la enorme gravedad del entorno y la presión. Serían capaces incluso de concentrar la energía de un agujero negro con eso.

Estoy seguro que eso fue lo que hizo estallar la estrella y convertirla en nova y la muerte de mi planeta.

Los datos de mi especie coinciden en que el sol estaba en la mitad de su existencia, algo como el sol en estos momentos, es como si hubiesen acelerado su ciclo en 4.500 millones de años y lo hubiesen hecho envejecer.

La explosión ha ocurrido hace mucho tiempo para ti, en la época que llamáis precámbrico, fue la mayor causa de extinción en masa en muchos mundos incluido el mío y la Tierra. Fue el fin de todo y el comienzo de un odio sin fin…

–No creo que ellos sean responsables, tal vez intentaron evitarlo y eso son las construcciones que has visto. Tal vez tu planeta se destruyó porque así estaba previsto, porque su

trayectoria era peculiar y estaba muy cercana a la Tierra en ese momento; precisamente eso provocó su destrucción sin la intervención de nada ni nadie...

El ser no estaba convencido en las palabras de Alika pero por un momento dudó.

–¿Por que matas y secuestras a algunos de los de nuestra especie? Dime: ¿Porqué lo haces? –Le increpó.

La estructura metamórfica del ser se transformó. Ahora, su traje cayó al suelo y quedó postrado ante el montón de ropa, alto, como una montaña.

Era un ser gigantesco desnudo como un Pensatore di Rodin, un coloso de piedra gris en apariencia, como los que nombraban las leyendas y Alika sintió pavor.

–Este es mi verdadero aspecto –le dijo orgulloso de su superioridad ante ella–. Podemos transformarnos en cualquier cosa que deseemos, hombre, animal, planta o maquina de cualquier lugar que imagines. Tenemos la condición de mutar como esos reptiles de vuestro planeta que llamáis camaleones.

Alika observó su cuerpo gigantesco lleno de arterias y venas color gris.

El ser le dijo que hubo un tiempo en que había algunos colosos más como él viviendo en Barnard pero los Slahey y los Wanik al Ore habían acabado con todos ellos y él era el único superviviente de su especie poeque en ese momento no estaba en Barnard.

Alika no le creía, había pasado algunos años con los slahely no comprendía que esa adorable especie pudiese acabar con seres inteligentes a sabiendas del daño que causarían.

El policía contempló la figura inerte de la chica tendida en la cama del hospital con aquel extraño casco que registraba todas las funciones de su cerebro.

Hacía una hora escasa se habían personado en la habitación varios agentes de policía vestidos de paisano, un juez, un

secretario y un médico forense para certificar la muerte de su compañero.

Se lo habían llevado metido en una bolsa para practicar la autopsia. Y habían puesto mucha mas vigilancia en el exterior.

Ahora, volvía a estar nuevamente solo, en compañía de aquella extraña chica y tenía miedo a convertirse en la próxima víctima.

Alika intentó ganar tiempo ante su enemigo y bloqueó sus recuerdos poniendo su mente en blanco para después viajar a un recuerdo de su niñez.

–Abdel, por que nadie quiere al dogo, ¿por que es feo? ¿Abdel tu me quieres a mí?

Abdel le decía: –Daría mi vida por ti. ¿Que es para ti ser feo, Alika? No comprendo lo que dices. Es impensable que creas que eres fea.

Tomó su diminuta cara entre las suyas y le apretó con cariño la nariz.

Apunto de quedarse dormido por el sopor el policía contempló que los párpados de ella se movían frenéticamente de arriba a abajo.

Supuso que la chica estaba en *la fase REM* del sueño (movimiento ocular rápido) y que estaba sufriendo lo que se llama comúnmente una *alucinación Hipnogógica* producida en esta fase onírica que se traduce en sensaciones visuales y auditivas muy intensas. Los médicos decían que en los últimos días el cerebro de la chica había estado elaborando sin cesar células telépatas.

Vio que tenía el cuerpo muy rígido y se inclinó un poco hacia delante del respaldo de su silla para ver que soñaba aunque lo único que pudo ver reproducido a escala gigantesca en el panel, fue un enorme insecto negro, un díptero con alas transparentes que parecía estar allí por un oscuro motivo, un insecto negro, una mosca tal vez...

Se inclinó con la expresión seria ante el monitor ya que no era un insecto que se hubiese depositado accidentalmente en la pantalla de plasma si no que parecía proceder de la misma mente de Alika. Era como si quisiese robar sus sueños, como si quisiese evitar que pudiesen ser vistos por alguien.

Volvió a sentarse y apoyo otra vez la espalda en la silla sobrecogido. No había mas novedad que contar. Mañana lo comentaría a sus superiores. Un insecto se había introducido en una escena del sueño. Aquello no era muy usual. Analizarían lo sucedido. Pensó en aquella mosca que salia en los vídeos que se habían grabado del ascensor y se preguntó si sería el mismo bicho.

Era como en los antiguos virus informáticos en los que los hackers llenan la pantalla con una firma personal, pero en esta el insecto tenía un tétrico aspecto.

Ajena a este detalle, Alika volvió al paisaje volcánico donde aguardaba el coloso.

–¿Por que crees que han matado a los tuyos? ¡Intento comprenderte! ¡No puedo ponerme de tu parte si no me das razones para creer en ello!

–Porque creen que ellos son los buenos, que ellos pueden erigirse en dioses para crear y salvaguardar mundos pero, en su intento, destruyen otros, aniquilan a otros sin piedad. En mi planeta, había unos seres encantadores muy parecidos a vuestros gatos pero con una enorme inteligencia que les había permitido crear naves que no solo eran máquinas si no entidades biológicas capaces de viajar por el universo, vivir y reproducirse como cualquier otro ser vivo y sobre todo, tener conciencia de sí mismos. Yo formé parte de esa tecnología y soy esa tecnología. En mi ser instauraron algo que vosotros llamáis amor hacia mis creadores pero también el rencor hacia quienes destruyen de un modo tan fútil la belleza. Ellos, destrozaron mi mundo, todo quedó devastado por su poderío. Yo en cambio, lo perdí todo. Me convertí en un ser solitario, un alma errante que un día sintió una

tremenda ternura hacia todos los seres y que ahora solo vive para vengarse de quienes hicieron esto.

–Como son tus creadores, ¿puedes mostrármelos de alguna forma?

El rostro pétreo y grisáceo del coloso pareció derramar una gigantesca lágrima que al caer al pétreo suelo se deshizo en mil pedazos.

Junto sus enormes manos en forma de cuenco como si fuese a beber en ellas y creó una imagen nítida de unos seres con rasgos felinos cuyo cuerpo estaba cubierto por una fina capa de pelo negro, tenían un aspecto de gato común pero se sostenían sobre dos robustas y largas patas unos pequeños brazos con manos brotaban de sus costados y desaparecían entre una alfombra de pelo negro y suave en todo su cuerpo.

Alika miró con sorpresa la imagen.

–Esos seres no están extintos, yo los he conocido, pero no son mucho más inteligentes que un mono, son muy simpáticos y adorables y se desviven por agradar cuando te conocen, pero son muy tímidos y esquivos con los desconocidos.

–Me engañas, quieres complacerme para que te deje en paz.

¡Escúchame Alika! Si como dices esos seres no son mucho más inteligentes que un mono de la Tierra: ¿Cómo es que pudieron crear una máquina tan compleja como yo?

El ser pareció muy enfadado y golpeó con su puño el suelo volcánico levantando una gran polvareda que la hizo toser.

¿Eso es lo que te han dicho los Slahely? ¿Que eran seres tan insignificantes como monos para que su planeta fuese injustamente aniquilado?

–No, lo he visto con mis propios ojos, es posible que algo pasase para que la evolución los haya vuelto menos inteligentes, alguna mutación o algo parecido, pero ellos existen

ahora, no hace mucho que yo misma he compartido el placer de su compañía.

–Durante mucho tiempo he pensado en vengarme de los Slahely. –Meditó con tristeza– y de los humanos que los ayudais. Pensé en una tormenta solar algo que destruyera sus comunicaciones, que asolase sus mundos y los dejase en la oscuridad total pero mi poder no es tanto... –El ser pareció dudar adoptando la figura de la escultura del *"Pensatore de Roden"* con la pierna apoyada en el suelo y el puño apoyado sobre el mentón–. No lo hice. Quería encontrar a algún humano que hubiese ayudando a los Slahely para entender los motivos que les habían llevado a acabar con todo mi mundo y entonces... Te encontré a ti. Te seguí la pista y... –chasqueo los dedos– ¡y Voila, Alika! ¡Te encontré!

XXXI
LOS RECUERDOS DE ALIKA

Dos mundos muy distintos, a 25 años luz de distancia, dos sistemas solares diferentes, dos razas extraterrestres diferentes incluso tan diferentes como una forma de vida basada en el carbono y otra en el silicio, dos desigualdades totales pero las dos rememorando una misma historia, un mismo recuerdo.

Los recuerdos de Alika, sus sueños más profundos sus vivencias más sentidas.

–Alika, ¿tu no has perdido a un ser querido, a alguien que fuese todo para ti?

Alika se sentía como la niña que había sido.

Abdel, cuantas lágrimas perdidas por Abdel, por que desapareció aquella tarde en el desierto y no regresó, hubiese deseado con toda el alma poder decirle que quería envejecer junto a él, que ya había dejado de ser una niña hace mucho tiempo.

Nadie supo jamás por que se internaba en la noche en la soledad de las dunas para ver las estrellas, llorar y desear con toda el alma que Pit hubiese vuelto a buscarlo.

Pero eso era un sueño imposible.

Por más que preguntó nunca supo más de Abdel. Ella sabía que solo habían partido Pedro y Pit, por eso sabía que Abdel no regresaría jamás porque no sabía donde estaba. Le había buscado pero la búsqueda había resultado infructuosa.

XXXII
AVILÉS AÑO 2088

El tendero no recibía noticias de Alika y estaba muy preocupado. Recordó aquel día cuando ella le había conducido hacia un lugar concreto de la ciudad.

Estaban con una barca alquilada recorriendo las calles, los edificios estaban en su mayoría derruidos y su estado era deplorable.

–Este es el hombre que escucha las piedras, es una curiosa escultura de principios de siglo, se ha movido allí a la pequeña península en la que está aquel edificio antiguo, fue un hospital pero ahora no se utiliza por que la humedad lo ha destrozado.

Alika miró al tendero con ojos tristes y guardó silencio, por un momento pensó en los problemas que podía pasarle a aquel hombre afable.

–Si no tienes noticias mías quiero que te deshagas de mis cosas aquí, principalmente de esta piedra.

Alika le entregó un canto rodado, era elíptico y tenía una forma perfecta. Era la misma piedra mágica que ambos habían guardado celosamente en las alacenas de la tienda de especias.

Ahora te pido que la guardes tú pero si pasan 3 días y no tienes noticias de mi solo deja mis cosas sobre la estatua y no mires atrás. Te lo ruego, yo estaré en peligro pero si

te encuentran con mis cosas, créeme tu vida peligrará también ya pudiste comprobarlo el día que aquel extraño entró a buscarme. Solo arrójala al agua al lado de la estatua y olvídate de todo esto.

Eso era lo que estaba haciendo de momento. Hacía ya una semana que Alika no daba señales de vida.

El tendero estaba llegando al Carbayedo, aparcando la barca pública al lado del Ayuntamiento nuevo.

Al soltar la piedra en el agua, sintió un escalofrío. Solo recordó después que había metido la mano en ella y que estaba muy fría, casi helada, por un momento creyó olvidarse de lo que había venido a hacer allí. ¡Serían los nervios!

Hacía tiempo que había dado la espalda a la piedra de Alika. La piedra, se hundió pesadamente en el agua y después en vez de caer a la superficie, se dirigió como un proyectil a la estatua semi enterrada en el agua como si la atrajese un imán pero el tendero que se alejaba remando con su barco no pudo verla.

Entretanto, El hombre que escuchaba la piedra parecía estar no solo condenado a hacer esto, escucharla si no sacando un gran peso del agua por la desidia de los hombres. Si alguien hubiese visto a la pequeña piedra habría pensado que se hundió sin más, pero no fue así.

Realmente lo que ocurrió fue que la piedra de Alika entró en otra dimensión espacial para emerger en el interior de la escultura ocupando el lugar que ocuparía su corazón pétreo e integrándose totalmente en la estatua.

Ahora la escultura El hombre que escucha a la piedra dio a su nombre que venía de un lugar muy lejano perdido en la inmensidad de la noche.

La escultura del Hombre que escucha la piedra guardo así el secreto de la pequeña piedra de Alika en su interior.

Escuchó todo lo que había venido a decirle aquella pequeña piedra de apariencia corriente y la guardó como si fuese su propio corazón.

Si los humanos hubiesen dispuesto de una tecnología semejante, y si la escultura de piedra pudiese hablar en un lenguaje que hubiese sido comprensible a los humanos le enseñaría importantes secretos, como el operar el interior de los cuerpos sin tener que abrirlos.

Ahora la frase de Alika al ser que la tenía cautiva, diciendo que la piedra volvía a la piedra cada vez tomaba un mayor sentido y el ser la miraba encolerizado.

XXXIII
SLAHE, AÑO TERRESTRE 2088

Leilani rememoró sus recuerdos con Alika y sus amigos Rel y Pop.

Una neblina gris recubrió la cueva. Lentamente empezó a llover. La larga melena se adhirió a su cuerpo y su vestido se empapó. Sus brazos extendidos con las palmas vueltas hacia el cielo parecían atrapar cada uno una burbuja transparente.

Las burbujas, cada una un recuerdo de un ser diferente, se disolvieron en su delicado cuerpo.

Estaba descalza y el suelo era similar a un barrizal, el día era tan triste como un día lluvioso de invierno.

–No debería de haberlos dejado ir solos. Pensó.

Estaba muy triste. –Dijo mamá Poemanu en otro de sus recuerdos.

–Tal vez pueda encontrar la forma de ayudarles si comprendo antes sus sentimientos.

–¡Tal vez! –Dijo mamá Poemanu.

Los recuerdos volvieron a Leilani cuando regresó junto con sus amigos de Mori.

Había sido un viaje corto por que los dos mundos Mori y Slahe estaban conectados desde hacía milenios por avatares, los humanos llamarían al fenómeno agujeros de gusano o algo así, aunque los humanos estaban aún lejos de construir

máquinas que permitieran enlazar de forma cuántica dos lugares del universo. Los Wanik podían viajar de forma instantánea entre los dos mundos pero el proceso llevaba un tiempo posterior de adaptación que impedía repetir el viaje indiscriminadamente.

La bruma desapareció y Leilani recordó a sus amigos con ella ante la nave en construcción, Alika y ella se habían hecho muy amigas y eran casi inseparables.

Rel valoraba el hecho de que Leilani como buena embajadora de los Slahe que era, se hubiese desplazado a un planeta como Mori cuya atmósfera le resultaba tan perniciosa y había estado incluso a punto de provocarle la muerte. La lealtad que profesaban a su pueblo los Slahe no tenia limite, estaba a prueba de cualquier sacrificio sin embargo, le había dado el prisma y aunque le había hablado de su funcionamiento, Rel pensaba que debía practicar con el antes que los slahely pusieran a su disposición la nave que le conduciría en busca de Pit.

La última conversación que tuvo con ella, Leilani le dijo:

–Estamos trabajando en tu nave. Yo no podré atenderte aunque nos veremos cuando esté terminada. Si deseas practicar con el prisma, el pueblo de los Amagog se sentirá dichoso de enseñarte.

Los Amagog, eran llamados también el pueblo de los hombres verdes, Vivían en la espesura de las frondosas selvas de Slahe y se caracterizaban por su piel verde. Este color no era en realidad el de su piel si no consecuencia de los pigmentos que utilizaban para embadurnar sus cuerpos y camuflarse en la selva. Se vestían con hojas, se embadurnaban el pelo con barro y se camuflaban entre el ramaje de los árboles donde construían en andamios colgantes lo que eran sus hogares.

Se decía de ellos que tenían el don de la invisibilidad por su facilidad para camuflarse con el medio.

Fuera de eso, eran hombres y mujeres altos y espigados, muy similares a la raza humana.

XXXIV
EN LAS SELVAS DE SLAHE

En los recuerdos de Alika

Leilani profundizó en los recuerdos de Alika, un gesto suyo y un grupo de burbujas como pompas de jabón giraron en torno a la principal donde podía verse el rostro de Alika sonriente, reflejado sobre la esfera, sus amigos Rel y Pop giraban a su alrededor, Leilani juntó con sus manos en el aire las esferas de Rel y Alika. El espacio, se llenó de un intenso colorido a su alrededor y se fue poco a poco fundiendo en la penumbra.

El canto de una mujer se elevó en la oscuridad de la selva. Era una canción triste, melódica que se entremezclaba con el trino de los pájaros nocturnos y el sigiloso avance de las bestias.

La mujer cantaba en un idioma extraño algo que era tan placentero que adormecía a los niños y apaciguaba los corazones de su pueblo y se elevaba por encima de las gigantescas copas de los árboles como las alas livianas de un pájaro para acariciar las dos lunas rosadas que se veían en el cielo nocturno.

Suspendida en el árbol más alto al que había trepado con una agilidad felina, yacía ahora medio tumbada abrazada al tronco con las piernas suspendidas en el vacío. Apenas se la veía, no ocurría así con sus ojos que emitían un brillo azul fosforescente en la oscuridad.

Tenía unas hermosas facciones y todo su cuerpo y cara tiznados con aquel barro verde que le confería invisibilidad en la oscuridad de la noche y protección durante el día.

Su cuerpo, estaba cubierto por un fino vestido de diminutas hojas y flores entretejidas que se adherían como una segunda piel.

No se veía nada de ella en la oscuridad excepto sus inmensos ojos azules y un brazalete ceñido en su muñeca que emitía una luz pulsada y azul para protegerla de las fieras y permitirle desplazarse por Slahe a su antojo.

De pronto, cesó de cantar.

Se hizo un incómodo silencio solo ocupado por el rugido de algún animal salvaje cazando en aquellos momentos y el ulular de algunos monos alborotadores.

Caradria como así se llamaba ella se restregó los ojos como si hubiese visto algo que la alertase en la lejanía.

Ayudada de sus fuertes brazos y vigorosas piernas descendió de su gigantesca atalaya hasta posar sus pies desnudos en el suelo y reunirse con una sonrisa con el hombre que acababa de llegar.

Al igual que ella, tenía el cuerpo cubierto de barro, iba ataviado con un traje de hojas y portaba en su muñeca el mismo brazalete de luz.

–Ya viene. ¿Verdad? –Preguntó esperanzada.

De pronto toda la selva se vio iluminada por un sin fin de antorchas y brazaletes azules. Pertenecían a cientos de ancianos, mujeres y niños de todas las edades que corrian prestos en una precipitada carrera para unirse al grupo agarrados a las lianas.

A cinco pasos de ellos, custodiado por otros Amagog, avanzaba Rel.

Cuando se hizo de día caminaron hasta el Desierto Azuleba. Los Amagog estaban exultantes de felicidad con la llegada de su nuevo huésped.

Portaban en sus cuellos voluminosos collares de flores y le pusieron a Rel uno de ellos para que pudiese sentirse partícipe de aquella alegría que les embargaba.

Una vez su Sol brillo alto en el horizonte se tendieron en el suelo con los brazos abiertos en cruz para celebrar la llegada de un nuevo día.

Rel que no sabía el motivo de tan extraña actitud les imitó en un respetuoso silencio y contempló a su lado con curiosidad la cara del hombre que yacía junto a él. Tenía unas rudas y angulosas facciones, era joven y hermoso, con el cabello largo embadurnado de barro enmarcado con pequeños tirabuzones.

Sus brazos eran delgados pero musculados del ejercicio diario de trepar los árboles se llamaba Maifai y para su pueblo era un hermoso guerrero.

Ambos se miraron durante un instante que pareció eterno, Maifai comunicandole con la mirada a Rel que era preciso que no hiciese ningún movimiento que pudiese romper aquella magia, Rel preguntandole a el y a sí mismo durante cuánto tiempo debian permanecer en aquella posición tan incomoda.

–Ya vienen –musito como en respuesta a sus dudas.

En el cielo acababan de materializarse las enormes máquinas de abastecimiento de Slahe. Tenian forma triangular y refulgían como brillantes esmeraldas.

–No las mires directamente. –Le advirtió Maifai–. Su visión no es dañina pero con esta luz resulta muy molesta.

Una exclamación multitudinaria se extendió por el desierto como una ola.

De repente, comenzaron a caer copos del cielo.

Parecía nieve seca y algodonosa, fina como la tela de una araña pero era imposible la nieve, en un día tan esplendoroso.

La extraña nieve cayó delicadamente sobre los cuerpos de los Amagog. Comprobó que no tenía sensación ni de

humedad ni de frío, ni siquiera de peso, aunque la enorme montaña blanca los cubría por completo. Sobre sus labios se disolvía y su sabor era dulce y no se podía comparar con ninguna sustancia que antes había probado.

No se atrevía a decir a que podía saber aquel maná caído del cielo. Maná como lo llamaban ellos.

Tenía un sabor azucarado que le recordaba al sabor de la galleta, la miel y alguna fruta que no podía identificar ahora.

A medida que los iba conociendo cada vez los amaba más. Aquella sociedad protegía y apreciaba a los ancianos. Los ancianos eran una fuente de sabiduría inagotable.

Ellos, poseían el conocimiento de todas las criaturas de Slahe desde el principio de los tiempos y si la paz reinaba y no se producían disputas, era gracias a su intervención.

Los ancianos transmitían su conocimiento a las generaciones más jóvenes y todos eran felices.

Vivían en casas construidas en los árboles –no porque necesitasen protegerse de las fieras y reptiles, de eso ya se encargaban sus brazaletes de luz– si no por que los árboles eran la mejor atalaya para divisar la caza y protegerse a sí mismos y al resto de las criaturas de posibles peligros exteriores.

Pero en realidad, esa costumbre de vivir lejos del suelo les venía de un remoto pasado prehistórico en el que los peligros eran más acuciantes.

Solían cazar, sobre todo los hombres aunque, de cuando en cuando las naves de Slahe les proveían de Maná y el sacrificio de los animales se volvió innecesario.

Principalmente, sus misión consistía en buscar la concordia entre todas las especies e informar a la franja de los animales que encontraban heridos, que se mostraban miedosos o violentos, o de los peligros que pudiesen venir de viajeros no amigables.

Curioso nombre de prisma para aquel objeto que ambos. –Rel y Maifai– llevaban consigo. Tal vez se debía a los reflejos

irisados que emanaban de él y le arrancaban pequeñas lenguas de luz que cubrían con todo el espectro cromático de los objetos o seres que se hallaban en su radio de acción.

En realidad era una joya con forma del símbolo infinito engastada con pequeñas piedras multicolores que parecían cobrar vida en la mano de su poseedor.

Una vez allí, el objeto parecía disolverse y traspasar la carne hasta incrustarse totalmente en ella.

–¿Te duele? –Le pregunto Rel a Maifai.

–En absoluto. –Jadeo Maifai por el esfuerzo.

Llevaban trepando durante mucho tiempo en las lianas moviéndose como sigilosos felinos.

–Mis manos son mucho más pequeñas. –Argumento Rel mirando con desconfianza y casi temor el prisma y añadió–. Dudo que esa cosa pueda adherirse a mi mano de la misma forma que lo hace en la tuya.

–¿La traes contigo? –preguntó escuetamente. El prisma se adapta.

–Por supuesto. –Replicó Rel señalando un pequeño bolso de tela que llevaba consigo y añadió–. No me he atrevido a tocarlo. Parece que palpita y cuando lo he rozado he sentido un intensísimo dolor. Me han dicho que vosotros me enseñaréis a manejarlo.

–No te preocupes por el dolor. –Le explico Maifai–. Es momentáneo y desaparecerá pronto. En cuanto a la diferencia entre el tamaño del prisma y tu diminuta mano tampoco debes preocuparte. El prisma se adapta a todos los seres.

Haciendo caso a Maifai Rel extrajo del pequeño saco de tela un prisma idéntico al que el hombre llevaba y lo puso con suavidad sobre su diminuta mano.

Esto, le hizo sentir un intenso mareo y hubiese caído desplomado si no fuese por que el vigoroso brazo de Maifai le sujeto antes que eso ocurriera.

Segundos después el dolor remitía y Rel comenzaba a sentirse inundado por una intensa sensación de paz y bienestar.

–Ya no duele. –Le contó a Maifai.

Este asintió y sonrió.

–¿Y para que usais el prisma los Amagog? –Quiso saber.

–El brazalete de luz solo sirve para Slahe. –Le contó mientras partía con su afilado cuchillo una enorme rama y la convertía en una liana para continuar trepando–. En realidad –dijo– el brazalete y el prisma tienen las mismas funciones solo que el primero sirve para repeler al enemigo y ser ignorado mientras que el prisma se utiliza en caso de que todo haya fallado para poder neutralizarlo.

–Y con que se supone que utilizare yo mi prisma.

–Nunca se sabe con que enemigos te encuentras. Yo te mostraré las pautas en caso de que debas utilizarlo. Debes cerrar la mano y abrirla con la palma extendida en dirección al ser que desees neutralizar deseándolo fuertemente con tu mente.

Se detuvo en seco y señaló la corteza de un enorme, oscuro y rugoso árbol cuya altura era imposible abarcar con la mirada bajo la luz de sus brazaletes.

–¿Es esto? –Lo miro Rel decepcionado– ¿Un simple árbol? Yo pensé que lo utilizaríamos en algún tipo de bestia. No en un árbol.

–No es un indefenso e inocente árbol. –Maifai acaricio su brazalete para apagar su luz e hizo lo propio con el de Rel–. Calla y observa, se agazapó a su lado.

Maifai arrojó un diminuto guijarro sobre la dura corteza.

En respuesta a aquella pequeña agresión el enorme coloso pareció cobrar vida y avanzó hacia ellos con un enorme esfuerzo emitiendo un rugido que hizo que la tierra temblase y provocó la desbandada de pequeños animales y pájaros.

Era un árbol pero actuaba como una especie de animal salvaje jamás había visto cosa igual en su vida.

Bramaba como una bestia moviendo sus ramas como tentáculos y aplastando bajo su peso cuanto encontraba a su paso.

Una de las ramas se enroscó en el cuerpo de Rel y lo izo con furia varios metros de altura.

–Por que apagaste los brazaletes. –Le grito a Maifai que en ese momento acaba de ser también apresado por una de las ramas.

–Porque como te dije, el brazalete sirve para repeler al enemigo y de haberlo utilizado no tendrías oportunidad de conocer el funcionamiento del prisma.

–¿Y que es lo que se supone que debo hacer yo ahora? –Rel miró impotente como la oscura rama se enredaba en su torso como una boa constrictor.

–Haz lo que te dije. Es más un animal que un árbol. Abre la mano e ilumínalo con la luz del prisma.

Rel hizo lo que se le ordenaba y al instante todo se vio inundado por unos pequeños fuegos artificiales.

Después de eso, Rel no recordó más, solo que había aparecido tendido cerca de la corteza con una ligera conmoción craneal.

Los fuertes brazos de Maifai le ayudaron a levantarse. Éste, no paraba de reírse.

–¡Buen trabajo! –Le dijo–. Pero para otra vez procura no desmayarte.

El prisma ya no estaba en su mano, si no en la hierba, lo guardo con delicadeza, rapidez y casi con miedo en el saquito de tela y contempló al árbol que había adoptado su aspecto normal y que ya no era diferente a cualquiera de la selva.

Maifai estaba acuclillado junto a el, abrazando su rugosa corteza y susurrando palabras en un idioma extraño que hasta a Rel parecían calmarle.

Ahora, ya conocía el funcionamiento del prisma. No servía para repeler al enemigo pero si permitía neutralizarlo cuando todas las opciones no habían dado resultado, pero también le había dejado a él fuera de combate.

Tal era su poder...

XXXV
POR QUE TE QUIERO

En un bolso blanco en Barcelona, año 2088.

Por que te quiero:
Mucho te podría decir…
Te quiero por que sigues luchando
cuando todo parece perdido.
Por que no renuncias
cuando todo parece agotado.
Por que te levantas
y aún sigues amando.
Por que no renuncias al amor
cuando todo está en contra.
Por que me amas en silencio
y me quieres como soy.

Lila no sabía que hacer, solo la premonición de que debía de alejarse de Asturias y llevar consigo el avatar.

Lila desconocía que la extraña piedra no era única.

Se hubiese preocupado de veras si conociera que la propietaria de esa piedra, Alika, estaba en grave peligro en un hospital de Madrid.

Pero ahora, no tenía otra cosa en mente que escapar, hacer un paréntesis en su vida.

Las playas de Wadi Rum parecían un destino apetecible y sin duda sería el primer lugar, un destino exótico donde se

atreverían a buscarla aunque Barcelona, por algún extraño motivo la atraía de una forma asombrosa y se dirigía ahora allí al tomar ese vuelo.

Entretanto, Pedro que nunca olvidó a su mujer, tenía la esperanza de volver a verla y no renunciaba a que algún día en esta vida o en la otra podría encontrarse con ella.

Pensaba en las palabras de Leilani y no dejaba de sorprenderse que en los confines del universo, en el insondable abismo negro, alguien se preocupara de sus sentimientos y sus penas.

Su mente volvía al pasado, a su juventud a una fiesta de fin de año llena de luces y gente vestida elegantemente en la que Miriam, entrechocando con él su copa de champagne le besaba y colocaba un dedo sobre su boca pidiéndole que formulase un deseo.

–Es fin de año, pide uno. Solo uno.

Era tan solo un pensamiento, un recuerdo, pero se vio a sí mismo musitando cariñosamente al oído de su mujer:

–Que no haya guerras y que todo el mundo se sienta tan amado como yo en este preciso momento.

Ella le apartó el largo pelo de la cara y la tomó en sus manos lanzando una sonora carcajada.

–¿Y no deseas nada más?

–¿Que más se podría pedir si el mundo tuviese eso? –Le respondió como si la pregunta le hubiese pillado de sorpresa.

De alguna forma Pedro se sentía querido, había estado solo mucho tiempo y los recuerdos de la vida con Myriam eran un bálsamo para su dolor.

Ahora, las palabras de Leilani eran las que resonaban también en sus oídos. Sabía que estaba como en una especie de estado de duermevela, quería moverse pero su cuerpo no obedecía a las órdenes de su cerebro. Sus ojos abiertos contemplaban su propio cuerpo inerte flotando. Se preguntó

como era posible que un ser como Leilani en un lugar tan lejano del universo pudiese establecer comunicación telepática con él, a pesar de la enorme distancia que los separaba.

–Para la mente no hay distancias. –Musitó Leilani como un eco.

Sus palabras, tal vez escondían más sabiduría que consuelo. Aquellas palabras volvían una y otra vez a su memoria.

–Aunque perdamos una persona querida para siempre y pensemos en ese enorme vacío de ausencia y dolor que nos deja, tal vez no somos conscientes del motivo por el que parece que el universo conspira contra nosotros.

Leilani le había mirado con compasión esbozando una sonrisa. En su ensoñación la veía en un día claro, de una luz tan blanca que difuminaba los contornos de los objetos y en la que sus ojos, sus enormes ojos claros parecían ser lo único visible.

–Quizá la razón sea muy simple. Hay caminos que hemos de emprender solos, nuestros seres queridos no vuelven a nosotros por que nosotros ya estamos allí al final del trayecto esperándolos y las vivencias que consideramos como presente, son solo un recuerdo.

Tal vez la vida consista en un eterno retorno al lugar que jamás hemos abandonado.

Pedro pensó que Leilani tenía razón. Cuando la existencia termina, solo queda aquello que hemos sido. Nada más que eso.

Leilani trato de hacer entender su punto de vista para devolverle la esperanza.

–Si fuésemos capaces de mirarnos, como un espectador ajeno a nuestros propios cuerpos, fuera del espacio y el tiempo, el reloj carecería de sentido, podríamos vernos en el camino y vislumbrar lo que somos, lo que hemos aportado

en la vida y saber, que todo eso, continuará inalterable en algún lugar del espacio y tiempo porque pasado, presente y futuro son algo muy real, como real es cada momento de nuestra vida.

–¿Por eso no somos capaces de recordar nuestro futuro? –Preguntó Pedro.

Leilani bajó la mirada al suelo, pensativa.

–No recordamos el futuro debido a que se nos ha dado ese don para que seamos seres libres y dueños de nuestro destino.

Por eso, debemos tener la esperanza de que nada de cuanto existe o existió se perderá jamás.

–Cual es el objetivo de la vida? –Preguntó asaltado por la duda.

Alguna vez se encontró con esa duda existencial. La voz de Leilani le envolvía y le infundía tranquilidad en el momento en que más la necesitaba.

–El objetivo de la vida no es hacia donde vas, todos sabemos que la meta es que moriremos algún día, ¿Que puede haber tan valioso que se libre de la quema? Lo que quedará de ti serán dos montones de basura, las cosas que has acumulado en vida y que ya no sirven para nada y las cosas que se pueden aprovechar por quienes recojan tus cenizas, pero no te engañes también acabarán sin servir a nadie. ¿Que se salvará? ¿El dinero? ¿Los bienes adquiridos en vida? ¿La fama? ¿El poder? Nada de eso importará Pedro, si mirases tu vida desde fuera, desde donde el tiempo ya no importa, lo único valioso, lo único que se salvará de ti es lo que hayas aportado, lo que hayas sido capaz de construir, amar, ayudar, compartir y perdonar. Lo que hayas sido capaz de crear.

¡Que la vida se llene de lo mejor de ti! –Sonó la risa musical de leilani. Ese es el objetivo de la vida.

–¡Que la vida se llene de lo mejor de mi! –¡Parecía tan sencillo y a la vez tan difícil! Pedro repitió estas palabras

mentalmente. –Siempre tendré esperanza y nunca renunciaré a mis sueños– se dijo.

Poco a poco el cuerpo de Leilani se desvaneció como el humo en aquella claridad cegadora.

Pedro imaginó que se desvaneció en el pulso de una estrella, en la misma dirección donde había visto aparecer su imagen celestial.

Por que te quiero –se dijo con desesperación–. Tengo que salir de aquí, si me encierro en este mundo jamás retornaré con mis seres queridos, he de hacer que mi vida valga la pena.

A Lila profundamente dormida, no le despertó el fuerte resplandor azul de la habitación.

Era media tarde cuando despertó y decidió salir a pasear por *las Ramblas*. Las calles rebosaban de puestos de flores.

Una cámara de vigilancia de un banco le realizó una foto.

Un oculto sistema informático transmitió su fotografía a la red y en algún lugar lejano y oculto reconocieron su rostro y relacionaron al anciano con la noticia de la desaparición del asilo, pero no era la policía quién disponía de aquel sofisticado sistema.

Un hombre vestido con un elegante traje gris empezó a manipular su imagen sobre una pantalla holográfica que parecía flotar en el aire, mirándola sorprendido y con curiosidad.

No tardó mucho en estar al lado de Pedro. Llevaba todo su rostro, excepto los ojos cubierto por un pañuelo.

–Acompáñeme por favor. –Dijo con una voz ronca casi robótica.

–No, déjeme en paz, si tiene algo que decirme no de ni un paso más, dígamelo desde ahí.

El hombre de complexión fuerte y muy alto esbozó una sonrisa e hizo ademán de dar media vuelta.

–Lo que usted quiera.

Le puso una mano sobre el hombro y Pedro se desvaneció.

Una multitud de personas se arremolinaron alrededor de él. Quería hablar pero se sentía tan mal, tan mareado, con tanta gente alrededor que no pudo.

–!Apártense soy médico! Este hombre ha sufrido un infarto y hay que trasladarlo urgentemente al hospital.

Sacó un teléfono móvil y simuló hacer alguna llamada.

Una ambulancia se personó a los pocos minutos. Nadie pudo imaginar que era un vehículo robado.

Al sur del Barrio de la Luz donde había el cauce de un río anegado por las aguas del mar a consecuencia del calentamiento global.

La Toba había sido un lugar de estudio, una escuela para hijos de obreros.

El lugar se había convertido en un museo submarino. Una cúpula transparente envolvía lo que antes había sido la Escuela de Aprendices de Ensidesa, una escuela que se convirtió en lugar de formación de los obreros cuando fue más provechoso formar a los productores que a sus hijos.

Había en la escuela un conjunto de maquetas donde se explicaba como había sido la historia industrial de la ciudad y lo completaba lo poco que se pudo salvar de la ciencia y la tecnología de la gran empresa que allí hubo.

> Una placa rezaba a la entrada:
> No podemos perder nuestros orígenes,
> olvidaríamos quienes somos
> y de lo que somos capaces.

¿Quién evitó que aquellos objetos no se perdiesen?¿Quien tuvo la idea de reunir las maquetas?

La cúpula era accesible por una acera flotante de madera y aluminio similar a la de los muelles marítimos. El acceso se producía por un curioso e ingenioso sistema. Un tubo

transparente se reincorporaba desde uno de los laterales sumergiéndose en el agua hasta la cúpula que estaba completamente sumergida bajo las aguas. Por otro lateral otro tubo se reincorporaba mas allá.

Los visitantes se sentaban en uno de los tubos como si entraran en un tobogán. Era un medio muy efectivo y cómodo, unas corrientes de aire en el interior se adaptaban a los visitantes evitándoles movimientos bruscos para entrar o salir, el flujo de visitantes podía ser abundante y fluido.

Al lado de la cúpula semi oculto bajo las aguas, se extendían dos pasillos o carreteras flotantes a unos cincuenta metros del borde de la cúpula. Los pasillos permitían el paso a uno y otro lado de la lengua de agua sobre un gran aparcamiento flotante conectado con la autopista que bordeaba la costa por el sur del Barrio de la Luz, discurriendo por lo que antes había sido Villalegre.

Los pasillos estaban unidos por una gran vidriera que representaba la riqueza ecológica de una selva amazónica, aves de todos los colores, flores hojas, plantas trepadoras y una gran cascada de agua.

La vidriera solo se podía ver desde el interior de la cúpula transparente. Era algo espectacular como una proyección desde el cielo, que solo se vera durante el día o en las noches despejadas de luna llena.

Rodeando la cúpula, un enjambre de pequeños robot mantenían la cúpula y la vidriera siempre impolutas, un ejército de doradas y otros peces hacían de la construcción un acuario muy especial.

Aquel día no había muchos visitantes en la cúpula, nadie se percató de un ligero destello malva a unos 200 metros en el lugar donde antes hubo una fuente.

Un extraño submarinista ataviado con un traje de ejecutivo, escafandra, botella de oxígeno y aletas, parecía estar haciendo trabajos en el exterior y desapareció entre las algas.

El extraño personaje enfocó algo parecido a una linterna con una luz malva apenas perceptible, el suelo se volvió negro bajo sus pies y descendió un kilómetro o más de profundidad y luego transversalmente durante algún tiempo.

Entró en una sala enorme adornada con una ingente cantidad de seres parecidos a gatos que parecían observar al recién llegado desde todos los puntos. Una enorme sala negra en la que los extraños seres de considerable tamaño, tenían un iris de diferente color, casi lo único destacable entre su pelaje negro con reflejos azulados, tenían eso sí, un aspecto imponente, intrigante e inteligente.

En medio de la sala dos pirámides invertidas parecían levitar flotando a unos veinte metros del suelo.

Un destello de luz que provenía del fondo parecía iluminar las pirámides de unos 50 metros a intervalos, una veces transparentes como dos diamantes contrapuestos, otras como azabaches mas negros que una noche sin luna.

En una de ellas, la superior, en el intervalo de transparencia dejaba apreciar a cinco personas y un ser en suspensión en su interior.

Estaban en un estado inmóvil, en un estado cercano al cero absoluto de temperatura y en un estado atómico de condensado *Bose-Einstein*, en una hibernación perfecta.

Y allí con ellos estaba Pedro y su familia (una niña pequeña, una mujer con el cabello plateado y otra más joven), un hombre con aspecto de beduino junto a otro ser, éste de aspecto plateado que desprendía un espectacular conjunto de destellos irisados de colores cambiantes. Todos ellos tenían los ojos abiertos pero parecían estar dormidos y ninguno consciente de compartir ese mismo espacio con los otros. Todos ellos conservados en bolsas.

El extraño submarinista se liberó de su carga pletórico de satisfacción. se preguntaba si había conseguido algo esperando la oportunidad para estudiar sus recuerdos y controlar sus mentes.

Una mas para la colección. Había acabado con Alika que tenía un aspecto demacrado y su rostro reflejaba una tristeza infinita.

En el ser una sonrisa se formó en su rostro de cristal, tal vez pudiese negociar con todos ellos o con algunos.

El no sabía de la existencia de los avatares, apunto estuvo de descubrir que Alika le estaba diciendo la verdad, pero pensó que realmente no poseía la tecnología que buscaba.

Si hubiese presionado más a Alika…

Realmente lo pensó pero no podía arriesgarse a matarla, si lo hubiese hecho no obtendría ninguna de las respuestas.

Alika había ocultado la nave en la Luna donde un día estuvo con su amigo Pit.

El submarinista sospechaba de los avatares pero no pudo encontrarle ninguno a Pedro, si hubiese descubierto la cercanía de Lila habría atado todos los cabos.

Lila tenía en su bolso el avatar de Pedro.

Alika dejó su avatar dentro de la piedra que escucha con Rel y Pop dentro.

Dos seres tan distintos a los humanos deberían estar ocultos al mundo.

Si el submarinista hubiese presionado más a Alika quizá le hubiese extraído los recuerdos de su estancia en Slahe, hubiese visto la creación de la nave, la hubiese localizado en la Luna, habria comprendido toda la historia, no tan vivida como Leilani la podría recordar en el jardín de las ánimas, pero habría descubierto lo necesario para hacer fracasar la misión de Alika. Habría encontrado los dos avatares, y la esperanza moriría.

Sonrió irónicamente al pensar que sus rehenes yacían más cerca de lo que nadie pensaba.

Lejos en el sistema solar de Vega, Leilani empezó a darse cuenta que no podía hablar con ninguno de sus amigos.

Sumergidos en las aguas del mar en lo que antaño fue un río, en la Toba, en el cercano planeta Tierra el submarinista contempló con una sonrisa placentera sus trofeos.

Leilani volvió a sus recuerdos en el jardín de las ánimas, pensaba si su amigos encontrarían alguna forma de que la misión no fuese un fracaso.

No podía conectar con los pensamientos de Alika pero sus amigos Rel y Pop simplemente no existían para ella, como si algo apantallase sus mentes.

¡Los recuerdos de Rel!

Esta vez Leilani tocó con sus dedos un recuerdo de Rel.

Caradria, en Slahe conducía a Rel hacia la costa, subidos ambos en dos corceles que trotaban alegremente por la orilla.

Era un amanecer extraño y distinto. donde el cielo adquiría matices rosados, anaranjados y violetas y la estrella que no calentaba el planeta parecía sepultada por miles y miles de nubes algodonosas.

Hacía frío, había llovido hacía poco y la arena aún estaba húmeda.

Caradria descendió ágilmente de su montura y le indicó a Rel que hiciese lo mismo caminando descalza por el agua.

Miró hacia arriba y Rel la imitó.

Estaban ante un enorme acantilado, donde una gran roca amenazaba con fragmentarse y precipitase al mar.

XXXVI
DESAPARECIDA

Fran en realidad era de origen marroquí por parte de su padre. Fran era un policía especial muy eficiente y valorado, había sido un científico frustrado pero le gustaba desentrañar enigmas y en su trabajo era todo lo feliz que se podía ser.

Ya tenía avanzada edad para formar una familia pero eso era algo que a su edad ya no le importaba, no podía soportar que sufrieran por él y su vida en permanente soledad y peligro supondría seguro, un sufrimiento para la persona que quisiese compartir la vida a su lado.

Pero era una idea que fugazmente le venía de vez en cuando por que a su edad la soledad era una carga muy pesada.

Lila le atraía, la consideraba una mujer culta, valoraba sobre todo su amor a los ancianos y desde que la había conocido pensaba que no le importaría entablar una amistad con ella y tal vez algo más.

El teléfono vibraba en su bolsillo.

Unas palabras en verde ocupaban toda una pantalla escarlata. El teléfono, era tan pequeño como una tarjeta de crédito.

Llamada urgente, decía.

Lo sacó de su bolsillo y al incidir la luz artificial sobre él se convirtió en un cristal transparente sin bordes. Lo

depositó sobre la mesa del pequeño salón de su habitación, apagó la luz y cerró puertas y ventanas. Inmediatamente una proyección láser sobre la pared ocupó toda la estancia.

–Disculpe señor pero la mujer que teníamos en coma ha desaparecido.

Fran se mostró sorprendido y preocupado.

–¿Como puede haber desaparecido? ¿No teníamos vigilancia en la puerta y los alrededores del hospital?

La figura del agente proyectada en la pared mostraba un aspecto sombrío.

–Así es señor, es como si se hubiese ido a otra dimensión, simplemente desapareció así sin más. –Chasqueó los dedos– ni tan siquiera nuestros agentes en el interior de la habitación notaron nada extraño, de repente todas la sondas se vinieron al suelo y ella simplemente se volatilizó, puede verlo en las imágenes de los monitores, a diferencia del extraño suceso de la mosca no hay nada extraño en estas últimas grabaciones. Las hemos comprobado de forma exhaustiva y no hemos encontrado ninguna anomalía.

–Gracias. –Carraspeó sacándose del bolso un pañuelo para limpiarse el sudor de la frente. Solía ocurrirle cuando se sentía muy nervioso– avise a la policía científica que analicen cualquier indicio y aislen la zona para evitar la contaminación del área, sigan el protocolo e infórmenme si encuentran algo que se nos hubiese pasado por alto.

–Ya hemos iniciado el protocolo señor, así lo haremos.

Fran recogió el cristal de sobre la mesa y lo devolvió a su bolsillo.

–Llamar a Lila. –Pulsó.

Lila se despertó medio dormida. El teléfono sonaba con insistencia.

–Discúlpeme Lila. –Contestó una voz varonil desde el otro lado–. Soy policía, su compañero de avión.

Le espero en el pasillo del hotel cerca de los ascensores. Debe venir conmigo inmediatamente, su vida corre peligro.

Sin decir nada, Lila apagó el móvil y se asomó a la puerta buscándole con la mirada.

Estaba allí tal y como le había dicho en el pasillo, cerca de los ascensores, sentado en una cómoda butaca.

Alzó la mano a modo saludó y volvió la vista a su teléfono móvil, tecleando algo.

Cuando ella se aproximó, dejó lo que estaba haciendo y se levantó para estrecharle la mano.

–Tiene que olvidar el viaje a las playas de Wadi Room en Jordania, de hecho sería deseable que nadie sepa donde se encuentra y que se aleje de cualquier cámara que pueda enfocarla.

Fran le tendió un hermoso pañuelo de seda.

–Póngase esto. No se confunda conmigo. Mi segundo nombre es Amed y soy de origen marroquí por parte de mi padre. Para mi las mujeres son muy importantes y no piense que quiero asignarle ningún rol, pero creo que si parece una mujer de mi tierra los dos podremos pasar desapercibidos como una pareja.

–¿Debo llamarle entonces Fran o Amed? –Preguntó Lila confundida.

–Es un nombre compuesto.Llameme solo Fran. Es el nombre por el que mis amigos me conocen.

Lila sonrió. Así que ya podía considerarse su amiga. Aquello empezaba a ponerse interesante.

–¿Que tecleaba en su teléfono cuando llegué? –Inquirió Lila con curiosidad.

–Me aseguraba de interferir las cámaras del hotel, sobre todo las que hay en este pasillo.

Se cogió de su brazo y juntos descendieron en un ascensor hasta el sótano de los garajes.

Enfilaron el coche en dirección a la calle.

–Emergencia, necesito una comunicación alha con encriptación de nivel 1.

Fran esperó que el móvil en su bolsillo vibrara tres veces después de emitido este mensaje antes de cogerlo de nuevo para añadir.

–Necesito que apaguen todas las cámaras en relación al hotel en un radio de 2 kilómetros, que apliquen un apagón visual en todos los satélites públicos, privados y militares que estén grabando sobre Barcelona en un radio igual a 20 kilómetros del hotel.

Fran nunca pensó que tendría que emplear medidas tan drásticas.

–Autorización
ONU–KGT7–DL&6346–D8745–BDR–G64523–45R

–Entendido señor,–Respondió la voz de una mujer–la actividad será aplicada en 4 3 2 1 ya. El apagón informativo será efectivo durante veinte minutos. Encantados de haberle sido útiles señor.

El protocolo había sido acordado en una reunión mantenida en la ONU para proteger a personas en peligro, solo un número muy reducido de personas en algunos países podría usar estos protocolos extraordinarios, eran personas con reconocido prestigio internacional en el reconocimiento y defensa de los derechos humanos.

Sonrió a Lila y le invitó a subirse en su coche para desplazarse en dirección al puerto.

Cuando llegaron un hermoso velero les aguardaba amarrado en el puerto deportivo.

El viento henchía sus velas haciéndole avanzar a una buena pero no excesiva velocidad.

–Lila, ahora tiene que contarme sus secretos si desea que le ayude. No puedo exigir que confíe en mi, ni tan siquiera

que me ayude pero debe de hacerlo, hay mas personas que están en peligro, no solo nosotros.

Fran mantenía el timón fuertemente asido, le gustaba ser él el que manejaba las situaciones, el velero, la vida…

–He tenido que emplear con usted métodos que pensé que nunca usaría. No tuve otro remedio. Lo menos que merezco es que confíe en mí.

Fran le sonrió y prosiguió.

–Aún no está a salvo. Hay dos hechos que me han llevado a protegerla.

Ya estábamos investigando su entorno cuando el anciano de su centro desapareció.

Luego, estaba aquella encantadora chica, Alika, llegó a preguntarnos si sabíamos algo del anciano desaparecido. Al principio no tuvimos sospechas pero lo que le pasó después nos hizo atar cabos.

Hubo un terrible accidente, una de las estructuras que dan acceso a la ciudad subterránea del Barrio de la Luz se vino abajo y esa pobre chica estaba allí, en ese preciso momento.

Pensamos que todo podía haber sido fruto de la casualidad pero…

Luego vino aquella periodista que estuvo contigo en Avigiovi, en el restaurante de la ciudad piramidal. No pudimos reconocer su cadáver, la destrucción fue tan grave que ni siquiera quedó ADN que pudiésemos utilizar en su reconocimiento. Lo que sí supimos es que tu fuiste una de las últimas personas que la vio con vida. No podemos asegurar que fuese ella la víctima pero si sabemos que llevaba el mismo vestido con que la vieron por última vez. También sabemos que nos enfrentamos a algo increíblemente peligroso y malvado, con una tecnología sin precedentes que nos supera.

Lo que quiera que sea a lo que nos enfrentamos ha sido capaz de seguirnos hasta Barcelona, por eso tenemos que hacer que desaparezcas.

Ocurrió también otra cosa bastante extraña, de hecho eso ha sido lo más preocupante. Un anciano fue secuestrado en las Ramblas en pleno día por otro hombre de aspecto elegante pero de una moda anticuada. La imagen de este caballero tan extraño no es nueva para nosotros, ya había sido ya captada por nuestras cámaras.

El hombre, se acercó al viejo que yacía en el suelo al parecer por un desfallecimiento. Les dijo a los mossos que se apartaran que él era médico y que intentaría reanimarlo antes que llegase la ambulancia.

Efectívamente, la ambulancia llegó pero ese hombre nunca llegó al hospital y después comprobamos que se trataba de un vehículo robado.

Pudimos ver los hechos en las cámaras de un banco próximo y lo que más nos sorprendió era que si el anciano no era Pedro, el anciano de tu asilo, entonces era un gemelo suyo o alguien idéntico a él.

Lila se empezó a poner muy nerviosa. La idea de que Pedro podría no estar dentro del avatar la aterrorizaba. Sabía que el avatar era seguro y ella tenía el avatar. ¿Cómo demonios había salido de él y como lo había hecho sin que ella se diese cuenta? Sin duda, pensó, se había producido cuando ella se había quedado en algún momento dormida. Por alguna razón que desconocía–tal vez aquel ladrón de sueños tenía mucho que ver en ello–se habían manipulado sus sueños para que no pudiese impedir que alguien arrojase a Pedro fuera del avatar y le hubiese puesto a merced del sujeto que le hizo lo que le hizo.

Metió la mano en su bolsillo y acarició la lisura de la piedra sonriendo al pensar que tenía a Pedro bajo la protección de su mano. ¿O no era una réplica de él? ¡Tal vez la piedra estuviese vacía!

–Lila, hay algo que ha hecho saltar todas las alarmas para mí. –Continuó Fran Amed– y es la desaparición de Alika, la mujer que hacía demasiadas preguntas sobre Pedro inten-

tando localizarle. Hasta hace poco, ella permanecía en coma en el hospital Ramón y Cajal en Madrid, en el edificio nuevo, teníamos la habitación y la planta bajo una vigilancia absoluta, uno de nuestros agentes fue asesinado ante nuestras narices sin dejar ninguna evidencia y días después cuando te vi en el hotel recibí una llamada urgente de la desaparición de la chica, fue como si se hubiese volatizado, jamás he visto nada igual.

Hubo algo que vimos el día en que mataron a nuestro agente, unos días antes un hombre cuya identificación rastreamos sin éxito, apareció en uno de los ascensores del hospital antes de estropearse. Hay un sistema contra insectos muy efectivo y sin embargo junto a este personaje apareció una mosca.

Ampliamos la imagen y el citado insecto empezó a aparecer en todos los ordenadores de la planta.

Llegamos a la conclusión que se trataba de un sofisticado virus informático que no pudimos limpiar. Los monitores y los controles de vida continuaron funcionando pese a ello. No queríamos que fuese de otro modo porque cada vez que intentábamos liberar el sistema de su influencia, la chica sufría nuevas crisis. Pese a ello pareció mejorar y perseveramos en nuestra idea de averiguar el origen del virus y erradicarlo, sin resultado alguno.

Luego ocurrió que ella desapareció como si se hubiese volatilizado.

–¿Como era ese hombre? –Demandó Lila con curiosidad.

–Elegante, un dandi al más puro estilo inglés de principios del siglo XX con traje y un sombrero de ala, vestido de gris... Se podría decir que pulcro pero fuera de las tendencias de las modas actuales. El mismo que aparecía en las cámaras del hospital y en el medio de las Ramblas intentando auxiliar a aquel anciano. Llevaba la cara embozada con un pañuelo por eso le ruego, que me lo cuente todo sin obviar el más mínimo detalle. Aquel día... –Dudó en lo que iba a decir–. Aquel día: ¿Iba a encontrarse con Pedro?

Lila no pudo reprimir sus lágrimas.

–Está seguro de que la mujer que apareció muerta era Ekel Jensen?, me pareció un buena persona. ¿Por que hay gente tan malvada? Y esa chica de la que me habla, en coma en ese hospital parece tener alguna relación con mi amigo Pedro: ¿No cree?

–Eso pensamos. –Aseveró Fran Amed–Alika llevaba con ella este libro.

Abrió su bolso de cuero y lo sacó. Tenía una portada bastante curiosa. Luego, se enteró que las flores que aparecían eran dientes de león pero el libro al fin y al cabo no le resultaba extraño aunque parecía que era la primera vez que lo viera,

–¿Le dice algo esto? –Abrió el libro, en la primera hoja donde les salió al encuentro una inscripción en una hermosa caligrafía arabesca pero en un perfecto castellano.

Si fracaso en mi misión.

¡Pregunta!

¡Pregúntale al hombre que sabe escuchar las piedras!

Lila quedó pensativa y preocupada, y si el anciano fuese Pedro, y el avatar que llevaba en su bolsillo estuviese vacío.

¿Que podría hacer entonces?

¡Aquello sería una catástrofe!

Fran Amed era un rayo de esperanza en su universo de oscuridad, quizá la piedra a la que sostenerse cuando todo parecía en contra.

Estuvo mucho tiempo en silencio hasta que quedó adormecida en sus propios pensamientos.

Él respetó su silencio.

El velero navegaba en un mar en calma y la luna llena parecía suspendida como flotando en el agua nocturna. Parecía tan inmensa y cercana que se les antojaba una mágica

puerta a la que podrían conducirse quien sabe que extrañas dimensiones, que mundos mágicos y desconocidos.

La negrura alquitranada del cielo estaba salpicada por una infinitud de estrellas y una brisa ligera les conducía a su destino.

Lila se desperezó y apoyó su cabeza en el hombro de Fran mirando la grandiosidad de aquel universo.

–Yo tengo un libro igual. Un libro que me dio Ekel, esa periodista que apareció muerta. También contenía una nota. Pero he de meditar mas antes de decirte el significado de lo que está escrito en mi libro, sin embargo si puedo decirte lo que significa lo que aparece escrito en el tuyo.

Hay una escultura en Avilés, una ciudad de Asturias. Está semi–sumergida por las aguas del mar, en las proximidades de un antiguo hospital con nombre “la Caridad”. Se llama “El hombre que escucha las piedras”, allí encontraremos todas las respuestas que buscamos pero visto lo visto debemos andar con muchísimo cuidado.

Lila le entregó su libro. Fue un intercambio un poco absurdo, dos ejemplares aparentemente idénticos.

Amed leyó la cita de la biblia sobre la escalera de Jacob que había en el libro de ella.

XXXVII
EL UNIVERSO SUTIL

Estaba solo en su mundo, su rostro humano reflejaba el semblante de un tipo profundamente cabreado, tantos rehenes y ni siquiera tenía claro cómo continuar su cruzada.

Se había desprendido de su aspecto de submarinista en un abrir y cerrar de ojos solo con formular un pensamiento.

La estancia donde había ido a parar era una cueva enorme de forma semi esférica rodeada de inquietas miradas felinas.

Se desprendió también de todo aquello que le hacía tener un aspecto humano hasta convertirse en una esfera, una enorme esfera que se elevó como un globo aerostático.

Lentamente se fue situando ante los cuerpos en suspensión.

Los recorrió lentamente tomándose su tiempo, situándose a tan solo unos centímetros de ellos como si quisiera absorber sus mentes una a una.

Si sus reos hubiesen sido conscientes habrían comprendido porque temían la oscuridad cuando eran niños, sentirían esa presencia invisible y amenazadora que les diseccionaba hurgando en sus temores más íntimos y profundos como si estuviese aprendiendo cuál sería la forma más sutil y cruel para destruir sus esperanzas.

Pero ellos no estaban allí, tal vez sí su materia, pero no su conciencia, ni su espíritu, todos sus átomos estaban inertes

en una situación atemporal, en cierto modo contemplarlos era como estar contemplando una fotografía.

Se tomó su tiempo en contemplar su último trofeo, su última adquisición.

Podía sacarlos de ese estado, pero realmente ¿lo deseaba? ¿necesitaba hacerlo?

Podía comprender el funcionamiento de aquellas máquinas de carbono, incluso construir una copia sutil de ellos, o adoptar su propia esencia.

Pero no era lo mismo que dejarlos expuestos a sus propios miedos.

Pedro empezó a recobrar la vida, pero el ser lo mantenía dentro de un sueño.

Pedro rememoró su viaje con Pit.

Habían viajado muy lejos, vinieron a su mente la ciudad dentro del sol, aquella estrella enana que constituía el sistema binario de Sirio. Había sido el mendigo el primero en ver la pauta. Era un mapa estelar y el punto central estaba en un lugar donde no había estrellas, realmente cualquier estrella estaba a muchos años luz de distancia, pero no había nada cuando lo inspeccionaron desde la nave.

Pit estaba al frente de todos ante la imagen estrellada que se mostraba ante ellos, un punto rojo parpadeante destacaba en la imagen tridimensional.

–Tenemos que llegar ahí –dijo anhelante.

Habían llegado al sistema Sirio con el avatar de Abdel, ni siquiera habían soñado un viaje tan fantástico.

La ciudad era una forma lenticular negra que flotaba en el mar de fuego de una estrella.

Sin embargo el interior era frío, el vaho de sus alientos indicaba que la temperatura estaba por debajo del punto de congelación del agua.

Se trata de un lugar frío y vacío. Se respiraba una infinita soledad, como si la vida hubiese abandonado ese lugar por eones.

Había un hangar lleno de naves abandonadas, no eran como las que Pit estaba acostumbrado a ver, eran de una tecnología superior. A Pit no le costó mucho acceder a su corazón inteligente, rebuscó el lugar en el infinito abismo negro y no encontró ninguna respuesta, un lugar de infinito vacío y soledad, como un lugar abandonado dentro de su propio abandono.

–Tenemos que ir ahí. –Repitió Pit–. Sí, ahí.

Bajo la mirada ante sus amigos, no se atrevía a proponerles el sacrificio que ello representaba.

–Vuestro mundo depende de ello, pero no podemos usar el avatar, ahí no parece haber nada, sin embargo la proyección nos conduce a ese lugar. No os puedo pedir a todos que vengáis, dejaréis vuestro mundo y llegareis dentro de 25 años o más, en vuestro tiempo no habrá pasado más de un mes o dos, pero el mundo al que regreséis ya no será el mismo, quizá muchos de vuestros seres queridos ya hayan muerto. Tampoco sabemos lo que nos encontraremos ahí –dijo señalando con el dedo–. Sin embargo –añadió–no puedo viajar sólo, mis congéneres no comprenderán que sois una especie que merece ser ayudada.

Pedro se adelantó al grupo sin esperar más claridad en la propuesta de Pit.

–Yo viajaré contigo. Si no te ayudamos no tendremos futuro, tal vez nuestro futuro no importe pero el de mi mujer y mi hija merecen cuanto pueda hacer, si mi vida es el precio, que mejor destino que ayudar a los tuyos, salvando mi mundo.

–Entonces solo nos queda regresar y que Pedro y yo busquemos a los míos. –Y al decir esto, sus ojos se iluminaron.

Todos fueron regresando uno a uno al torbellino azul formado por el avatar.

Desde la nave en la Luna, la Tierra había aparecido sobre el horizonte y era una imagen hermosa.

Se quedaron en silencio contemplando la Tierra sin atreverse a pronunciar ningún sonido que rompiese aquella magia.

–Si no fracasamos nos veremos dentro de un cuarto de siglo, pero siempre os llevaremos en el corazón.

Pit pronunció estas palabras con toda su alma y espero que llegasen convertidas en sus propios lenguajes al fondo de sus mentes.

Nunca olvidaría de sus amigos y sabía que el sentimiento sería recíproco.

Les dejó en el desierto, en las proximidades del campamento donde hacía tiempo sus vidas habían confluido.

El ser esférico estaba tocando la frente de Pedro, se quedó un momento inmóvil mientras del lugar opuesto surgieron una especie de cintas plateadas que rodearon su cabeza a la altura de la nuca.

Aquello pareció provocarle un intenso dolor en su propio sueño.

–Estoy soñando y voy a despertarme. –Pensó angustiado.

El ser rebuscó en sus propios recuerdos, como había capturado a Pit, lo cogió desprevenido en su nave en la Luna cuando contemplaba con cariño la Tierra, cuando ya la había considerado su propio hogar.

Pensaba que solo con Pit le bastaba, pero quiso asegurarse y quitarle a Pedro a su mujer, a su hija y a su nieta, si fallaba con Pit, Pedro haría cualquier cosa para recuperar a su familia.

Los recuerdos de Pedro, le mostraron a la esfera el accidente de Laura, su hija y su nieta. La esfera cruel, en su juego, introdujo al pobre hombre en la propia escena, viendo como el tren se acercaba al coche detenido en las vías, sin poder hacer nada para evitarlo.

Pedro sentía un inmenso dolor y sentía que todo su universo se derrumbaba pero atrapado en aquel estado al que su capturador le había sometido, no podía hacer nada.

La esfera, no necesitaba inducir este sufrimiento a Pedro, pero sentía un inmenso placer al hacerlo.

El coche se convirtió en un amasijo de hierros ante sus ojos.

Por un momento, la esfera aflojó su abrazo mortal, tal vez pensando en darle una tregua, pensando en no llegar al límite de la resistencia de Pedro.

El extraño ser dejó otra vez a Pedro en su letargo cuántico y se sumió en sus propios pensamientos.

Tal vez había sido un error manipular la mente de Pit y la de la familia de Pedro.

No se dieron cuenta de su presencia y Pit sintió el dejá vu de haber regresado a algún lugar olvidado en el fondo de su mente.

Él esperaba encontrar la puerta para llegar a donde quiera que habitasen aquellos seres que habían construido la ciudad lenticular, aquellos que habían de ser los que convirtieron en estrella nova su estrella, pero de alguna forma no confiaron y no se dejaron ver, dejándolo ante las puertas de su universo sutil. Lo único que pudo apreciar fue observar su propio universo como una holografía reflejada en un millón de espejos.

Era algo increíblemente hermoso, pero cuyo significado no alcanzaba a comprender.

Por un momento pareció olvidar su odio y el motivo de su viaje al lugar de los recuerdos robados a Pit.

No todas sus cartas estaban echadas, había realizado un viaje a ninguna parte con aquel extraño y los tres seres humanos en suspensión y había regresado para retomar la vía de Pedro.

Ahora ya tenía a más humanos con quienes trabajar, la mujer que había robado del hospital tenía que tener alguna relación con Pedro, pero ¿como? Ella era muy joven.

Se acercó casi hasta tocar la nariz de Alika.

Se alejó poco a poco de su rostro y se detuvo esta vez en el joven beduino, su primer trofeo, éste último no pareció reaccionar.

Estaba profundamente dormido sobre la duna cuando él llegó, ni siquiera se despertó.

Abdel. Sí, Abdel se llamaba.

Le gustaba tomarse su tiempo, tenía todo el tiempo del mundo. Le gustaba tenerlos a todos como trofeos, sentirlos inertes y sin vida ante si. Podía esperar cien años si fuese necesario.

Cien años no significaban absolutamente nada para él. Ahora que tenía también al maldito Wanik al Ore a Pit. Sin duda había vencido.

XXXVIII
LOS RECUERDOS DE REL, EL PRISMA

Leilani rebuscó esta vez entre los recuerdos de Rel. Tal vez encontraría una forma de contactar con su amigo.

En la mente de Leilani se configuraron todos los recuerdos de Rel pero ella, no los quería todos. Puso un filtro, deseaba los recuerdos de Rel referentes al prisma.

Caradria le mostró a Rel una roca que parecía a punto de fragmentarse y caer al mar. No era pequeña como un guijarro, ni descomunal como una casa pero si lo suficientemente grande para que un buen número de amagog y una pequeña nave con forma de insecto de alas áureas intentase evitar su precipitación ayudados de un complicado e ingenioso sistema de cuerdas.

Cuando se acercaron un poco más a la escena ella le explicó que su pueblo se encargaba de mantener la belleza de Slahe y solventar cualquier problema que pudiese ocasionar un desastre natural por pequeño que fuese.

En este caso, la caída de una pequeña roca como aquella no iba a provocar ningún tsunami en Slahe ni alterar profundamente la flora ni la fauna marina pero sí provocaría un retroceso en los acantilados, una disminución de la arena en diferentes zonas y un arrastre de sedimentos y anegación de zonas que no tendrían por que darse.

Eso también se traduciría en caminos afectados en algunos pueblecitos cercanos a la costa.

Era un daño ínfimo, pero la destrucción era un conjunto de daños ínfimos concatenándose hacia la gran catástrofe.

Por eso, cualquier acontecimiento por insignificante que fuera como la caída de una roca al mar, significaba un problema a resolver.

Caradria le pidió a Rel que sacase el prisma y lo colocase en su mano.

Rel obedeció y sintió su suave calor, repitiendo el mismo gesto que había visto hacer a Maifai, el aguerrido guerrero amagog.

Sus ojos percibieron como los contornos del prisma se difuminaban en su piel hasta formar parte de su mano.

–¿Y ahora que hago? –Preguntó asustado a Caradria mirando cómo de entre sus dedos surgían unas potentes luces de vistosos colores visibles incluso en la claridad de aquel diáfano día.

–Tienes que desear que la roca no caiga al mar.

–¿Y eso como se hace?

–¡Simplemente deséalo! ¡Y sucederá!

Los amagog no dedicaron más esfuerzo en su tarea sin embargo quedaron expectantes a los movimientos de Rel.

Pocos segundos después aquella colorida luz cegadora incidía sobre la roca y éstos, se cubrían los ojos con las manos para evitar sus destellos.

Rel pudo observar que una fuerza invisible elevaba la roca al tiempo que las cuerdas que la sujetaban caían al mar.

La roca se fusionaba nuevamente con el acantilado como si fuese una roca nueva, una roca que jamás había sufrido la erosión del viento y las olas.

En ese preciso instante el prisma se desprendió de la piel de Rel y volvió a brillar en su mano con los rayos de Vega.

–Y no solo puedes hacer esto con él. –Sonrió Caradria acariciando el misterioso cristal–. Puedes hacer cualquier cosa que quieras. Solo tienes que desearlo y ya sabes: ¡Sucederá!

Aquella noche misma noche Rel había acudido a la llamada de Leilani.

Tenía muchas ganas de contarle lo bien que había congeniado con los Amagog y los muchos misterios del prisma que estos le habían enseñado.

Leilani le hizo descender kilómetros y Kilómetros en la profundidad de la franja, más abajo de las terrazas de los jardines colgantes, más abajo del jardín de las ánimas, donde cualquier sonido resulta amplificado y donde hasta puede oírse el diminuto latido del corazón de una hormiga.

Se encontraban en una especie de hangar. Rel tardó un poco en darse cuenta que se trataba de eso. Al principio, solo vio un intrincado bosque de árboles negros petrificados a los que accedió a través de una enorme escalera de caracol deslizante.

Se preguntó como podrían haber ido a parar allí aquellos árboles y se sorprendió al ver emergiendo de aquella oscuridad la figura de Leilani ataviada de blanco que venía a su encuentro con los brazos tendidos hacia él.

Una vez a su lado, le tomó de la mano y le condujo hacia unas enormes puertas de metal labrado con unas extrañas inscripciones.

Las empujó con fuerza para que viese la magnanimidad de la estancia donde acababan de entrar.

De su interior, surgió una luz cegadora como el día que hizo que ambos se taparan las manos para protegerse de su resplandor.

Estaban rodeados de máquinas. Enormes y deslumbrantes máquinas.

Y en una de ellas, Amagog y tripulantes parecían trabajar más ufanos que en el resto de las otras.

–¿Te gusta? –Leilani escrutó sus ojos buscando su aprobación–. Espero que así sea porque esta será tu nave. Pero antes debes darle un nombre y responder a una pregunta: –¿Te gustaría probarla un poco por Slahe?

Parecía un arco iris al que se hubiese plegado y retorcido para formar una estructura lenticular, era realmente hermoso. cuando se aproximaron a ella parecía que estuvieran caminando sobre el aire, subiendo una rampa invisible de cristal.

La nave se abrió como una boca para dejarles entrar.

–Te enseñaré cómo funciona –le dijo a Rel–. Es muy similar a las naves que ya conoces pero tiene algunas peculiaridades por ejemplo, tu mente la controla pues tiene grabado tu ADN el de Pop y el de una humana llamada Alika.

Como sabes tiene entidad propia y no permitirá que otros puedan manipularla, jamás permitirá que se cree una singularidad por un uso indebido.

Acarició la superficie de la máquina como si se tratase de un ser igual que ella o de una mascota y continuó:

Esta nave, dispone de 10 avatares, los que puedes ver ahí –y le señaló una especie de cuenco de cristal semi esférico lleno de cantos rodados– y también 40 observadores añadió –le señaló esta vez otro cuenco al lado, pero cuadrado y más pequeño, relleno de unas pequeñas esferas azules.

Ya sabes que no podré comunicarme con vosotros si estáis dentro de un avatar, esos artilugios tienen su propio universo, un mundo dentro de un mundo, no es posible traspasar nuestras dimensiones hacia su interior con la mente. La mitad están conectados con este mundo pero la otra mitad los podréis usar para establecer vínculos hacia otros lugares del universo si necesitais desplazaros a otros lugares, la nave os indicará cuales podréis usar y como debeis hacerlo.

–¿Muta su aspecto? –Preguntó Rel con curiosidad.

–Sí, asintió. La nave se puede volver transparente a todas las formas de luz y radiación, puede retroproyectar en todas las direcciones, ni tan siquiera una tecnología como la nuestra será capaz de hacerla visible si la propia nave no lo desea, como puedes ver esto es lo último en nuestra tecnología.

Leilani siguió ponderando las virtudes de la máquina:

Si la situais a no mucha altura para que nada que se desplace pueda dar con ella, será invisible, si un objeto o algo se aproxima a ella se desplazará en el aire como si un campo magnético o una brisa forzase ese cambio de dirección de forma natural. Os permitirá ocultarla casi en cualquier sitio, en las nubes en un cielo despejado, sera invisible.

Quedó de pronto pensativa.

–Un mundo dentro de un mundo. –Cabiló Rel para sí.

La respuesta tendría que ser esa, ¿que si no? Pero ¿los tres?.

No harían eso, alguno debería de estar fuera de los avatares, Rel y Pop lo sabían y Alika también. ¿Y si alguno había muerto? ¿Y si todos estaban muertos? No, Leilani tenía el presentimiento de que podía haber una razón para que estuviesen en el avatar o que algo estaba impidiendo el contacto de alguna forma que no acababa de comprender, quizá la entidad que le atacó y le amenazó, de alguna forma presintió que algo de eso podría ser la causa.

Algunos años después cuando buscaba el rastro de Rel, Leilani regresó nuevamente al jardín de las ánimas y que quedó a oscuras meditando. Activó los recuerdos de Rel y vio con sus ojos a través de su propia mirada aquella nave que ella recordaba tan bien.

Su interior, era muy similar al observatorio del mundo de Rel y Pop. Tenía la fina banda multicolor que les rodeaba como un horizonte sobre la penumbra interior.

–Tan solo tienes que pensar en ello. –Se dijo Rel a si mismo mientras Leilani movía los labios para articular las mismas palabras en silencio.

Y de pronto todo bajo sus pies se volvió transparente. y Leilani sintió el mismo vértigo que Rel había tenido cuando miró hacia abajo. Después, poco a poco toda la cúpula que formaba la nave, empezó a proyectar en su interior todo lo que había visto desde el exterior.

Poco a poco fueron saliendo al exterior de la gruta, pareciese que estaban desplazándose sobre el luminoso mar– en Slahe los mares eran las zonas más luminosas del mundo. La cinta horizontal se volvió negra y fue poco a poco desapareciendo.

Para Rel Slahe era un mundo distinto, era un lugar hermoso, tenía vida propia con aquella luz reflejándose en los mares y el cielo como un inmenso espejo de jade verde.

Las plantas absorbían la luz y generaban los colores que faltaban en el cielo, era un espectáculo maravilloso.

Rel estaba maravillado que el sol no fuese el responsable de aquella explosión de vida, decididamente no había nada similar en el universo conocido.

Tanta hermosura tenía un precio, los slahely no conocieron otra estrella que su sol hasta que pudieron salir al espacio. Los que viajaban al espacio no conocían las noches estrelladas.

A Rel le embargó una sensación de orgullo al pensar que su raza y la de los slahely habían ayudado a completar el círculo, a formar una unión de amigos, una unión entre iguales que se quieren y se ayudan mutuamente. Juntos se complementaban, juntos habían encontrado la forma de viajar por el universo y comprender la inmensa grandeza a la que debemos la vida.

La nave se deslizó suavemente sobre la arena dorada. Estaba semi sumergida en el agua con un aspecto distinto a cuando habían partido, era un espejo plateado pero no reflejaba nada sino su propio aspecto.

Leilani le invitó a entrar.

–Ven y siéntate a mi lado.

El tenue sol de Slahe se estaba ocultando sobre las colinas de diamante, proyectado una luz malva sobre las nubes blancas.

–!Que hermoso es tu mundo Leilani!

Una figura se fue perfilando por la playa, tenía un vestido de gasas largo y vaporoso, con tiras multicolores que se agitaban con la suave brisa.

Rel recordó que aquella fue la primera vez que conoció a Alika. Levantó la mano a modo de saludo, le sonrió y se fundió con él en un estrecho abrazo.

–Tenéis que familiarizaros con los tres con ella, es vuestra nave, será vuestra casa, vuestra vida, tenéis que hablarle, quererla, compartirla como si fuese un ser vivo. –Les dijo Leilani.

Alika estaba maravillada.

–¿Quieres decir que es mía, que es nuestra, de los tres?

–Si Alika mientras viváis será vuestra nave, vuestro hogar si así lo deseáis. Con ella partiréis en busca de Pit y deseo que le encontréis sano y salvo.

–¿Como podremos hablar con ella?

–Ella os conocerá como su familia, empezad dándole un nombre, podéis poneros de acuerdo, yo os sugiero Esperanza por que es lo que vuestra raza necesita Alika, pero podéis llamarla como deseéis por que es vuestra.

Pop no tardó en llegar al encuentro de todos ellos, el sol ya había partido tras el horizonte, el ciclo de las plantas remitió en su brillo diurno y poco a poco se fue yendo la luz, sin embargo no se podría hablar de noche como la conocemos los humanos.

Alika pensó que era más parecida al sol de medianoche de los polos terrestres pero sin ver el sol en el cielo.

–¡Que espectáculo tan maravilloso! –Repitió–. Nunca dejará de sorprenderme tu mundo, Leilani. –Ya sé cómo vamos a llamarla: ¡La llamaremos Esperanza! Como tú has sugerido.

XXXIX
UNA PISTA MÁS

Lila estaba plácidamente dormida y el pequeño barco velero parecía guiar sus pensamientos.

Pocos se aventuraban con semejante embarcación lejos de las costas pero esta vez Fran Amed, desde ese momento Fran para Lila, desconectó todos los sistemas de navegación y radio poco antes de salir de Barcelona. Sabía que debía de aislarse de todo excepto de su propósito, descubrir el misterio que le había otorgado aquella mujer.

Le gustaba su forma de ser, su encanto y aquella mirada profunda, ahora que estaba dormida, la contempló mientras la suave brisa les llevaba sobre un mar tranquilo.

Tardarían muchos días en llegar a su destino pero le agradaba que eso sería una oportunidad para conocerse de forma más íntima.

Había estado apunto de cometer un error al salir del puerto pero pensaba corregirlo.

Extrajo del bolsillo una delgada lámina de cristal transparente y la miró sonriente.

–¡Privacidad absoluta!–Extendió las manos al cielo y se rió.

El cristal quedó opaco al instante convirtiéndose en una cartulina roja en la que destacaba un rectángulo central formando una forma piramidal verde brillante que parecía tridimensional.

–¡Autorización!

ONU–KGT7–DL&6346–D8745–BDR–G64523–45R

Una voz se proyectó de la cartulina como si esta fuese un altavoz plano apenas audible.

–¿Que desea, señor?

–Necesito que borren en todas las bases de datos del sistema de posicionamiento global cualquier referencia a este velero, quizá sea demasiado tarde pero necesito un cambio de medio de transporte Se ha de hacer sin que haya ninguna referencia visual ni trazabilidad de la que pueda deducirse ninguna coordenada.

–Señor eso será muy complejo y reportará problemas en la navegación global, necesitará una autorización especial.

–!Mi autorización es GR23DN–46–5T!

El prisma mutó su color a granate y pareció introducirse en la cartulina como un agujero, esta vez su sumergida base truncada se volvió transparente mientras todo el contorno viró a un azul celeste del que surgió el anagrama de la ONU girando en sentido horario.

–¡Soy Rene! ¿Supongo que es consciente de las consecuencias de su petición, no? ¿No tiene otra forma de solucionar el problema?

–Es una emergencia planetaria, tengo fundadas sospechas de que nos están siguiendo fuerzas más superiores que nuestros sofisticados sistemas de seguridad, si fracaso pondré en serio peligro a personas que pueden ser muy valiosas para este planeta sin tener en cuenta que mi propia vida peligra. ¿Tienen alguna referencia sobre este libro?

–Es su caso, ya sabe porque le asignamos este trabajo señor Fran Amed.

Fran tenía el libro en una mano y la tarjeta azul enfrentados el uno con la otra.

–Usted me dijo que si encontraba a una persona con él y supiese realmente lo que representa yo debería de protegerla

sin importar los medios ni las consecuencias, usted me dijo que eso sería una emergencia planetaria, ¿tan importante es? ¿que me puede decir que me ayude a comprender el porqué de mi trabajo?

Lila se despertó y salió a la cubierta, el viento corría en una suave brisa y una roja luna llena flotaba sobre el horizonte reflejándose en las aguas como un plato.

Fran le hizo a Lila una seña para que se sentara y permaneciera callada a su lado contemplando la magnificencia de aquel paisaje y la explicación que el misterioso René tenía que darles a ambos.

–Ese libro lo han escrito a principios de siglo pero guarda una historia real en su interior. Nos costó creerlo pero alguien mencionó un trabajo de una prestigiosa y galardonada científica que desapareció antes de recibir su premio en el país de usted, afirmaba que ese libro contaba una historia sobre su padre, sin embargo el libro relata algunos sucesos futuros a la creación del libro que luego se cumplieron como si fuesen profecías.

Lila tenía en sus manos el otro ejemplar y estaba en silencio contemplando la extraña escena.

René prosiguió.

–Usted conoce parte de la historia, nuestra científica fue la mayor autoridad en la dinámica de las estrellas, fue capaz de darnos las fórmulas que rigen el funcionamiento de las estructuras internas de las estrellas, predijo la mayor tormenta solar de toda la historia. Ella no conoció el fruto de sus trabajos pero pudimos comprobar su validez antes del gran desastre y fuimos capaces de prevenir o minimizar muchas de las consecuencias. Entonces empezamos a tomar en serio la fantástica historia novelada, bueno no nosotros, no llevamos tanto tiempo vivos, sino los que nos precedieron. Se han seguido con interés pero discretamente esos libros y se han analizado, no deja de ser una novela fantástica sin más con sus deficiencias y errores. Si nos

tomamos en serio lo que dice no podemos comprender por qué fracasaron los seres que el libro menciona. EL libro cuenta que consiguieron salvar al Sol pero hoy sabemos que tan solo consiguieron un ligera prórroga para retrasar el desastre, muy pocos conocen que la tierra en el futuro dejara de girar.

Siento decirle que quizá usted y la persona que protege serán nuestra única esperanza. No deben comentar con nadie la información que les doy y siento mucho darles tan malas noticias.

Lila ocultó su rostro con sus manos y empezó a llorar. Fran Amed pensó que todo era una locura.

Había una especie de mesa en un saliente donde figuraban unos mapas de navegación y una brújula, todos los aparatos electrónicos estaban apagados a excepción del teléfono de él que depositó con cuidado encima de las cartas de navegación una vez se hubo interrumpido la conexión con René, su superior.

Lejos de allí en una televisión estaban interrumpiendo la emisión de un programa de variedades para dar las noticias.

–Nos informan de una tormenta solar que llegará a la tierra dentro de 7 minutos, los satélites Soho VI han detectado una fuerte actividad solar hace un minuto. Se informa a todos que los sistemas de navegación y comunicación permanecerán cerrados durante media hora dentro de 6 minutos y medio. Los sistemas de seguridad actuarán automáticamente 15 segundos antes que el frente de onda alcance la tierra, por lo que se procederá a bloquear y blindar todos los equipos en órbita. Se ruega desconecten todos los sistemas electrónicos antiguos y nuevos durante este apagón.

En el océano en el velero Fran Amed y Lila volvieron a oír la voz de René.

–Ha hecho usted bien en activar los medios de privacidad. Vamos a provocar un apagón en todos los satélites de

medio mundo con la excusa de una tormenta solar que no se producirá. Vamos a hundir el velero, disimulen su infortunio lo mejor que puedan, pero no se preocupen, un equipo autónomo submarino se está aproximando a ustedes, están a dos kilómetros de la costa de Algeciras, dentro de 20 minutos ayudarán a hundir su embarcación. Déjense llevar como si se ahogaran y no teman, les recogerán bajo la superficie y podrán respirar bajo el agua. Si tienen algún objeto de valor consigo sumérjase con ellos en una bolsa que no sea muy voluminosa porque si no, habrá dificultades, así carguen solo lo imprescindible.

Fran Amed recogió el móvil y el libro y le hizo señas a Lila para que lo guardase dentro de su bolso.

Al meter el segundo ejemplar del libro, el bolso se quedó un poco apretado pero Lila lo consiguió cerrar herméticamente.

Se puso el bolso de bandolera y los dos esperaron desde babor a que el barco alcanzase su destino.

Lejos en Avilés, Asturias, el ser esférico se sobresaltó.

–¿Una tormenta solar? ¿Cómo puede ser posible?

¿Como podían equivocarse? ¿O acaso habría otra razón?

Pero ¿Por que engañar a toda la población del planeta?

–No podían ser tan estúpidos, algo se le estaba pasado por alto.

–Analizaré en detalle el Sol, tal vez no he puesto el suficiente interés. Un corte en los satélites de comunicación sobre Barcelona sin previo aviso y ahora esto. Me he olvidado de algo y esto no es natural.

Empezó a hurgar en todos los sistemas, burlar los mecanismos de seguridad y criptografía de los humanos, eso, no entrañaba ninguna dificultad. su mente cuántica podía explorar todas las combinaciones a la vez hasta encontrar algo coherente, ni tan siquiera aquellos sofisticados procesos de rotaciones suponían ninguna dificultad añadida.

No podía tener acceso a todas las comunicaciones a la vez sin delatarse pero si a la mayoría y también podía falsificar algunos accesos sin levantar sospechas, los humanos eran muy primitivos todavía.

En su mente se despertaron un montón de alarmas intentando buscar una respuesta a aquel enigma.

–¿Algo en el Sol que no he visto?

Centró su atención en el Sol.

Una diminuta mancha solar aparecía por el borde norte. Se sorprendió al observar algo en el interior de la mancha, era un objeto negro, más aún que el interior negro de la mancha. La mancha tendría la extensión de África pero el objeto de su interior tendría unos 2 km de diámetro y forma lenticular.

Se puso furioso como nunca antes lo había estado. Aquellos estúpidos y atrasados seres estaban contribuyendo sin saberlo a su propia destrucción.

Conocía aquellas estructuras, eran la razón de la extinción de los de su especie.

Sin embargo la estructura analizada en detalle no era del todo igual a la que él había observado, carecía de las intrincados filamentos que la unían al núcleo Solar, parecía como si estuviese a medias de construir.

–Tal vez lo mejor es que vaya ahí y encuentre por mi mismo las respuestas.

Mientras pensaba esto en su cerebro se formaron las imágenes del puerto de Barcelona.

–Ese barco ya no está ahí. ¿Porque? Quiero ver cualquier cosa que pueda haber salido del puerto durante varias horas después, quiero identificar y numerar todos los objetos que se hayan movido, sus trayectorias reales o posibles y sus velocidades, quiero todas las imágenes tomadas desde el primer apagón.

Rápidamente identificó el barco fuera del puerto en las imágenes.

Había ocurrido hacía días pero podía seguir fácilmente el rastro.

–¿Dónde estás ahora pequeñín?

Localizó dos imágenes, en una estaba el barco pero en la siguiente no.

–¿Hundido? ¿No, no me lo creo? Alguien de entre estos monos retrasados es más listo de lo que he intuido. Tendré que averiguar el misterio pero eso puede esperar.

Apartó su mente del interés por el barco y empezó a centrarlo sobre la minúscula forma lenticular en la diminuta mancha solar.

–¡Tengo que ir ahí! ¡Al Sol! ¡Ver lo que está pasando! El barco puede esperar.

XL
LA CIUDAD INUNDADA

Entre la bruma, la figura encapuchada remaba lentamente. Había amanecido un día frío y a través del denso vapor de agua que ascendía en girones hacia el cielo apenas si se podían ver a lo lejos los brillantes tejados de la ciudad.

La barca, una vieja chalana de dos remos se dirigía a una zona anegada toda ella por las aguas durante la gran inundación.

–Tengo que remar un poco más. Se dijo para sus adentros. Si no lo hago ellos morirán. Debo encontrar ese lugar como sea. Sin quererlo los recuerdos se agolpaban en su mente. Ya entonces, su padre le había dado el extraño libro. No sabía a quién pertenecía. Bueno sí, se trataba de dos hermanos a los que nadie conocía pero ella sin duda se refería a la persona que había comprado ese libro. Su padre le había dicho que en principio se trataba de uno de esos libros liberados que había en aquella época pero cuy rastro se perdió. Y hasta la aparición de la extraña noticia en la prensa de aquel hombre que afirmaba haber realizado un viaje a través de las estrellas, lo había conservado como un tesoro familiar pues sabía cuánto lo amaba su padre el tendero.

–¿Qué es eso papá? ¿representa algo relacionado con el libro?–preguntó. Era algo sorprendente que ambas hubieran acabado allí yendo a observar en una mañana muy parecida a la de ahora algo que permanecía sumergido en las gélidas aguas.

–Estamos a la altura de la calle cabruñana. Según este mapa que nos han proporcionado si bajamos veremos la figura en mármol amarillo. Dicen que su función es recordarnos lo interconectados que estamos con el mundo mineral y el cosmos. Se llama el hombre que escucha a la piedra y si yo tuviese una piedra o algo importante que esconder, algún objeto valioso, sin duda lo escondería ahí abajo en esa escultura.

–¿Quieres decir que... ?

–Quiero decir que si todo lo que se cuenta en este libro tiene algún viso de realidad, sin duda la clave está en el Hombre que escucha a la piedra.

Hacía mucho que se había producido esta conversación, cuando Eckel Jensen era pequeña. Desde entonces había pasado muchas vicisitudes. Con el tiempo se convirtió en una afamada periodista e investigadora que nunca había olvidado la historia contenida en aquel libro y que se había reavivado a partir de conocer la historia de Pedro, el navegante Wanik.

Cuando vio que la persona que se nombraba en aquel libro era una persona de carne y hueso quiso contactar con él pero nuevamente su rastro se desvaneció.

Intentó contactar con Lila, la regente del asilo en que este pasaba sus días y llegó hasta a entregarle el libro.

Desafortunadamente después de eso, unos desconocidos intentaron atentar contra la vida de Eckel y casi lo consiguen de no ser por la aparición en escena de aquella desgraciada con la que se intercambió su vestido.

Más tarde descubrió que Lila se había convertido en un importante testigo de la causa.

Decidió dejar las cosas como estaban y hacer creer a todos que no había sobrevivido al ataque del monstruo.

Lo sentía por Lila, era una buena mujer, pero ahora tenía problemas mucho más acuciantes que solucionar.

Había acudido sola sin su padre el tebdero, con la piedra.

Eckel se quitó la capucha bajo la que llevaba un traje de neopreno. Se sentó en el borde de la chalana con los brazos en cruz sobre su pecho.

Y lentamente de espaldas, se dejó caer.

XLI
UN LUGAR PARA LA DESESPERACIÓN

No le resultó difícil buscar la forma de entrar en su mente positrónica.

Encerrado en un fuerte campo magnético alimentado con la propia energía del Sol, el plasma de la corona solar junto con la luz y cualquier forma de radiación y energía se deslizaban a distancia del artilugio alienígena.

El interior era sorprendentemente frío y oscuro.

De poder distinguir su forma desde la Tierra, solo sería una microscópica lágrima, una gota brillante que se dirigía al Sol.

La mancha negra lenticular de unos tres kilómetros de diámetro apenas era perceptible contra la mancha solar que la cobijaba.

Se acercó a su superficie y se fundió con ella.

Era un lugar oscuro y frío pero él estaba acostumbrado a estos lugares y es más, los amaba.

El suelo presentaba un aspecto adoquinado, de aspecto cerámico sobre el que circulaba una fina corriente de agua rompiendo aparentemente todas las leyes físicas porque el movimiento era evidente y sin embargo, a pesar de la gravedad del lugar era absolutamente plano, carente de cualquier inclinación.

Dejó abandonado su vehículo, le resultaba más práctico su aspecto de patinador con sus patines de ruedas que podría motorizar en caso necesario.

El techo era una enorme cúpula azul oscuro como la luz cenital del atardecer cuando la noche ya es evidente.

A lo lejos, unas estructuras prismáticas regulares en su base pero irregulares en altura presentaban en algunas zonas un aspecto inacabado.

Toda el agua de las juntas de las baldosas se dirigía hacia las estructuras, así que él también se dirigió hacia allá.

Enormes rascacielos azabache sin ninguna abertura ni ventanas, presentaron a media altura un aspecto carcomido e inacabado; en algunas partes, las inacabadas construcciones estaban suspendidas en el aire en su sitio desafiando las leyes de la gravedad.

Analizó cada edificio, cada resquicio, cada resto inacabado y todo presentaba un aspecto sólido e infranqueable.

Revisó todo, cada detalle hasta la desesperación sin encontrar una solución.

En medio de los edificios sobre las calles, los adoquines confluían en una forma cúbica que se levantaba del suelo oculta por una cascada de aguas que caía por cada una de las aristas.

Aquel era un lugar imposible en una estrella como el Sol.

¿Qué podía ser aquel ingenio? ¿Quién lo había construido para resistir aquellas temperaturas y para qué? ¿Por qué –algo que desafiaba toda lógica– había agua en un lugar tan inhóspito como aquel?

Los cubos eran agua que se izaba contra la gravedad, contra un adoquín que se mantenía en el aire como suspendido por la corriente líquida.

Se apoyó en la columna de agua para analizar el extraño elemento decorativo.

Por un momento su mente positrónica dejó de funcionar, un efecto que jamás le había pasado, y que luego recordaría con miedo, también una sensación que jamás había tenido y para la que nunca había sido diseñado.

Se observó a sí mismo tumbado inerte en el suelo al lado de la singular fuente, pero dentro de uno de aquellos edificios que con tanto tesón había empleado para poder entrar.

Pensó en el propósito de todo aquello, destruir el Sol como ya había visto con sus creadores.

Pero no podía tocar nada ni traspasar aquel muro, tal vez eso debía ser la muerte para él pensó.

–¿Por qué?

Una voz surgió de su interior. Realmente no había nadie alrededor. Era como si surgiese de su propio "cerebro".

–Para proteger la vida. Por eso lo hacemos. Nada de lo que tú intentes tendrá resultado. Aquí estarás bien. Te cuidaremos.

Las paredes se oscurecieron para mostrar una imagen de un cielo estrellado.

El sol se mostró como una cebolla de colores, algunas capas tenían un aspecto intrincado y otras un rojo brillante. Un latido empezó a acompañar las imágenes volviendo los tonos brillantes en tenues y bajando el nivel caótico que presentaban.

¿Como era posible que hubiese agua dentro del Sol? ¿Como era posible que hubiese ese ingenio en su interior y que nadie lo hubiese detectado? ¿Ni siquiera él?

–Para evitar que estalle. –Respondió aquella voz que salía de un lugar indeterminado y que lo llenaba todo como un efecto soundround– pero aún no estoy del todo construido, me falta la tecnología…

Mis creadores estaban trabajando en ello, el primero fracasó. Yo soy el segundo. Una singularidad sería la solución,

pero no dispongo del conocimiento para controlar él como ni el momento ni el lugar.

–¿Porque dices que eres el segundo? –Preguntó el coloso.

–Porque mi antecesor falló. No pudo resolver la ecuación a tiempo. Los constructores hicieron cuanto pudieron pero no fue suficiente. Muchas especies perecieron.

Mostró un holograma de infinidad de animales, plantas y otras especies difíciles de clasificar.

Durante un momento el coloso se sobresaltó por la visión.

–¡Para! ¡No puedo soportarlo! ¡Para!

Miró al hermoso animal similar a un gato negro terrestre visto frontalmente, tenía unas extremidades superiores diminutas ocultas sobre el pelaje negro.

–¿Quienes son para tí? –Preguntó el coloso.

La voz no le comprendía.

–Me refiero a porque salen en esas imágenes que me muestras.

Tardó un poco en contestar como si meditase la respuesta...

–Mis creadores, los Wanik Al Ore, los protectores de la vida–Le contestó–pero no son una raza única. Yo soy el fruto del ingenio de muchas mentes aunque solo una raza construyó mi inacabado ser.

Le mostró las imágenes de varios seres colaborando juntos en una azarosa tarea conjunta en un lejano mundo.

–Me refiero a esos los que parecen gatos terrestres, ¿que fue de ellos?¿hay alguno en alguna parte del universo?

–¡Ah! ¡Esos! Intentamos proteger a la Tierra y a su planeta Barnard. Pero sucedió algo que no pudimos prever y de lo que no fuimos responsables. Barnard en el Precámbrico estaba muy cerca de la Tierra, tenía una órbita muy peculiar pero hubo un problema, perdió su rumbo y estuvo a punto de colisionar. Pudimos salvar a la gran mayoría de los habitantes

de Barnard. Sobrevivieron pero han evolucionado negativamente, han tenido que adaptarse a otros nichos ecológicos y han perdido parte de su inteligencia, antaño fueron la raza más inteligente en muchos cientos de miles de años luz. Los que han sobrevivido están en el mundo de mis constructores, tampoco es su mundo origen pero se han adaptado mejor, les han ayudado mucho, sin ellos la raza se extinguiría. Estos seres amaban las diferencias, decían que solo entre iguales, colaborando juntos unidos y valorando al otro se construían las grandes obras. En el planeta de mis constructores les llaman gratos, en recuerdo a los gatos humanos.

Le mostró una imagen de uno de ellos. Eran tan dulces, tan mansos, tan amorosos…

–Ellos nos hablaron de tí –continuó la voz–. Te buscamos pero al no encontrarte te dimos por muerto…

Su rencor se disipó como la niebla en la mañana para dejar paso a un sentimiento de culpa y frustración. Comprendía el fracaso de su vida y ahora quería recuperar la oportunidad para enmendar su camino.

Una frase vino a su mente: ¡Saulo!¡Saulo! ¿Porqué me persigues? Recordó el relato de Pablo persiguiendo a los cristianos.

Había sido un asesino, sus acciones eran imperdonables, creía tener una justificación pero había llegado el tiempo de cambiar, la fruta estaba madura y podrida en el suelo, había llegado el tiempo de devolver el paso a la vida.

–Tengo que salir y enmendar mis acciones, tus constructores quizá sepan que hacer. Esos que tú llamas gratos me construyeron a mí. Durante mucho tiempo pensé que los Wanik al Ore, los Slahely y los humanos eran culpables de la destrucción de Barnard y ahora sé que es gracias a vosotros que ellos se hayan salvado. Ahora… –dijo consternado– ya no sé que pensar ni que hacer. Solo sé que quiero desintegrarme y formar parte de algo más grande. ¡Quiero morir y formar parte de tí!

–No es posible. –La voz de la máquina sonó misericordiosa– eres una entidad ya dentro de mi aunque no mueras y tu viejo cuerpo ya es un objeto inútil. Lo que me pides es un proceso irreversible y para hacer la transferencia tendría que destruir el original.

–Tengo secuestrado a...

–No necesitas decirme lo que has hecho, comparto tus recuerdos. Eres una entidad libre en mi, tengo toda la información de lo que eras, tu manera de pensar, tus recuerdos, todo lo que te hacía un ser consciente, los humanos lo llamarían el alma y tú lo llamas información. No estás muerto, lo que eres, tu información, está conectada con tus recuerdos y está activa, estás vivo, pero no puedes salir de mí ni yo puedo hacer nada para cambiar esta situación. Ese será tu castigo.

–Entonces pereceremos todos y yo seré el principal culpable.–Gimió.

–No. –Respondió la voz–. Sin duda hay un guión en todas las cosas. Ella le siguió hasta aquí. Ahora tu y Leilani estáis condenados a la misma suerte.

Ahora estaba en un lugar extraño, abocado al desastre, cargado de remordimiento, dentro de una mente que controlaba una ciudad abandonada, en un edificio inacabado, si hubiese podido llorar lloraría de rabia contra sí mismo.

Todo se malograría como recordaba, pero ahora conocía la verdad y no estaba solo. No morirá solo.

Y su compañía tenía esperanza, y lo había cobijado bajo su ser aún cuando no quisiese que sus circuitos, su esencia, formasen parte de él.

Permanecería durante semanas, años, eones junto a la brillante princesa que duerme en un ataúd de cristal.

Pero había Esperanza, tal vez siempre había esperanza...